

MARIO ESCOBAR

ALGUIEN TE SIGUE




amazon publishing


**ALGUIEN
TE SIGUE**

MARIO ESCOBAR

**ALGUIEN
TE SIGUE**

amazon publishing


Publicado por:
Amazon Publishing, Amazon Media EU Sàrl
5 rue Plaetis, L-2338, Luxembourg
Octubre, 2018

Copyright © Edición original 2018 por Mario Escobar
Todos los derechos están reservados.

Imagen de cubierta © Sean Molin - www.seanmolin.com
© AHPHotoswpg/Getty Images; © Freeda © lapas77/Shutterstock
Diseño de cubierta por lookatcia.com

Primera edición digital 2018

ISBN: 9782919802852

www.apub.com

SOBRE EL AUTOR

Mario Escobar nació en Madrid, es licenciado en Historia y diplomado en Estudios Avanzados, en la especialidad de Historia Moderna. Es novelista, ensayista y conferenciante, director de la revista *Nueva historia para el debate* y colabora habitualmente con las publicaciones *Más allá* e *Historia National Geographic*.

Presencia habitual en la lista de los 100 libros más vendidos de Amazon, ha publicado obras de diversos géneros entre las que destacan novelas de suspense como *Desaparecida*, *El club de los martes* o *El círculo* (traducida al inglés, alemán e italiano), y las novelas de ficción histórica *Canción de cuna de Auschwitz* y *El país de las lágrimas*.

Ha sabido aunar su vocación académica, su pasión por la historia de las religiones y su oficio literario en ensayos de figuras tan relevantes como Martin Luther King o en libros como *Francisco, el primer papa latinoamericano* (traducido a doce idiomas).

*A las mujeres, que tras miles de años de opresión comienzan a tener algo de
justicia y respeto en este mundo*

ÍNDICE

[COMENZAR A LEER](#)

[PRIMERA PARTE CUERPO PERFECTO, TRAMPA MORTAL](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[SEGUNDA PARTE LA INTERNET OCULTA](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[TERCERA PARTE A SANGRE FRÍA](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

¿Por qué esa irrazonable ira cuando ves a otros contentos, felices y satisfechos? ¿Por qué ese creciente desprecio por la gente y esas ganas de herirla?

TRUMAN CAPOTE, *A sangre fría*

El que lucha con monstruos debería evitar convertirse en uno de ellos en el proceso.

Y cuando miras al abismo, él también mira dentro de ti.

FRIEDRICH NIETZSCHE

En mi próximo trabajo le cortaré la oreja a la dama y se la enviaré a la policía para divertirme. No soporto a cierto tipo de mujeres y no dejaré de destriparlas hasta que haya terminado con ellas.

JACK EL DESTRIPIADOR

PRIMERA PARTE

CUERPO PERFECTO, TRAMPA MORTAL

CAPÍTULO 1

Filippa Giordano estaba acostumbrada a ser el centro de atención allí donde iba. Una mujer morena, de ojos negros enormes, un cuerpo escultural de medidas perfectas y un rostro aniñado en forma ovalada, atributos que parecían capaces de abrirle las puertas de casi cualquier sitio. A pesar de su belleza no era actriz ni modelo, y tampoco se dedicaba al mundo de la publicidad. Era sencillamente una estudiante en su último año de carrera. Lo cursaba en el College de Brooklyn y asistía a las clases del célebre escritor Michael Cunningham, que había sido premio Pulitzer e impartía un máster de escritura creativa en la universidad. Filippa podía parecer muy superficial a aquellos que se quedaran en su deslumbrante físico, pero la realidad era que siempre había tenido una gran sensibilidad y cuando se quitaba las mallas de entrenamiento, la camiseta y las zapatillas, se enfundaba unas gafas gruesas, se hacía un moño y podía pasar horas leyendo en la biblioteca de su facultad.

Unos años antes la joven corredora era una chica bajita y algo rellena, con la cara salpicada de acné y totalmente invisible para los hombres. Después de varios años yendo al psicólogo por sus complejos, decidió cambiar de vida, comer más sano, correr y arreglarse. En esencia continuaba siendo la misma, pero los que la conocían pensaban que se había convertido en una persona completamente distinta. Filippa había comprendido en aquellos años que la gente juzgaba con tanta rapidez la belleza como la fealdad sin pararse a pensar en el daño que pudieran hacer a los demás. Por eso corría y lo mostraba al mundo en Instagram, para que muchas adolescentes frustradas y llenas de complejos como ella se dieran cuenta de que en el fondo todas podían mejorar y convertirse en la persona que querían ser. Siempre había pensado que el mundo se dividía entre los que miraban y los que deseaban ser vistos. Si tenía que elegir, prefería pertenecer al segundo grupo. Dejar su huella y no pasar desapercibida, reducida a un ser casi invisible para los

miles de personas con los que se cruzaba cada día.

No resultaba fácil ser famosa, atractiva y estar siempre perfecta. Muchas veces no le apetecía arreglarse por las mañanas, tenía que resistir la tentación de comer la infinidad de porquerías que aparecían anunciadas por todas partes. Ya había estado al otro lado y no quería volver atrás.

La otra cara de la moneda eran los cientos de moscones que debía espantar cada día. Mirones, acosadores y babosos que parecían no haber visto una mujer en su vida. Era el precio de la fama o al menos eso le decían algunas de sus amigas, aunque no entendía por qué las mujeres tenían que sufrir todas aquellas humillaciones por el mero hecho de serlo.

La joven corredora había leído unos días antes un artículo en *The New York Times* en el que se comentaba que el verdadero problema radicaba en la «masculinidad», que la naturaleza masculina estaba desviada y que únicamente un cambio radical en la educación y los instintos de los hombres podía cambiar las cosas. Aquello le pareció una exageración: ni todos los hombres eran acosadores y depredadores sexuales ni todas las mujeres, víctimas.

Filippa encendió la cámara del teléfono y se dirigió a sus miles de seguidores antes de salir a correr aquella mañana.

—Hola, chicos y chicas. ¿Cómo estáis hoy? Espero que motivados. Las metas no se consiguen si no tenemos un plan. Ánimo, Rosita, Charly y Peter, todos estáis haciéndolo muy bien. Esta mañana voy a correr diez kilómetros, no es mucho, pero tengo que terminar un trabajo para la universidad y después colgar mi artículo del día. Intentaré ser tan veloz como Almaz Ayana, que es capaz de correr a más de veinte kilómetros por hora. Paula Radcliffe tardó dos horas y quince minutos en hacer cuarenta y dos kilómetros. Estas mujeres son mi inspiración, espero que muchos salgáis a correr conmigo. Besos. ¡Adiós!

Apagó la televisión de la cocina con barra americana, se colocó el teléfono en el brazo para que midiera sus constantes vitales y bajó en el viejo montacargas que hacía la función de ascensor en el edificio. Solía correr por Central Park; vivía a pocas manzanas del parque y odiaba practicar *running* en medio de las calles llenas del humo de los coches, el sonido ensordecedor de los cláxones y el gentío que le impedía llegar a la velocidad adecuada. Era lunes y estaban a finales de octubre. Durante el fin de semana su madre, como todos los domingos tras salir de la iglesia, la había atiborrado de comida. Se trataba de una vieja costumbre italiana que ni las tres generaciones que llevaban viviendo en Estados Unidos habían logrado cambiar.

Filippa salió a la calle. Los árboles habían adquirido tonos rojizos y

marrones y la ciudad parecía una bellísima acuarela. La joven corrió con todas sus fuerzas y, aunque tuvo que parar en el semáforo de la Quinta Avenida, logró llegar al parque en apenas cinco minutos. A aquella hora de la mañana había menos gente. Los turistas acostumbraban a llegar casi al mediodía y la mayoría de los corredores lo transitaban antes de ir a trabajar. Ella solía salir a correr mucho más temprano, pero aquel día se había saltado las clases para poder terminar el trabajo; después del ejercicio iría a la biblioteca y luego a casa para imprimir el relato que le había pedido su profesor de literatura creativa.

Muchos corredores tenían la costumbre de ponerse música, una manera de engañar a la mente. Las melodías podían resultar muy estimulantes, lograban que no pensaras en nada durante unos minutos y te concentraras únicamente en la carrera.

Tras un cuarto de hora comenzó a notar la respiración profunda, los latidos acelerados del corazón y la queja incipiente de los músculos bajo las ajustadas mallas. Ese era el mejor momento de todos, cuando le robabas al cuerpo aquella inercia al descanso y al envío de órdenes al cerebro para indicarle que el esfuerzo debía parar de inmediato. Aquel dominio sobre la materia le fascinaba, le hacía sentirse fuerte, casi invulnerable. Era ella quien tenía el control, quien ostentaba todo aquel poder y aquella capacidad de modelar su cuerpo que la convertía en una verdadera obra de arte. No le importaba tanto el aspecto físico y el sentirse bella tras haber soportado una adolescencia gris y triste, como el control. Eso era lo que realmente le fascinaba.

Tras rodear el lago se internó en una de las partes del parque más tranquilas y solitarias. Entre los árboles tupidos con hojas de vivos colores podían verse todo tipo de aves, así como ardillas saltando de una rama a otra, y siempre tenía la sensación de encontrarse en otro lugar, no en medio de la Gran Manzana, en el corazón financiero del mundo.

Continuó trotando hasta pasar cerca de su árbol preferido del camino, una gigantesca haya que llevaba allí mucho más tiempo que la mayoría de los elevados rascacielos de la ciudad. Muchas veces había tenido la tentación de pararse y abrazarla, pero siempre pasaba de largo, volviendo levemente la cabeza hasta perderla de vista. Fue en ese momento cuando notó que alguien corría detrás de ella, ni demasiado cerca ni demasiado lejos, a poco menos de tres metros, según sus cálculos. Sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Los músculos se le endurecieron en un acto reflejo y entonces aumentó la

velocidad. Pese a no ser muy rápida, aún podía acelerar la marcha un poco más. Tras un par de minutos percibió que la figura borrosa a su espalda se alejaba. No habría podido identificarla, aunque le pareció un hombre blanco, con una gorra calada casi hasta los ojos y un pañuelo que le tapaba en parte la cara. No era la primera vez que le sucedía; no estaba segura, pero al menos en otras dos ocasiones había experimentado aquella misma sensación.

En las últimas semanas dos mujeres habían sido agredidas mientras corrían. Por desgracia, no era nada nuevo; en ambos casos, las chicas habían sido violadas y asesinadas. Desde los años ochenta no se habían dado dos casos tan seguidos en la zona. Nueva York era una ciudad muy segura, aun corriendo por la noche o a primera hora de la mañana resultaba muy difícil que alguien te asaltase o intentara violarte en el centro, pero siempre había locos que parecían disfrutar haciendo daño a los demás. Tipos frustrados cuyo único aliciente consistía en robar algo de adrenalina a sus tristes vidas, atacando a personas más débiles que ellos.

Filippa bajó la marcha. No quedaba mucho para llegar a la pista de patinaje; después daría la vuelta y regresaría por el sendero del parque paralelo a la Quinta Avenida. Una zona muy poco transitada, pero segura.

El corredor salió por un lateral y se puso a su lado. Tras un momento inicial, en el que pensó que se trataba de otra persona, enseguida cayó en la cuenta de que era él. De alguna forma había logrado igualarla, seguramente gracias a un atajo que ella desconocía. La joven volvió a sentir el cuerpo tenso, pero intentó disimular. Tomó uno de los senderos de la izquierda con la esperanza de que el hombre se alejara, pero él también giró.

Filippa aceleró la marcha de nuevo y logró ganar algo más de dos metros al acosador; sin embargo, en una muestra de fuerza, el hombre de nuevo la igualó. La chica miró al fondo del bosque. A lo lejos se veían algunos edificios cercanos, aunque todavía se encontraba demasiado lejos.

—¡Hola, zorrita! ¿Pensabas que habías logrado dejarme atrás? —dijo el hombre con una voz ronca, pero sin manifestar apenas el esfuerzo de la carrera.

Filippa pasó entonces a correr con todas sus fuerzas. Pensó que aquello mismo era lo que debían de sentir las gacelas al notar en la nuca el aliento de un león y tomó la determinación de que no se dejaría atrapar. Era el momento de demostrar todo lo que había aprendido aquellos años corriendo por el parque. Aumentó la velocidad, sintió un fuerte dolor en las sienes, comenzaron a flaquearle las piernas y el martilleo atronador del corazón en sus oídos la

hizo abandonarse a la carrera, la más importante de su vida.

CAPÍTULO 2

Jennifer Rodríguez se miró en el espejo del ascensor, después giró un poco el cuerpo y contempló sus caderas. Para muchos hombres eran perfectas, pero a ella le parecían enormes; sin duda, había subido un par de kilos desde el verano. Era una adicta a los dulces, no lo podía evitar. En cuanto contemplaba a través de un escaparate unos *cupcake* o un buen trozo de tarta, se le hacía la boca agua. El azúcar era el único estimulante que se permitía. No bebía alcohol, no fumaba, ni siquiera tomaba café o té, pero el azúcar la volvía loca. Su otro oscuro secreto era el chocolate, por eso la combinación de ambos suponía adentrarse en las mismas puertas del paraíso.

Oyó el timbre del ascensor anunciando que había llegado a su planta, en el edificio del FBI situado en el 102 de Worth Street.

Tener la oficina en el sur de Manhattan ofrecía sus ventajas, sobre todo si uno vivía en Brooklyn, ya que podía llegar en poco más de media hora desde casa en transporte público sin necesidad de soportar los atascos de los puentes y túneles que unían la isla con su barrio.

Jennifer salió del ascensor, saludó a Yina, la recepcionista, y se dirigió a la sala del fondo, donde algo más de medio centenar de mesas repletas de agentes se distribuían en un amplio espacio diáfano. La primera vez que vio la oficina se estremeció; odiaba aquella sobreexposición, siempre bajo el escrutinio de decenas de ojos, sin un lugar en el que poder reflexionar.

Se dirigió a su mesa, una de las más ordenadas de la sección, con los papeles en las bandejas metálicas, los bolígrafos en el bote rojo y el ordenador impoluto, sin rastro de pegatinas, notas o cualquier otro papelito recordatorio. A la izquierda su dietario, escrito con letra de molde y siempre al día.

La mesa de su compañero Scott Ryan era todo lo contrario. Montañas de papeles, libros, notas pegadas alrededor del ordenador, la papelera a rebosar

y restos de galletas y otras porquerías por todo el escritorio.

—Señorita Rodríguez, ¿no ve sus mensajes en el teléfono? —preguntó malhumorado su compañero.

—Entro a trabajar a las siete de la mañana y no regreso a casa nunca antes de las nueve de la noche. Tengo una hora para comer y, en ese rato, hago lo que quiero —contestó la mujer, algo enfadada.

Trabajaba casi todos los días de la semana, más de doce horas diarias. No tenía vida privada y, para colmo, su compañero era un cincuentón misógino, racista y seboso. No recordaba la última vez que había visitado a sus padres en Boston, ni tampoco su última cita. Era esclava de su trabajo, que adoraba, pero no le gustaba que aquel pelirrojo maleducado la cuestionara.

—¡Tranquila, chamaquita! Han detenido a un tipo en Central Park por intento de agresión a una mujer. Está en la comisaría 23, tenemos que salir volando para allí.

—Mi familia lleva más tiempo que la tuya en este país, maldito irlandés. Cuando los texanos se independizaron, fue una de las que estuvo encerrada en El Álamo. ¿Por qué no se encarga la policía de Nueva York? Nosotros no investigamos agresiones sexuales —contestó la mujer con el ceño fruncido.

—Perdone, señorita Rodríguez, no sabía que su familia casi proviniera de los «Padres Peregrinos». ¡Venga, la mujer aún se encuentra en la comisaría y quiero interrogarla! —bramó el hombre, agarrando su chaqueta azul oscuro.

Llevaba la corbata descolocada y algunos lamparones en la camisa blanca. Al parecer, era incapaz de comer sin ponerse perdido, aunque como él seguramente no lavaba sus camisas, aquello le importaba muy poco, pensó Jennifer mientras le seguía hasta el ascensor.

—Todavía no me has contado por qué vamos a investigar el caso —insistió la mujer con los brazos cruzados y la frente fruncida.

—No me mires así. Mientras tú te comías tus tamales, la jefa nos ha encargado el caso. ¿No te has enterado de la muerte de las dos corredoras? Eran estrellas en eso de Instagram. Me imagino que la gente se pasa el tiempo mirándoles el trasero a todas esas corredoras y deportistas.

—Eres un... Bueno, ¿dónde está el informe?

—Lo han mandado a nuestros perfiles, ya te pondrás al día después —dijo el hombre mientras apretaba el botón del aparcamiento.

—¿Cómo voy a preguntar a la víctima e interrogar al agresor si no sé de qué va el caso? —inquirió Jennifer al tiempo que cruzaba el aparcamiento y se paraba frente al Ford de color negro.

—Lo único que tienes que saber es que han matado a dos corredoras y que un tipo ha estado a punto de cargarse a una tercera. Este va a ser el caso más corto de la historia, ya tenemos al culpable —respondió Scott, poniéndose al volante.

Él nunca la dejaba conducir y, al ser el más veterano de los dos, tenía las llaves del coche y supuestamente la ayudaba a ponerse al día. Jennifer llevaba dos años en la agencia y todavía se la consideraba una novata. Hasta aquel momento siempre habían investigado casos de poca importancia; la mayor parte del presupuesto se destinaba a terrorismo, crimen organizado y cibercrimen. La incidencia de asesinatos en serie había descendido mucho en los últimos años, aunque lo que había aumentado exponencialmente eran las matanzas. Al parecer, los asesinos múltiples ya no tenían paciencia para eliminar una a una a sus víctimas y preferían perpetrar una masacre. La repercusión mediática era inmediata; el subidón de adrenalina, brutal, y la mayoría se suicidaba en el lugar del crimen. Existían tres tipos de asesinos múltiples: los asesinos en masa, los asesinos itinerantes y los asesinos en serie. Los asesinos en masa, según Von Drehle, tenían una falta de empatía parecida a la de los psicópatas y un narcisismo exacerbado. Los únicos asesinos en serie que continuaban en activo eran los depredadores sexuales, que terminaban aumentando sus agresiones hasta cometer un asesinato, para comprender poco después que el mayor placer para ellos no era el sexo, sino el poder ejercido sobre sus víctimas.

El automóvil atravesó lentamente las abarrotadas calles de Manhattan, mientras Jennifer miraba pensativa por la ventanilla. Todavía recordaba los años en la academia y su primer destino en Boston. Ahora todo aquello parecía lejano, como si formara parte de un extraño sueño del que hacía mucho tiempo había despertado. Miró la pantalla del móvil y suspiró impaciente.

La mayoría de la gente pensaba que trabajar en el FBI era emocionante y peligroso, pero durante aquellos años de servicio había pasado la mayor parte del tiempo escribiendo informes, haciendo labores de vigilancia o repasando viejos casos. La única vez que había desenfundado su arma era en las prácticas de tiro de los viernes. En su familia nadie llevaba armas. La primera vez que había tenido contacto con una había sido en la academia, pero debía reconocer que le producía placer disparar. La adrenalina le recorría todo el cuerpo y le daba una extraña sensación de poder, pero sobre todo la ayudaba a olvidar. Durante la hora de prácticas apenas se acordaba de su solitario

apartamento, de que después de varios años en Nueva York no tuviera ni un solo amigo y de que, si continuaba a aquel ritmo, se veía sola y sin pareja.

—Ya hemos llegado —anunció su compañero.

Entraron en el aparcamiento de la comisaría y se dirigieron directamente a la zona de calabozos. Jennifer había interrogado a dos o tres criminales, pero no tenía aún mucha experiencia.

—Yo interrogaré al sospechoso. Tú hablarás con la mujer cuando terminemos con él. ¿Entendido?

—Sí, pero tal vez... —comenzó a decir ella, pero su compañero le clavó su gélida mirada azulada y Jennifer hizo un gesto de resignación.

Tras pasar el control, fueron directamente al despacho del sargento Perry. Scott entró sin llamar; conocía a casi todo el mundo. Tenía la costumbre de tomar algunas cervezas con los capitanes y sargentos de los distintos distritos. Él lo llamaba «confraternizar con el enemigo». En la eterna pelea de jurisdicciones, la policía metropolitana siempre tenía las de perder, pero era mejor que lo hicieran por las buenas. Su colaboración resultaba imprescindible para la resolución de la mayoría de los casos.

Scott no era un agente muy eficiente, pero en los últimos años había dado con un filón en la detención de criminales descerebrados, sobre todo en el sonado caso del asesino de la ballesta.

—¡Hola, viejo! ¿Cómo va todo? —preguntó Scott con su sonrisa bobalicona y su aspecto campechano de no haber roto un plato en su vida.

—Saturado de trabajo, con poco personal y medios. Los crímenes están volviendo a subir, pero al alcalde lo único que le interesa es utilizar la alcaldía como trampolín para el Senado.

—¡Políticos! —exclamó Scott.

En las últimas elecciones había votado al candidato conservador, un millonario mediático sin experiencia de gobierno, pero que prometía dirigir el país como si fuera una de sus empresas.

—Imagino que venís por el acosador del parque. Me parece una estupidez suponer que se trate de un asesino en serie. En una ciudad como esta, la agresión y el asesinato de dos mujeres por desgracia no son ninguna novedad. No estamos en los ochenta, pero correr por los parques a ciertas horas continúa siendo un deporte de riesgo —comentó el sargento.

Acto seguido, mostró su amplia sonrisa de labios carnosos y dientes muy blancos. Al verlo ponerse de pie, tuvieron la sensación de que un gigantesco oso se lanzaba contra ellos. Aquel hombre de color era uno de los más grandes

y fuertes que Jennifer había visto nunca, además de sagaz y eficiente, algo que no siempre sucedía en los cargos intermedios de la policía metropolitana, los cuales habían salido de las calles y jamás habían estudiado criminología.

—Ya habéis leído en el informe que el sospechoso persiguió a la víctima y la acosó. Ella asegura que además intentó agredirla y asesinarla, pero no podemos probarlo. No hay testigos, la mujer no tiene lesiones, únicamente un tobillo algo torcido y la marca de una mano en el antebrazo izquierdo.

—Bueno, eso ya es una agresión —comentó Jennifer, interrumpiendo al sargento.

El hombre arqueó las cejas, como si hasta aquel momento ni siquiera se hubiera percatado de su existencia, y continuó con su explicación:

—El hombre alegó que había sujetado a la mujer para evitar que se cayera tras torcerse el tobillo. Según comentó la mujer, ella comenzó a correr, tropezó y él la ayudó. No podemos retenerlo mucho más tiempo. Será mejor que lo interroguéis cuanto antes.

—Pero la víctima lleva mucho rato esperando. ¿Ha hablado con un psicólogo? —preguntó Jennifer.

—Esto no es una consulta de loqueros. Lo único que ha pasado es que se ha asustado; nada de esto habría trascendido si no hubiera sido por los otros dos homicidios. La prensa no deja de hablar del caso de las corredoras asesinadas y la televisión pone todos los días a sus pobres padres pidiendo justicia. Muchas mujeres tienen miedo, por eso se asustan cuando ven a algún hombre corriendo tras ellas —dijo el sargento mientras se dirigía a la puerta.

Los dos agentes del FBI caminaron en silencio hasta la sala de interrogatorios, entraron en un cuartucho sucio, con una mesa vieja y desportillada, tres sillas y un espejo al fondo. En una de las esquinas había una cámara y, debajo, un cartel advirtiendo de la grabación.

—Señor Stuart Burt, estos son los agentes Ryan y Rodríguez. Le quieren hacer unas preguntas. Ya sabe que puede pedir un abogado.

—¿Se me acusa de algo? —preguntó el hombre.

Su aspecto era corriente. Ni muy feo ni guapo, de estatura media, complexión normal, cabello castaño claro, ojos azules, facciones vulgares, algo de alopecia y vestido de negro con ropa de corredor.

—No, señor Burt, pero le pediría que colaborara. Si resuelve todas nuestras dudas, no tendrá que regresar otro día a la comisaría —le explicó el sargento.

—Está bien, pero tengo algo de prisa, entro a trabajar dentro de un par

de horas.

El sargento se retiró, cerró la puerta y los dejó a solas con el sospechoso. Se sentaron enfrente; Scott se tomó su tiempo, abrió una pequeña carpeta de color azul y, cuando parecía que ya no iba a abrir la boca, sonrió al sospechoso y dijo:

—No hay mucha información sobre usted. Número de la Seguridad Social, dirección, universidad en la que estudió y poco más.

—Siempre he tenido una vida tranquila. Es la primera vez que me detienen, pero imagino que el mero hecho de ser hombre en el mundo en el que vivimos ya es suficiente para convertirte en sospechoso —comentó el acusado con un gesto de desprecio dirigido directamente hacia Jennifer.

Ella lo miró desafiante. No era fácil amedrentarla. Se había criado en uno de los barrios más peligrosos de Boston.

—No tardaremos mucho. Usted vive a casi una hora del parque. ¿Es habitual que corra por Central Park? —preguntó Scott.

Y, sacando su móvil, comenzó a grabar la conversación.

—¿Lo va a grabar? —quiso saber el hombre, señalando el teléfono.

—Todo lo que hacemos y decimos aquí queda grabado. Es por su seguridad —le explicó cínicamente Scott.

—Bueno. Lo cierto es que no corro mucho por el parque de Manhattan, pero estaba cerca por unas gestiones y aproveché. Por mi profesión es difícil encontrar tiempo para ponerse en forma. Soy muy aficionado a correr, a los gimnasios y todo eso.

—Entiendo. Entonces, fue casualidad que se encontrara con la mujer —dijo el agente, como si quisiera facilitarle las respuestas, terminar el interrogatorio y poder irse a tomar algo.

Scott nunca bebía antes de las cinco de la tarde y a las siete ya estaba en casa para cenar con su mujer y sus dos hijos. Llevaba una vida anodina sin apenas emociones.

—Una desafortunada casualidad. Esas corredoras se creen que todo el mundo las acosa y persigue. Se ponen esas mallas ajustadas que lo muestran todo y luego no quieren que ni las mires.

—¿Qué fue lo que pasó? —preguntó Scott, intentando centrar el tema.

Comenzaba a impacientarse. No quería llegar tarde a casa y perderse el partido de baloncesto.

—Yo estaba corriendo, salí de un lateral, ella pareció asustarse, tropezó y se balanceó. La sujeté del brazo y se puso a gritar como una loca. Llegaron

un par de corredores, después un policía y me obligaron a venir a la comisaría. La mujer estaba histérica, no dejaba de gritar y llorar. Eso es todo.

—¿Por qué piensa que reaccionó de esa manera?

—Por pánico. En las noticias no dejan de hablar de asesinos de corredoras —respondió el hombre, cruzando los brazos y recostándose en el respaldo.

—¿En algún momento hizo un gesto o le dijo algo que pudiera atemorizarla? —preguntó el agente.

—No, ya le he comentado cómo se desarrollaron los acontecimientos —contestó el interrogado, que empezaba a mirar al reloj.

—¿A qué se dedica? —preguntó Scott, intentando relajar un poco el ambiente.

—Soy informático. Nada emocionante; trabajo con los programas que se encargan de la seguridad de un conocido banco, en el control de compra y venta de acciones. Imagine que se mete un virus en el programa, podría ser un desastre —explicó Burt, animado por primera vez en todo el interrogatorio.

—Necesitamos que nos diga qué hizo el martes pasado a las nueve de la noche y el lunes de hace tres semanas a las diez y media de la noche —le pidió Scott sin darle más importancia.

El hombre se quedó pensativo, como si estuviera intentando recordar.

—Ya le he dicho que tengo el turno de tarde en mi empresa. Entro a las tres y salgo a las doce de la noche, de lunes a sábado. A esas horas estaba trabajando —comentó Burt.

—Muchas gracias. No tengo más preguntas —concluyó Scott, cerrando la carpeta y apagando la grabadora del teléfono.

—¿Trabaja con alguien más? ¿Tiene compañeros? —preguntó Jennifer.

Su compañero se volvió de inmediato y la fulminó con la mirada. No entendía cómo se atrevía a inmiscuirse. Aquella novata siempre quería tomar las riendas de las investigaciones, pero él era el agente con más años en el cuerpo.

—Bueno, es un trabajo solitario. La oficina está muy tranquila a esas horas, por eso me gusta tanto. Pero ficho a la entrada y a la salida —explicó el hombre, algo nervioso.

—Entonces, nadie puede corroborar su coartada —siguió la agente, pasando por alto la reacción de su compañero.

—¿Coartada? ¿Estoy acusado de algo? Creo que ya es suficiente —dijo Burt mientras se levantaba y comenzaba a tocarse el pelo.

—¿Está casado? ¿Tiene pareja? —preguntó Jennifer, poniéndose también en pie.

—Y eso qué le importa, maldita... —comenzó a decir el interrogado alzando la voz, pero al final se contuvo.

No quería meterse en más problemas.

—Eso es todo, señor Burt. Si necesitamos algo más de usted, le llamaremos —intervino Scott, interponiéndose entre los dos.

El hombre salió dando un portazo y Scott se dio la vuelta y miró a su compañera.

—¿Se puede saber qué diablos pretendes? —le preguntó furioso.

—Creo que el sospechoso estaba ocultando alguna información —respondió Jennifer, poniéndose de puntillas, como si intentara parecer más alta frente a Scott.

—¿Qué sospechoso? Está claro que no ha sucedido nada. Ve a hablar con esa mujer. Yo me voy a tomar algo con el sargento y, por favor, no metas más la pata. No me gustaría presentar un informe negativo, aún no tienes la plaza asegurada en Nueva York.

Jennifer salió de la sala y se dirigió furiosa al otro extremo de la planta. De camino llegó a ver al sospechoso esperando el ascensor. Sus miradas se cruzaron un instante, pero fue suficiente para que sintiera un escalofrío que le recorrió toda la espalda. El hombre sonrió al ver su cara asustada y, acto seguido, entró con otras personas en la cabina. Antes de que se cerraran las puertas se volvió y Jennifer pudo observar por un momento que aquel individuo se pasaba la lengua por los labios como si se relamiera. Fueron milésimas de segundo, pero estaba segura de que no lo olvidaría con facilidad. Le aterrorizaba pensar que miles de tipos como aquel andaban sueltos por el mundo, a la espera de lanzarse sobre alguna mujer solitaria para resarcirse de su monótona y vulgar existencia.

CAPÍTULO 3

En cuanto la vio sentada en el sillón mugriento junto a la mesita la reconoció. No sabía su nombre, pero salía en algunos programas de la ciudad y sobre todo en las redes sociales. Su rostro de rasgos raciales y bellísimos parecía apagado y no dejaba de mirar el teléfono, como si sufriera una especie de tic inconfesable. Sin duda tenía la enfermedad del siglo XXI; quería estar siempre conectada, aunque en aquel momento no deseara compartir con sus miles de fans lo que le acababa de suceder.

—Señorita Giordano, siento mucho la demora —comentó Jennifer tras intentar recuperar la calma. Aún tenía grabada en la memoria la imagen de aquel desagradable individuo.

La joven la miró entre enfadada e inquieta, pero no dijo nada.

—Si le es más cómodo, podemos hablar aquí —sugirió Jennifer, tratando de que aquel trago fuera lo más ligero posible para la mujer.

—Llevo horas esperando, prefiero cualquier otro sitio a este cuchitril.

Caminaron por el pasillo y vieron unas escaleras que conducían a la azotea. Las subieron y salieron al inmenso espacio vacío. Cerca de allí se distinguía el parque y los edificios de la zona. Parecía un lugar tranquilo y agradable.

—¿Le importa si fumo? —preguntó la mujer.

A Jennifer le extrañó que una deportista tuviera aquel vicio perjudicial, pero hizo un gesto afirmativo y se apoyó en el saliente de una chimenea.

—¿Quiere contarme lo sucedido?

—Ya he declarado ante la policía. Me comentaron que vendría el FBI, pero no tengo nada más que añadir —contestó su interlocutora con sequedad mientras encendía el cigarrillo.

—A veces, cuando ha pasado un corto espacio de tiempo, recordamos detalles importantes. Por favor, haga ese último esfuerzo. Dentro de un rato

estará en su apartamento, podrá ducharse y descansar. Se lo prometo.

La joven dio una profunda calada al cigarrillo, se cruzó de brazos, soltó el humo y levantó los ojos a su lado derecho, como si intentase recordar.

—Suelo ir a correr por el parque todos los días, a veces por la mañana y por la noche. Normalmente lo hago mucho más temprano, pero hoy no tenía que ir a clase y salí más tarde. Hago itinerarios diferentes, pero el del bosquecillo cercano a la pista de patinaje es uno de mis preferidos. Es muy solitario y agradable, aunque por la noche suelo evitarlo. No soy una temeraria —apostilló como si pensara que la agente pudiera sentirse tentada de juzgarla.

—Entiendo. No debería ser temerario correr por un parque, ¿no cree?

—En un mundo perfecto no, pero en el que vivimos debemos ir con cuidado —comentó la joven.

—Continúe.

—En cuanto llegué a esa zona sentí que me seguían. Había un hombre corriendo a corta distancia; después aceleré el paso y desapareció. Estaba cerca del tramo final del bosquecillo cuando de repente apareció por un lateral; me sobresalté y eché a correr. El hombre me siguió y comenzó a amenazarme. Intenté escapar, pero perdí el equilibrio y me torcí un poco el tobillo. Él se abalanzó sobre mí, pero aparecieron otros corredores, y les pedí ayuda. Aunque el hombre intentó huir, lo retuvieron y luego llegó la policía. Eso es todo —explicó con las manos temblorosas.

Parecía desquiciada por los nervios y a punto de romper a llorar.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la agente.

—No, maldita sea. No me encuentro bien. Nunca pensé que esto pudiera sucederme a mí. Menos mal que al final no ha sido más que un susto, pero creo que ese tipo tiene algo que ver con lo ocurrido a las otras mujeres.

Jennifer se extrañó de la seguridad de la joven, que por primera vez parecía estar calmada y con la mente lúcida.

—¿Por qué lo dice?

—Bueno, mencionó a las otras mujeres. Dijo que me iba a pasar lo mismo. En sus ojos vi algo malévolo. Diabólico —comentó la mujer, volviendo a alterarse. Aquellos recuerdos la inquietaban.

—¿Cómo pudo saber el itinerario que tomaría? —preguntó Jennifer.

—Bueno, más de dos millones de personas me siguen a diario. Todos saben por dónde corro, a qué hora y hasta mis pulsaciones. Soy...

—Perdone la pregunta, ha sido estúpida.

Filippa tiró la colilla y la pisó durante un rato, como si tuviera la

sensación de poder aplastar con su zapatilla el cuello de aquel tipo.

—¿Ha terminado? —quiso saber.

—Bueno, me gustaría hacerle una última pregunta.

—Tengo mucha prisa. Debo hacer un trabajo para la universidad.

—Entiendo, seré muy breve. ¿Piensa que ese hombre puede ser el asesino? Algunas de las cosas que hizo con usted son muy diferentes de las que hizo supuestamente con las otras mujeres.

—Pienso que no le dio tiempo. Afortunadamente escapé de él, pero ellas no tuvieron tanta suerte.

—Gracias por todo —dijo Jennifer.

Sabía que todo aquello era meramente protocolario, que no serviría para nada, pero tenía que hacerlo.

—¿Qué le sucederá? —preguntó la joven mientras se dirigían a las escaleras.

Jennifer se quedó callada, incómoda por la cruda realidad.

—¿Está ya en la calle? Mi agresor ha pasado menos tiempo en la comisaría que yo. ¡¿Qué mierda de justicia es esta?! —exclamó Filippa al tiempo que comenzaba a bajar los peldaños.

Jennifer sabía que tenía razón, pero aunque abrigaran algunas sospechas, la agresión no se había consumado, las lesiones eran mínimas y el sospechoso tenía coartada. No había nada que hacer.

—Le prometo una cosa. Si ese tipo tiene algo que ver con los crímenes de las corredoras, lo pagará. No dejaré de investigar hasta meterlo entre rejas.

La corredora la miró incrédula. Sabía que tenía todas las de perder. Si eras una mujer atractiva y destacabas, enseguida surgían acosadores que intentaban humillarte. A algunos hombres el éxito femenino les parecía una especie de insoportable humillación. Ella tenía que ser fuerte y seguir adelante; no viviría atemorizada y continuaría con su vida cotidiana.

Jennifer acompañó a Filippa hasta la calle. Después se separaron y la joven comenzó a correr mientras ella bajaba a la estación de metro.

La agente se sentó en el vagón e intentó aclarar sus ideas. Miró el informe en su teléfono y luego cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo. Se encontraba agotada. Pensó en llegar a casa, darse un baño caliente e intentar desconectar un poco mientras saboreaba una copa de vino. Los placeres de una soltera siempre eran los mismos. Al llegar a su pequeño apartamento, observó el desorden y comenzó a recoger. Cuando quiso darse cuenta, ya era muy tarde para darse un baño.

—¡Gordo! —gritó hasta que un viejo y obeso gato se acercó perezoso al plato de comida que le puso.

Le acarició un poco el cuello y después se dirigió a la ducha. Pensó en Filippa y en cómo pasaría aquella noche. Sabía lo que era sentirse acosada y asustada. Ella misma lo había sufrido de adolescente, cuando un grupo de compañeras comenzó a tomarla con ella. Durante meses recibió todo tipo de humillaciones, hasta que una mañana en el gimnasio, cansada de las bromas de mal gusto y el acoso, se volvió después de meter los pies en unas zapatillas llenas de agua y golpeó con todas sus fuerzas a Paula, la jefa de aquel grupito de crías estúpidas. Siempre había gente que intentaba humillar a los demás o terminar con su dignidad y autoestima. Le partió la nariz, estuvo expulsada una semana, pero nadie se metió con ella nunca más.

—Bueno, espero que descanses —dijo en voz alta, pensando de nuevo en la corredora.

Pero estaba equivocada.

La joven no se hallaba en su casa; había salido a correr para aliviar un poco la tensión. No lo había anunciado en las redes. Había elegido una ropa discreta, de color oscuro y una gorra que le tapaba parte de la cara. Parecía una más de los miles de mujeres que recorrían la ciudad al trote antes de irse a la cama. Aunque alguien no le quitaba la vista de encima, como si de entre todas las gacelas de la sabana la prefiriese expresamente a ella.

CAPÍTULO 4

Filippa Giordano tomó las zapatillas y salió al parque. Era lo que mejor sabía hacer cuando se sentía estresada o deprimida. No podía evitarlo, era su forma de relacionarse con el mundo. Mientras el suelo pasaba bajo sus pies todo parecía más tranquilo, se veía capaz de cualquier cosa, la velocidad la hacía sentir libre, fuerte e invencible. Decidió no ir por la parte más solitaria y correr cerca del Museo de Arte Metropolitano. Después recorrió la zona hasta aproximarse a la estatua de Alicia y notó unos pasos a su espalda.

«No puede ser», se dijo mientras aceleraba el paso. No podían estar siguiéndola otra vez; aún no habían pasado veinticuatro horas, no tenía conectado el localizador del móvil ni había dicho a nadie adónde se dirigía.

Comenzó a correr con todas sus fuerzas para salir a la Quinta Avenida, donde a esas horas todavía había mucho tráfico y transeúntes. El parque estaba extrañamente solitario aquella noche. Entonces sintió una mano en la espalda y un pinchazo; fue doloroso, como la picadura de una avispa, pero pasó enseguida. Después empezó a verlo todo confuso, se desplomó sobre el césped y perdió el conocimiento.

Al otro lado de la ciudad, Jennifer estaba preparándose un sándwich monumental con pollo, lechuga, tomate, mayonesa, pimienta y cebolla; un vaso de leche sin lactosa y, de postre, una galletita de chocolate. Unos minutos antes había imprimido todos los informes y pruebas. Prefería ver los papeles sobre la mesa, sentía que su mente funcionaba mejor en lo físico que en lo virtual. Aunque se había criado con la tecnología, era más *vintage* que la mayoría de las personas de su generación.

Los dos primeros casos habían sucedido en las últimas tres semanas. Entre el primer y el segundo asesinato había poco menos de quince días de diferencia. Las dos mujeres eran de puntos distintos de la ciudad. La primera muerte había tenido lugar en el parque de Spring Creek, en Howard Beach, una

zona residencial entre Brooklyn y Queens. Una joven latina llamada Fayra Chávez, de veintinueve años, morena y de cuerpo atlético, había desaparecido mientras corría por allí. La mujer, que vivía cerca de su familia, solía correr todas las tardes por los mismos sitios y era muy conocida en las redes sociales. Trabajaba como abogada en un conocido bufete de Manhattan. Fayra llevaba varios días desaparecida cuando su cuerpo fue encontrado cerca de la zona por la que solía correr, pero, curiosamente, al otro lado de la autopista. Estaba casi desnuda, con la ropa medio quitada, pero no parecía haber forcejeado con su agresor. No había aparecido su móvil y, cuando la examinaron con detenimiento en el anatómico forense, se dieron cuenta de que tenía la lengua amputada. Le habían practicado un corte perfecto, sin rasgar la garganta, y se habían molestado en extraer toda la sangre.

Tras algo más de tres semanas de investigación, la policía aún no tenía ningún sospechoso ni ninguna pista o indicio sobre el caso.

Una semana antes, la policía de Nueva York había encontrado el cuerpo de otra corredora llamada Alice Parker, camarera de un restaurante de Nueva Jersey. Era una joven de treinta años, morena y de ojos verdes, muy conocida por los aficionados al *running*. Solía correr por el parque Lincoln de Jersey, aunque el cuerpo apareció unos días más tarde en la otra punta de la ciudad. También le habían extirpado la lengua y su teléfono no había sido encontrado.

—Morenas, jóvenes, corredoras y activas en las redes —dijo Jennifer en voz alta con el bolígrafo entre los labios.

Acto seguido, miró los datos de Filippa, que encajaba perfectamente con el perfil. Estaba claro que al asesino no le importaba en qué zona de la ciudad se encontraran —Alice era incluso de Jersey—; más bien parecía interesado en sus perfiles públicos y su afición al *running*. Rastrear los perfiles de los miles y, en algún caso, millones de seguidores de las tres mujeres era casi imposible. Aunque se tratara de un admirador en común de las tres, lo que descartaría a miles de sospechosos, aún serían demasiados para investigarlos a todos. Eso en el caso de que el asesino fuera tan ingenuo como para dejar ese rastro, cosa muy improbable. Había atacado y secuestrado a dos mujeres jóvenes, ágiles y fuertes. No lo había visto nadie ni tenían ninguna pista. Además, las había dejado en las proximidades, arriesgándose de nuevo a ser descubierto, toda una proeza en una de las zonas más pobladas del país, aunque actuara al caer la tarde y en parques poco concurridos.

La policía había investigado las cámaras de la zona y varias huellas de neumáticos, sin resultado alguno, así como a los corredores habituales, las

amistades y los familiares más cercanos. No habían descubierto nada. Al principio no habían asociado a las víctimas al tratarse de dos zonas tan lejanas con diferente jurisdicción.

—Bueno, has tardado apenas una semana. Te estás confiando. Necesitas hacerlo más a menudo —añadió la agente en voz alta, como si el asesino pudiera escucharla—. ¿Por qué les amputas la lengua? Maldito cabrón.

Jennifer comenzó a buscar información sobre mutilaciones de lengua hasta que recaló en el interesante artículo de un investigador medievalista, quien ilustraba su trabajo con varios grabados de demonios que cortaban la lengua a sus víctimas. Uno de los que más le impresionó fue el altorrelieve de una catedral de España en el que se representaba a un demonio arrancando la lengua a un hombre con unas tenazas. El historiador comentaba que era una práctica habitual como castigo a aquellos que pecaban de palabra, profiriendo blasfemias, maledicciones, calumnias, mentiras y todo tipo de dichos injuriosos, así como a aquellos que cometían lascivia, haciendo uso de la lengua para practicar sexo oral o felaciones.

Jennifer continuó indagando hasta que descubrió que tan terrible castigo ya se infligía antes de la llegada del cristianismo. Uno de los casos más conocidos era el del mito de Tereo, rey de Tracia, que, tras violar a su cuñada Filomena le cortó la lengua para que no pudiera acusarle del crimen.

La agente recordaba un texto bíblico que hablaba sobre el acto de arrancarse la lengua y otras partes del cuerpo. Tomó la vieja Biblia de su abuela, que guardaba en la estantería, y tardó un buen rato en encontrar el texto. No era muy religiosa, pero su abuela le leía algunos pasajes por las noches cuando era pequeña.

«Y si tu mano derecha te es ocasión de pecar, córtala y échala de ti; porque te es mejor que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo vaya al infierno» (Mateo 5, 30).

—¡Brutal! —exclamó.

Sabía que aquellas palabras de Jesús se referían de forma retórica a la amputación, pero algunos fanáticos no entendían de matices. Siguió buscando por la Biblia hasta que encontró una crítica muy dura a la lengua en el capítulo 3 de la Epístola de Santiago:

«He aquí nosotros ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, y dirigimos así todo su cuerpo. Mirad también las naves; aunque tan grandes, y llevadas de impetuosos vientos, son gobernadas con un muy pequeño timón por donde el que las gobierna quiere. Así también la lengua es un miembro pequeño, pero se jacta de grandes cosas. He aquí, ¡cuán grande bosque enciende un pequeño fuego! Y la lengua es un fuego, un mundo de maldad. La lengua está puesta entre nuestros miembros, y contamina todo el cuerpo, e inflama la rueda de la creación, y ella misma es inflamada por el infierno. Porque toda naturaleza de bestias, y de aves, y de serpientes, y de seres del mar, se doma y ha sido domada por la naturaleza humana; pero ningún hombre puede domar la lengua, que es un mal que no puede ser refrenado, lleno de veneno mortal. Con ella bendecimos al Dios y Padre, y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios. De una misma boca proceden bendición y maldición».

Al terminar de leer aquellos versículos, Jennifer pensó que el asesino podía ser algún tipo de religioso fanático. Por alguna razón pensaba que aquellas mujeres habían pecado con su lengua y debía amputárselas para salvarlas. Una idea macabra, pero no exenta de lógica para muchos psicópatas.

La agente dejó el ordenador a un lado; las fotografías de mutilaciones la estaban asqueando. Miró la hora en el teléfono y se dirigió a la cama. En cuanto cerró los ojos, todas aquellas imágenes macabras le vinieron a la cabeza. Intentó dormirse, pero apenas logró unos pocos momentos de descanso. Siempre que comenzaba una investigación le sucedía lo mismo. Terminaba obsesionándose con el trabajo y no lograba dormir bien hasta resolver el caso. Era el precio que tenía que pagar por su pasión, un precio alto, pero había elegido esa vida y estaba dispuesta a llegar adonde fuese. Lo tomaba siempre como un reto personal, un juego en el que únicamente podía haber un ganador. Aquel caso parecía más complicado que el resto en los que había trabajado hasta el momento. Decidió que al día siguiente iría a ver a un viejo amigo, Charly Shipman. Había sido profesor en Quantico, Virginia, pero

hacía años que estaba jubilado y ahora vivía en una casa apartada dentro del municipio de Howell, en Nueva Jersey.

Estaba quedándose por fin dormida cuando el teléfono la despertó. Miró la pantalla y vio el nombre de su compañero. Algo muy grave tenía que haber pasado para que la llamara a esas horas de la madrugada. Apretó el botón y contestó.

CAPÍTULO 5

Scott la esperaba sentado en la sala de reuniones cuando llegó a toda prisa. A aquella hora no había mucha gente por la calle, pero el transporte público no tenía tanto servicio y había perdido uno de los trenes por muy poco. Dejó el bolso sobre la mesa y se quitó los zapatos. Tenía los pies destrozados. No entendía por qué las rígidas normas en el vestir del FBI incluían zapatos de piel y no cómodas deportivas, como las que prefería llevar cuando no estaba de servicio.

—¿Qué haces? La jefa está a punto de entrar —dijo el hombre, señalando la puerta.

Jennifer se colocó de nuevo los incómodos zapatos y se volvió en la silla.

La jefa era una afroamericana de pequeña estatura, ojos claros y pelo corto. Rígida, fría y obcecada. Todos la temían. Era una burócrata que había ascendido dentro de la agencia sin haber disparado un tiro en su vida, corrido detrás de un sospechoso o simplemente resuelto un caso. Su inteligencia y sagacidad le habían bastado para convertirse en una de las personas más importantes de la agencia en la ciudad de Nueva York.

—¡Maldita sea, maldita sea! —entró gritando en el despacho.

Los dos se pusieron de pie y agacharon la cabeza. Scott odiaba a su jefa; hacía chistes a sus espaldas, pero en su presencia temblaba como una colegiala ante su viejo profesor de matemáticas.

—¡Han soltado a un tipo por acoso y unas horas más tarde ha desaparecido la mujer que acosaba! ¿Qué clase de estúpidos e ineptos agentes son ustedes? Si esto se filtra a la prensa, y sin duda ocurrirá, nos van a crucificar. Por los clavos de Cristo, ¿nadie sabe hacer su trabajo en este edificio?

—No había pruebas, no podíamos retenerlo —respondió balbuceante

Scott.

—Hay dos mujeres muertas, otra desaparecida y en unas horas los periodistas atarán cabos. No son muy listos, pero huelen la sangre fresca a distancia. ¿Qué pasará cuando se enteren?

—Puede que se trate de una maldita casualidad —se atrevió a comentar Scott.

La mujer lo miró con los ojos inyectados en sangre y después se volvió hacia Jennifer.

—Usted fue la última persona que habló con la desaparecida. ¿Qué le comentó?

—Bueno. Ratificó su declaración, se quejó de que hubiéramos soltado a ese tipo y después se fue. Es una estudiante universitaria y corredora...

—Ya sé lo que hace. Pero ¿le comentó algo sospechoso? ¿Alguna pista?

—No, señora. Aunque anoche estuve investigando y encontré algo. No he podido dejar de pensar en la víctima durante toda la noche.

La jefa no le dejó terminar la frase. No entendía por qué la novata se creía más lista que todo el departamento del FBI. Conocía los protocolos y no podía saltárselos sin su consentimiento.

—¿Investigando? Fue un error dejarles este caso. Les queda grande. Se lo he pasado a Sullivan y Rachelli. Olvídense del asunto. Necesito sus informes y que no se entrometan. Nos han puesto en un apuro.

La jefa salió del despacho como una exhalación, gritando y maldiciendo. Los dos agentes se miraron, Scott se puso las manos en la nuca y se recostó.

—Bueno, nos hemos librado del caso. Volvamos a nuestros informes y el trabajo tranquilo de oficina. Estoy demasiado viejo para correr tras sospechosos.

—Eres el tipo más abyecto que he conocido —dijo Jennifer, y salió del despacho dando un portazo.

El hombre se quedó pensativo, no sabía qué significaba aquella maldita palabra, pero imaginaba que en boca de su compañera no sería precisamente un halago.

La agente salió del edificio, tomó el tren y se dirigió a la casa de su amigo en Nueva Jersey. Su jefa estaba loca si creía que iba a olvidar el caso. Tenía el rostro de Filippa grabado a fuego en la mente. Le había hecho una promesa y estaba dispuesta a cumplirla.

CAPÍTULO 6

El viaje se le hizo muy corto. La mayor parte del tiempo estuvo repasando de nuevo todos los informes, los perfiles de las chicas asesinadas, las pocas pistas que tenían y los puntos en común que había entre todos los casos. Jennifer no podía evitar emocionarse al pensar en aquellas dos mujeres jóvenes y guapas, con un futuro prometedor, que ahora yacían enterradas en una tumba. Su vida apenas había comenzado y ya habían desaparecido para siempre. Después imaginó el dolor de las familias. El vacío que aquellas terribles pérdidas habrían dejado en sus vidas. Unas muertes inútiles cuyo único fin había sido alimentar el ego de un psicópata, un asesino despiadado saciando su sed de sangre.

La muerte siempre era dolorosa, pero si además se producía de una forma tan repentina y violenta, los familiares quedaban destrozados por la pérdida. A la mayoría de ellos les resultaba casi imposible entender por qué sus seres queridos habían fallecido torturados y cruelmente asesinados. Al ser arrancados repentinamente de su lado, sus allegados experimentaban un vacío muy difícil de llenar de nuevo. Además, se veían expuestos a la opinión pública durante semanas o meses.

A las personas del círculo más cercano les embargaba una sensación de inseguridad y vulnerabilidad que durante mucho tiempo resultaba casi imposible de superar. Su realidad se transformaba de repente en una continua y tortuosa vigilancia de su entorno. La desconfianza se extendía en la comunidad y en algunas ocasiones el peso de la venganza o la justicia caía sobre personas inocentes.

La sociedad entera se cuestionaba la esencia misma del ser humano. Se preguntaba qué tipo de personas eran capaces de hacer aquellas cosas tan terribles, cómo alguien podía dañar a seres indefensos o frágiles.

Jennifer era consciente de todo aquello. Cada vez que surgía un asesino

en masa o un asesino en serie, el terror y la inseguridad comenzaban a invadirlo todo y la gente tenía la sensación de que no estaban a salvo, que no existía ningún lugar seguro y sus seres queridos corrían un serio peligro. Por eso, cada vez que la policía lograba detener a uno de aquellos asesinos, todo el mundo comenzaba a respirar de nuevo. Se recuperaba en parte la fe en la justicia y las cosas volvían a su equilibrio original.

Jennifer se bajó en la parada de autobús y llamó un Uber. La casa de Charly se encontraba a casi veinte minutos en coche del pequeño pueblo. El teléfono le indicó que su conductor llegaría en cinco minutos. Miró la calle repleta de vehículos. La circulación era intensa a pesar de estar a casi dos horas de la ciudad.

Un Toyota negro híbrido apareció al fondo de la calle y paró justo delante de ella. Tras subir e indicar la dirección al conductor, Jennifer se dedicó a contemplar el paisaje hasta que se adentraron en el bosque. El último tramo del camino era de tierra y las lluvias de los últimos días lo habían convertido prácticamente en un lodazal lleno de baches.

—Tendré que informar de esto. No estoy seguro de que muchos conductores quieran meter su coche aquí —se quejó el hombre al volante, que hasta ese momento no había abierto la boca.

—Lo siento. No sabía que esto se encontraba en tan mal estado —se disculpó la agente.

Si no encontraba un automóvil de vuelta, tendría un verdadero problema. En aquel momento su teléfono comenzó a sonar y miró la pantalla. Era Scott; seguramente se preguntaba dónde diablos se habría metido.

—Lo siento, Scott. No puedo contestar —dijo mientras anulaba la llamada.

El vehículo se detuvo enfrente de una cabaña de madera. Jennifer bajó y caminó con dificultad por el barro hasta llegar a la casa de su viejo amigo. Llamó con los nudillos y esperó un par de minutos. Cuando se volvió, el coche ya había desaparecido por el sendero. Esperaba que Charly no estuviera de cacería o pescando en el lago.

—¡Ya voy! —gritó su amigo cuando ella volvió a insistir. En aquel lugar tan apartado las visitas debían de ser muy extrañas.

—¡Hola, Charly! —exclamó Jennifer a través del cristal de la entrada.

—¡Dios mío! ¡Mierda, qué haces tan lejos del asfalto!

Se dieron un largo abrazo. Charly era tan alto que ella le quedaba a más de medio metro por debajo. Tenía el cuerpo algo arqueado, pero se

conservaba en buena forma. Su piel rojiza, sus ojos azules expresivos, su pelo canoso y su bigotillo fino sobre sus labios carnosos le imprimían aún atractivo, a pesar de su edad.

—He venido a verte.

—Pasa. ¡Dios mío, qué alegría! No me visita mucha gente por aquí. Esto es muy tranquilo, pero hasta un viejo ermitaño como yo necesita ver una cara de vez en cuando para no volverse loco.

Entraron en el amplio salón de madera. Todo estaba en orden. Las estanterías repletas de libros y carpetas, la mesa del comedor con algunos retratos de familia, la chimenea de piedra encendida y los viejos sillones cubiertos con mantas a cuadros.

—¿Quieres un café o un té?

—No, gracias.

—Se me olvidaba que no tomas nada de cafeína. Tengo Coca-Cola sin cafeína. Imagino que eso no me lo despreciarás. El bendito vino americano —bromeó el hombre.

Después se fue a la cocina y regresó con una bandeja metálica de color rojo. La puso sobre la mesa y dejó una caja de galletas danesas abierta a su lado.

—Estas te gustaban mucho.

—Gracias —dijo Jennifer, tomando una. La verdad era que aquellas galletas de mantequilla le fascinaban, aunque toda esa grasa se quedaba en las caderas.

—¿Cómo es que has venido hasta mi guarida? Tiene que haber pasado algo muy importante. ¿Algún caso nuevo? —preguntó Charly, inclinándose hacia Jennifer.

—¿No puedo venir simplemente a ver a un viejo amigo?

—¿Un día de diario, a media tarde y sin avisar? Lo siento, pero no estuve treinta años en el FBI sin aprender nada, aunque no puedo decir lo mismo de todos mis compañeros —bromeó Charly. Siempre decía que la agencia federal era la mayor fábrica de estúpidos del gobierno, con excepción de la CIA.

Jennifer se recostó en el sillón, tomó un par de sorbos del refresco y sacó el ordenador de su bolso. Lo colocó sobre la mesita de madera, encendió la pantalla y le mostró las víctimas, las imágenes medievales de amputaciones de lengua y, por último, el informe de la desaparición de Filipa.

—¡Mierda! ¡Otro maldito asesino en serie! Pensaba que eran una especie

en vías de extinción —dijo el hombre tocándose el mentón, como si notara la cicatriz que le cubría parte de la cara.

La agente no entendía a veces su ironía, pero nunca había conocido a nadie tan acertado en sus análisis.

—La chica está desaparecida.

—Imagino que ya debe de encontrarse muerta —conjeturó su amigo.

—Tal vez no lo esté todavía —dijo Jennifer, aferrándose a la idea de que sencillamente estaba secuestrada.

—Esa clase de asesino no resiste mucho tiempo el impulso de matar. Son como ratas hambrientas, devoran a sus víctimas y luego buscan a la siguiente. Es la energía que les hace levantarse cada mañana —comentó Charly.

—Creo que el asesino es novato, lleva mucho tiempo planeando los crímenes, pero hasta el momento se ha conformado con fantasear. Ahora ha dado el paso...

—Puede que tengas razón, pero no lo creo. Lleva dos muertes y una desaparición en apenas un mes. Eso es ir muy rápido, demasiado para un novato. Estoy casi seguro de que ha matado antes. Ese tipo tiene un verdadero instinto criminal —concluyó Charly mientras se calentaba las manos con la taza.

Por unos segundos se hizo un largo silencio. Se miraron el uno al otro y de repente Charly se levantó y comenzó a coger varios libros y carpetas.

—Hay algunos casos similares en todos los psicópatas. Los asesinos son menos originales de lo que se cree. La gente en general tiene poca imaginación. La mayoría ha sufrido los mismos traumas, similares impulsos que les han llevado a cruzar la línea fina pero clara del asesinato. Todos somos homicidas en potencia.

—Ya sabes que no estoy de acuerdo con esa afirmación —objetó Jennifer, recordando las polémicas en las que solían enfrascarse en la academia.

—Tu buenismo es conmovedor, pero la naturaleza atávica y la inclinación criminal del ser humano se remontan a su origen. ¿No te sorprende que uno de los primeros actos viles del hombre se produjera poco después de su creación? En el libro del Génesis se nos narra el primer crimen de la historia. Y, además, uno de una naturaleza execrable: la muerte de Abel a manos de su hermano Caín. Desde el comienzo de los tiempos, la semilla del mal está sembrada en lo más profundo del corazón del ser humano. Simplemente es cuestión de tiempo. Un poco de odio, resentimiento, envidia,

orgullo, venganza y cualquiera puede convertirse en un criminal —argumentó Charly mientras comenzaba a abrir algunos manuales.

—Una cosa es cometer un homicidio y otra un asesinato premeditado, salvaje y sin sentido.

—Ese es un error de principiantes. No hay asesinatos sin sentido, lo que sucede es que nosotros no entendemos las motivaciones de los asesinos en serie. Para ellos, sus crímenes encierran una lógica aplastante y por eso son tan difíciles de atrapar. No logramos introducirnos en su mente. Pensar con su lógica.

—Puede que tengas razón. Pero ¿qué ha motivado a matar al asesino de las chicas? —preguntó Jennifer intrigada. Le encantaba la forma en que trabajaba la mente de su profesor, aunque en ocasiones daba demasiados rodeos antes de llegar a lo que realmente importaba.

—Por eso he traído todos estos libros. Lo que nos ayuda a descubrir a los asesinos que aún están libres es conocer a sus predecesores, descubrir cómo se comportaron las mentes de los criminales más sangrientos de la historia. Si encontramos el modelo adecuado, podremos predecir sus próximos pasos.

La idea le pareció fantástica. Si alguien conocía miles de casos y criminales, ese era Charly.

—Lo primero que debemos determinar es si estamos frente a un psicópata o un asesino múltiple. Es un paso necesario que casi ningún investigador da —comentó el profesor mientras tomaba un papel y un bolígrafo.

—Está claro que es un psicópata. En el fondo creo que todos los asesinos en serie lo son. ¿Cómo, si no, podrían matar a tanta gente sin que les afectara lo más mínimo?

—Los nazis y sus brigadas de la muerte asesinaron a cientos de miles de personas y estoy casi seguro de que la mayoría no eran psicópatas, simplemente les movía su ideología. Habían cambiado sus paradigmas, y el asesinato de subhumanos, como ellos consideraban a judíos y gitanos, no les afectaba lo más mínimo. Esa banalización del mal y del valor del ser humano crea monstruos, pero no del tipo de los psicópatas, sino más bien oportunistas, sádicos y sujetos frustrados que disfrutaban destruyendo lo que otros han construido con tanto esfuerzo. La dictadura de los hombres grises es siempre la más mortífera y cruel, pero no se parece en nada a la de los psicópatas y su obsesión con ejercer el poder sobre sus víctimas —explicó el profesor para

que su vieja alumna pudiera entenderlo.

—Está bien. Analicemos al asesino.

—Ya sabes que el concepto clínico de psicópata lo inventó el doctor alemán Kurt Schneider. Los consideraba individuos con personalidades anormales que sufren y hacen sufrir con ellos a la humanidad. Por tanto, el psicópata tiene una anormalidad o alteración, lo que no quiere decir que esté loco. El psicópata es un maestro de la simulación y el engaño. Es capaz de convencer a los demás de que cometan todo tipo de actos a su favor. En cambio, no siente ninguna simpatía o genuino interés por los demás, como comentó el especialista en psicopatía Robert D. Hare. Los psicópatas no pueden tener emociones profundas o morales, por así decirlo. Además, son totalmente narcisistas, tienen poca conciencia de las consecuencias de sus actos en los demás y un sentido del miedo apenas desarrollado.

—Entonces, ¿nuestro asesino es un psicópata?

—¿Por qué lo crees? —preguntó incisivo el profesor, que parecía disfrutar con aquella clase magistral a su antigua alumna.

—No parece sentir ninguna empatía por sus víctimas. Las asesina, las maltrata y las mutila sin piedad —comentó Jennifer convencida.

—¿Estás segura? En tu informe he leído que les inyecta una especie de relajante muscular, las duerme, después las tiene unos días capturadas, sin aparentes malos tratos, y luego las estrangula y, ya muertas, les mutila la lengua. ¿Es correcto?

—Sí.

—Pues, querida, nuestro asesino no parece un psicópata, al menos uno clásico.

—No lo entiendo —dijo con sorpresa Jennifer.

—Les arranca la lengua porque quiere salvarlas. Es mejor que pierdas un solo miembro que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno —le recitó mientras la oscuridad comenzaba a invadir la estancia y las sombras iban disolviendo la paleta de colores hasta teñir todo de grises y negros.

CAPÍTULO 7

Filippa Giordano se despertó con un fuerte dolor de cabeza, intentó tocarse la frente, pero en ese momento notó que sus manos estaban atadas a la espalda y se encontraba sentada en una silla metálica. Un foco le daba directamente al rostro, por lo que no podía ver nada. Intentó entornar los ojos e inclinar un poco la cabeza. Lo único que logró percibir era que se encontraba en una habitación completamente a oscuras, a excepción de la luz que la enfocaba y los pies de un trípode de la cámara de vídeo.

Entonces oyó una voz, la sombra de una figura detrás de la luz y sintió un escalofrío. Estuvo a punto de orinarse encima, pero en el último momento logró contenerse. Olía a sudor, a tierra mojada, y tenía el estómago vacío. Sintió ganas de vomitar, pero retuvo la náusea antes de que le traspasara la garganta, lo que no impidió aquel sabor desagradable a vómito.

—En un momento encontrarás la paz. Espero que entiendas que todo esto lo hacemos por tu bien. Llevas buscando la felicidad mucho tiempo, pero es imposible que la encuentres. Ahora puedes decir tus últimas palabras —dijo una voz distorsionada por algún tipo de aparato.

Filippa comenzó a llorar. No sabía qué hacer ni qué decir. Tenía la boca seca y el miedo parecía agarrotarle todo el cuerpo, aunque lo que en realidad sucedía era que aún sufría los efectos de la inyección paralizante.

—Puedes despedirte de tus seres queridos.

Aquellas palabras lograron despertarla en parte. Recordó a sus padres, su hermana Susan y su hermana Graciela. Eran una familia muy unida. Aquel mismo verano habían pasado unos días en Miami, los cinco juntos, como siempre. Su hermana Susan se parecía mucho a ella físicamente, con el pelo largo y lacio, los labios carnosos y sus mismos ojos. Su madre era la versión madura de las dos, con las arrugas de una expresión siempre sonriente y llena de vida, profundamente orgullosa de sus hijas, que eran buenas estudiantes y

sobre todo buenas personas. Graciela no se despegaba del móvil, pero se caracterizaba por su amabilidad, disposición y generosidad. Sin embargo, al que más echaría de menos sería a su padre. Filippa era la niña de sus ojos. Su opinión era lo que más le importaba en el mundo.

—Es tu última oportunidad —añadió la voz insistente.

Filippa levantó el mentón y miró directamente a la luz. Después sintió como la voz fluía por primera vez de su garganta seca y, entre lágrimas, comenzó a despedirse:

—Lo siento. Me hubiera gustado veros. Os echo mucho de menos, os quiero con toda el alma. Me habéis enseñado a amar, a respetar a los demás, a ser generosa y responsable. Siento haberos fallado, no quería que sufrieseis, nunca pensé que tuviera que despedirme de esta forma.

Las lágrimas se ahogaron en su garganta. Bajó la cabeza avergonzada, como si el pudor le impidiese continuar.

—Espero que logréis superar esto, que seáis felices. Sois las personas más maravillosas del mundo. Susan, intenta ocupar el vacío que dejaré, eres increíble, el día que te des cuenta te comerás el mundo. He querido ser tu hermana mayor perfecta, perdona que tenga que dejarte justo en el momento en el que vas a entrar en la universidad. Ya no podré ser tu confidente, tu hermana del alma.

Comenzó a gemir de tristeza; sentía un fuerte dolor en el pecho. Aquella despedida le partía el alma.

—Hermanita, te quiero. Cuida de todos, eres la pequeña de la casa. No te olvides de que tu familia es lo más importante del mundo, siempre estará a tu lado. No te quieren por lo que haces, te aman por lo que eres. Eres su hija pequeña, su querida hija pequeña.

Los sollozos la hicieron detenerse de nuevo. Tragó saliva y, con los ojos anegados, la pintura de los ojos corrida y las lágrimas empapando sus mejillas, se dirigió a sus padres, intentando guardar su último aliento para ellos:

—No sé por qué tengo que morir. Todos tenemos que irnos antes o después. Me hubiera gustado abrazaros, deciros que os quiero, que me habéis hecho muy feliz. Ya sabéis que no me gustan las despedidas, esto es un hasta luego. Mamá, cuida de todos, que mi muerte no los haga infelices, voy a un lugar mejor, más allá de las estrellas. Papá, Dios mío, papá... lo siento, te amo con toda el alma. Ya nunca conoceré a ese hombre que quiero que se parezca a ti, siempre atento, honrado y fiel. Os quiero, por favor, sed felices

por mí.

Filippa se derrumbó, comenzó a llorar con todas sus fuerzas, olvidó dónde se encontraba y que estaba a punto de morir. Por unos instantes solo estaba ella y su alma, despidiéndose de la vida. El tiempo había pasado tan rápido, quedaba tanto por hacer.

Su verdugo se acercó por un lado y le inyectó algo en el cuello. Enseguida se quedó paralizada de nuevo, sin poder mover apenas los párpados.

—Conmover —dijo el individuo vestido por completo de negro, con la cara tapada y unos guantes del mismo color.

Acto seguido, tomó un bisturí de una mesita metálica que tenía al lado, le abrió la boca para sacarle la lengua y de un solo tajo se la rebanó.

Filippa, a pesar de estar paralizada, era plenamente consciente de lo que sucedía. No sintió dolor físico, pero, al ver su lengua en las manos de su captor, notó que perdía la cabeza. Después volvió a desvanecerse, su mente se apagó y por unos momentos creyó que todo aquello era una pesadilla y que no tardaría en despertar.

CAPÍTULO 8

Charly preparó la cama de la habitación de invitados y después hizo una sopa rápida y un par de filetes de ternera a la plancha. El olor a sopa y carne invadió toda la casa. Jennifer contempló la oscuridad entre los visillos de la ventana del salón. El silencio era absoluto. Hacía mucho tiempo que no experimentaba aquella especie de quietud. No le extrañaba que su amigo prefiriera aquel sitio a la gran ciudad. Ella vivía rodeada de millones de personas y se sentía profundamente sola.

El hombre sirvió la cena en la mesa de la cocina y la llamó. Jennifer se sintió como cuando era niña y sus padres la avisaban para que se lavara las manos y se preparara para cenar. Charly miró las sillas vacías y después inclinó la cabeza para bendecir la mesa. Ella siempre lo había visto como un tipo sofisticado y escéptico, pero su amigo no era alguien convencional. Parecía tener en sí mismo la mayoría de las contradicciones del siglo XXI.

—¿Cómo se encuentra tu familia? —le preguntó por sorpresa.

Charly no solía hablar de temas personales. En todos aquellos años apenas habían cruzado un par de comentarios sobre sus vidas fuera de la agencia.

—Bien. Bueno, como siempre. Mis padres acaban de jubilarse. Me han prometido que vendrán a verme, pero me temo que seré yo quien irá a visitarlos.

—Se acerca el día de Acción de Gracias —comentó Charly con cierta tristeza.

—¿Cómo estás?

—Bueno, es duro perder a tu esposa un año después de jubilarte. Sobre todo de aquella manera.

—Lo entiendo.

Recogieron los platos, Charly los fregó y, cuando regresó al salón,

Jennifer estaba de nuevo examinando todos los datos.

—Bueno, nos hemos quedado en la idea de que nuestro asesino no parece un psicópata, aunque aún es pronto para asegurarlo. Ahora me gustaría que reflexionáramos sobre si se trata de un asesino en serie.

—Contigo me siento siempre como si estuviera haciendo un examen — bromeó Jennifer.

—Son las viejas maneras de profesor, que nunca se dejan del todo. Los asesinos en serie son una definición demasiado genérica. El primero en utilizar el término fue Robert K. Ressler. Este agente del FBI afirmaba que un asesino en serie es el que ha matado a tres o más personas con un periodo variable de inactividad. Por ahora conocemos a dos víctimas; puede que la tercera esté escondida o atemorizada. Hasta que no se confirme su captura o su muerte, no lo sabremos a ciencia cierta. Ressler también afirmaba que los asesinos en serie suelen matar y después tener periodos de enfriamiento. Nuestro asesino, en cambio, se muestra compulsivo e incontrolado. Los asesinos en serie parecen no tener límites; la mayoría solo paran cuando son capturados.

—¿Por qué no pueden parar? ¿Qué les impulsa? —preguntó la agente.

—El sufrimiento y el asesinato de sus víctimas les produce placer. Necesitan alimentar su ego con el dolor de los demás. Por ejemplo, uno de los más sanguinarios de la historia fue el doctor Harold Shipman, que asesinó a más de doscientas personas.

—Entonces tendremos un nuevo asesinato en breve.

—Me temo que sí. Nuestro asesino ha matado en menos de treinta días a dos mujeres y puede que a una tercera. Cumple los criterios marcados por Ann W. Burgess. Normalmente buscan satisfacer sus ansias sexuales, de control, brutalidad o poder. En algunos casos, todas a la vez. Los asesinos en masa matan a un número alto de personas en un periodo muy corto, uno o dos días. Ya sea con un plan organizado o en un brote de violencia.

—También podría tratarse de un asesino itinerante —comentó Jennifer.

—Ese tipo de asesinos no es tan común. En el fondo son mitad asesinos en serie mitad asesinos en masa. Necesitan movilidad para cometer sus crímenes y no suelen tener periodo de enfriamiento. Todas las víctimas están en una misma área, pero las separan decenas de kilómetros —comentó el profesor.

—Todas tenían en común que eran corredoras habituales. De hecho, fueron capturadas mientras practicaban ese deporte. Además, eran muy activas

en las redes sociales e *influencers*.

—Exacto. Creo que es el momento de que intentemos hacer un perfil psicológico del asesino. Lamento que mi sistema te parezca lento y teórico, pero a veces, para avanzar deprisa, hay que andar despacio. Cuanto más nos acerquemos a la verdad, antes lograremos pararlo.

—Estoy aquí por eso. Tengo mucho que aprender de ti. Lo que más deseo en el mundo es liberar a esa pobre chica y evitar que haya más víctimas.

El hombre sonrió y tomó un bolígrafo.

—Los perfiles psicológicos son muy útiles, pero no infalibles. Debemos estar abiertos a tener que cambiarlos y reconocer que podemos equivocarnos.

—Lo entiendo. Lo cierto es que no he hecho ninguno hasta ahora. En el tiempo que llevo en la agencia siempre me han asignado casos sencillos.

—No te preocupes, esto es como montar en bicicleta. Veamos, nuestros modelos son los asesinos atrapados y sus formas de actuar. Todos seguimos modelos, no lo olvides. Lo primero son los patrones de infancia y adolescencia. Normalmente han maltratado a animales y, en los casos más graves, a personas. Luego está el denominado periodo de ensayo: el asesino, antes de serlo, hace pequeñas prácticas, intenta familiarizarse con la mecánica del crimen. Por último, necesita algún factor de estrés previo al crimen. Una especie de detonante que le permite pasar una barrera que hasta ese momento no se había atrevido a cruzar. Todo esto es la situación previa, pero luego está lo que es el comportamiento asesino. Ya sabes: sus rituales, técnicas, formas, etc.

Mientras iba explicando todo eso, el profesor dibujaba las diferentes secciones en la hoja.

—Estupendo. Aunque muchos piensan que los asesinos en serie matan debido a un trauma, la mayoría de ellos lo único que hacen es poner en marcha sus fantasías. Sus instintos sádicos y pensamientos perversos les impulsan a cumplir su fantasía. A pesar de que la mayoría de los asesinos en serie son psicópatas y la motivación de sus crímenes, sexual, no siempre es así. Eso debemos tenerlo claro.

—De acuerdo —convino Jennifer, acercándose un poco más a la hoja.

—Los asesinos en serie suelen guardar trofeos, la mayoría de ellos personales, para recrear sus crímenes, ya que sienten placer por ello. Por regla general, se mueven por dos principios, el de oportunidad y el de impulsividad. Son oportunistas. Buscan el mejor momento. Por último, debemos determinar si es un asesino organizado o desorganizado, si planea

bien sus crímenes o simplemente los ejecuta para satisfacer un impulso. Muchos asesinos disfrutaban más con la planificación que con la ejecución.

—Entonces, ¿cómo es nuestro asesino?

—Faltan muchas pruebas y análisis, pero vamos a intentarlo. En primer lugar, intuyo que no es un psicópata. De alguna manera, cree que salva a sus víctimas del fuego eterno. La mayor parte de los asesinos en serie son varones de raza blanca, clase media baja, estudios básicos, con fracaso escolar, aunque hay excepciones. Posiblemente estamos ante un hombre blanco y no muy fuerte, ya que no usa la fuerza bruta. No parece interesado sexualmente en las víctimas o está demasiado reprimido para liberar ese instinto. Parece religioso u obsesionado con la religión; sin duda, la cristiana. Aunque este tipo de personas está en todas partes, es posible que venga de una ciudad pequeña o de un estado conservador. Maneja bien el bisturí, puede ser médico, carnicero o simplemente cazador.

—¿Cazador? —preguntó extrañada Jennifer.

—Los cazadores desuellan a sus víctimas y las trocean. Por su perfil me recuerda mucho a Ted Bundy, el famoso asesino que entre los años 1974 y 1978 asesinó y secuestró a jóvenes estudiantes en varios estados del Oeste. Sus víctimas eran morenas, atractivas, buenas estudiantes e hijas modelo — comentó Charly.

Jennifer lo miró sorprendida.

—No lo entiendo. ¿Por qué quiere salvarlas? Todas las chicas son trabajadoras, estudiosas y con la cabeza bien asentada.

—Creo que piensa que se pueden desviar, que están a punto de perderse, por eso él tiene que salvarlas, incluso de sí mismas.

—Comprendo.

—Ted Bundy era un joven conservador, bien parecido, estudiante de Derecho y promesa del Partido Republicano. Eso parecía o aparentaba. Su madre era soltera, «una buena chica» a la que había dejado embarazada otro estudiante que después desapareció. Sus abuelos lo criaron como si fuera su hijo, para evitar el escándalo, pero su madre lo reclamó y se casó con un cocinero. Nunca se integró bien en el instituto ya que estaba lleno de inseguridades y odiaba que la gente le mintiese. En la universidad, en cambio, fue muy popular y conoció a una «buena chica», una joven morena de pelo largo con la raya en medio, y de «buena familia». Su novia lo dejó al poco tiempo, él se obsesionó con ella y, para demostrar su valía, sacó buenas notas y se metió en política. Tras reconquistarla, la abandonó y comenzó a matar a

las mujeres que se le parecían. Tenía un modelo de víctima similar al de nuestro asesino.

—Ya has visto al sospechoso que interrogamos en la comisaría de Nueva York. ¿Podría tratarse del asesino? —preguntó Jennifer intrigada. Estaba casi convencida de ello.

—Es posible. Domina la informática, seguramente tiene muchos perfiles sociales. Es corredor, puede seguir y alcanzar a sus víctimas. No tiene mucha fuerza, por eso podría dormirlas, y parece algo macabro, por lo que me contaste. Únicamente tengo una duda.

—¿De qué se trata? —quiso saber Jennifer, llena de curiosidad.

—Un asesino tan metódico, tan preparado, que no ha cometido ningún error, ¿por qué iba a intentar matar a una mujer a plena luz del día en uno de los parques más concurridos del mundo?

CAPÍTULO 9

Scott estaba a punto de dormirse. Su esposa y él solían ver la televisión en la cama, aunque él no dejaba de mirar el teléfono, sobre todo su cuenta de Instagram. En ese momento apartó la atención de sus contactos para curiosear los vídeos más vistos. Uno de los que estaba haciéndose viral era el de una mujer hablando en primer plano. Al fijarse en su rostro, antes de dar la voz, reconoció la cara de Filippa Giordano.

—¡Joder! —gritó, dando un brinco en la cama.

Su esposa se volvió asustada y lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó asustada. Dos años antes su marido había sufrido un ataque cardiaco y, aunque ahora se encontraba bien, cada vez que notaba que se comportaba de forma extraña se asustaba.

—Sí, es esa chica de la que te hablé ayer. Está en directo en Instagram.

—Pero ¿no había desaparecido?

—Sí, mierda. Tengo que llamar a Jennifer.

—Me dijiste que estabais fuera del caso.

—Y lo estamos, pero esto tiene que verlo.

Scott marcó el número de teléfono y esperó un par de tonos antes de que su compañera descolgara.

—Buenas noches. ¿Has visto el vídeo? —le preguntó de sopetón.

—¿Qué vídeo? ¿Sabes la hora que es?

—Claro que lo sé. La chica esa, Filippa, está en directo en Instagram.

—No puede ser —contestó sorprendida—. Llama a la oficina y que alguien intente localizar el teléfono.

—Ya te comenté esta mañana que los teléfonos de las víctimas están ilocalizables. El asesino sabe muy bien cómo evitar que los rastreemos.

—Tendrán que volver a intentarlo. Te dejo, quiero verlo detenidamente —comentó Jennifer.

—¿Dónde estás? No te has pasado por la oficina en toda la tarde. No quiero que tengamos problemas con la jefa.

—Eso no te importa. Mañana nos vemos a primera hora, voy a necesitar tu ayuda.

—¿No estarás pensando en continuar con el caso? Me queda poco tiempo para jubilarme y no pienso arriesgar la pensión para convertirme en un puto héroe —espetó Scott, levantando la voz.

—Ok. Mañana hablamos.

Jennifer colgó el teléfono y buscó el vídeo en Instagram, pero ya lo habían censurado; se dirigió a YouTube y comprobó que allí aún podía verse. Se quedó impactada por las palabras de la joven. Después vio al tipo vestido de negro inyectarle algo; acto seguido, el individuo le amputó la lengua en directo. Jennifer apagó el teléfono antes de que la arcada le subiera por el esófago. Corrió hasta el baño y vomitó la cena.

—¿Estás bien? —preguntó su viejo profesor.

Jennifer se mojó la cara, se enjuagó la boca y se secó con la toalla. Estaba pálida, pero se sentía mucho mejor.

—El asesino ha colgado el vídeo de los últimos minutos de Filippa. Después le ha cortado la lengua en directo.

Charly la miró sorprendido. Se dirigió hasta su ordenador y puso el vídeo de inmediato. Ella se acercó despacio, intentando no mirar la pantalla.

—Sé que es poco profesional. Estas cosas no deberían impactarme, pero hace poco más de veinticuatro horas estuvimos juntas, hablamos y ahora está muerta.

—No está muerta. Al menos no todavía. Hay que intentar localizar el lugar. Le han mutilado la lengua, pero, por lo que he visto, el tipo lo ha hecho de forma precisa y ha cortado la hemorragia. Aún se está recreando en su castigo, imagino que intentará alargar la situación hasta el amanecer. Esta clase de asesino disfruta con el dolor de la víctima y suele prolongarlo al máximo —explicó el profesor frotándose los ojos, como si los tuviera completamente desgastados por la edad y el cansancio.

—Scott me ha comentado que es imposible localizar el teléfono. El asesino se llevó los de todas las víctimas, pero sabe cómo desviar la señal.

—Déjame hacer una llamada. Conozco a un hacker, aunque realmente debería decir que es un cracker. Trabaja para el mejor postor; últimamente está colaborando con los rusos. Ya sabes que los antiguos soviéticos son unos maestros en la desinformación y la propagación de bulos. El FBI está

investigando las filtraciones en las elecciones presidenciales y otros asuntos. El tipo del que te hablo me debe un par de favores.

Charly lo telefoneó y le explicó brevemente lo que necesitaba. Su amigo prometió llamarlo en quince minutos.

—¿Crees que logrará dar con el asesino?

—Si él no puede hacerlo, te aseguro que nadie podrá.

Analizaron el vídeo a la espera de la llamada del cracker. Charly enfatizó el escenario preparado, la confirmación de que el asesino supuestamente estaba salvando el alma de sus víctimas, el hecho de que permitiera a Filippa despedirse de sus padres, cada detalle hasta la cruenta amputación.

—Me ha sorprendido una cosa —comentó Charly, señalando la pantalla.

—Yo lo veo todo normal, al menos en la psicología de alguien así —contestó Jennifer, mirando fijamente el monitor.

—Al principio pensé que sus víctimas estaban muertas antes de que les extirpara la lengua, pero únicamente las paraliza. Fíjate en los ojos de Filippa. No parece sentir dolor físico, pero está aterrorizada. Era plenamente consciente de lo que estaba sucediendo.

—Es cierto.

—Eso demuestra poca empatía hacia ella, y sadismo. Les permite confesarse, pero no para que se despidan de sus seres queridos; más bien es una muestra de crueldad. La agonía de saberse sentenciada a muerte, la dolorosa despedida y los sentimientos que a buen seguro producirá en sus familiares.

—Entonces, ¿piensas que estamos ante un psicópata?

—Sí, ese tipo se cree por encima del bien y del mal, está convencido de que tiene una misión, pero es un verdadero psicópata —contestó Charly mientras apuntaba algo en una hoja.

En ese momento sonó el teléfono. Estuvo algo más de un minuto hablando y después colgó.

—Lo ha encontrado —comentó eufórico a su antigua alumna.

—¿Llamamos a la agencia?

El hombre frunció el ceño. Después negó con la cabeza.

—Iremos nosotros en persona. ¿Tienes tu arma?

La chica hizo un gesto afirmativo.

—Pero mi jefa se va a enfadar...

—Cuando estemos en camino, manda un mensaje a la oficina.

—¿Dónde se encuentran?

—No están muy lejos, a poco más de cuarenta minutos de aquí. Vamos a hacer una visita al asesino.

CAPÍTULO 10

Scott recibió un mensaje en su teléfono. Jennifer y Charly se dirigían a la casa desde la que se había emitido la señal. El agente tuvo que leer varias veces el mensaje antes de asimilarlo. ¿Qué hacían una novata y un anciano persiguiendo a un maldito asesino en serie? Llamó de inmediato a la agencia, se puso los pantalones, la camisa arrugada del día anterior y salió de la habitación sin explicar a su esposa adónde se dirigía. Bajó al garaje y se llevó su viejo Honda; no tenía tiempo de pasarse por la oficina. La dirección del sospechoso se encontraba en Nueva Jersey y él vivía en Staten Island, a poco más de cuarenta minutos del lugar. Le sería imposible llegar antes que la estúpida de su compañera, aunque confiaba en que al menos alguna unidad del FBI se presentara a tiempo. Charly había pasado los últimos veinte años dando clase, era un buen creador de perfiles, pero no tenía experiencia de campo. Una cosa era escribir teorías en folios y analizar pistas y otra muy distinta enfrentarse a un asesino peligroso.

Scott recordaba a Robert K. Ressler y algunos de los grandes del FBI. Había sido alumno suyo y un par de décadas antes había tenido que lidiar con casos muy difíciles que estuvieron a punto de afectarle a nivel personal. Lo único que hizo la agencia por él fue asignarle un psicólogo y darle una baja parcial. Cuando se reincorporó a su puesto, se juró a sí mismo no volver a trabajar en ese tipo de casos. Desde entonces su carrera había caído en picado, pero había sobrevivido y en unos meses estaría pescando con su mujer en Florida.

Mientras se dirigía a toda velocidad por las carreteras medio solitarias hacia la casa del sospechoso, llamó a su compañera.

—¿Por qué me llamas? Podríamos encontrarnos dentro de la casa —dijo molesta Jennifer.

—No hagáis nada. Llego en poco más de veinte minutos y varios coches

se dirigen al lugar. El riesgo es muy alto. Si es una falsa alarma, se montará una muy gorda, pero si ese hijo de puta está en la casa, puede ser muy peligroso y no quiero tener que recoger vuestros trocitos. ¿Entendido?

—¿Sabes una cosa, Scott? Estoy muy cansada de tu prepotencia, incompetencia y misoginia. No entré en el FBI para rellenar memorándums e informes —soltó la agente, estallando. Ya no estaba dispuesta a soportar más impertinencias de su compañero.

Jennifer colgó el teléfono un minuto antes de que estuvieran cerca de la casa solitaria en medio del bosque. Habían comprobado que pertenecía a una familia residente en Nueva York que la usaba los fines de semana y durante el verano. Se aproximaron con los faros apagados y dejaron el coche a cierta distancia. No había vehículos en la entrada ni tampoco ninguna luz encendida.

—Será mejor que esperemos —comentó Charly.

La euforia del primer momento se le había pasado. Le dolía la espalda, una vieja herida de bala en la pierna y comenzaba a acusar la fatiga por la hora.

—¿Quieres que se escape?

—No creo que se escape. Al otro lado únicamente hay bosque, estamos custodiando la única salida posible. Esperemos a los refuerzos. Has hecho un trabajo excelente y la jefa...

—No me importa la jefa. Quiero rescatar a esa chica, le prometí que estaría a salvo y hace una hora le han mutilado la lengua —comentó Jennifer mientras se desabrochaba el cinturón y bajaba del coche.

Charly salió tras ella y ambos sacaron sus armas. El hombre le hizo una indicación para que Jennifer entrase por detrás y él se dirigió a la puerta principal.

Charly abrió con cuidado la mosquitera y giró el pomo de la puerta. Se hallaba abierta; sin duda, alguien había estado en la casa hacía muy poco. Sintió calor al entrar, como si hubieran tenido encendida la calefacción. Comenzó a caminar por el suelo de madera con cuidado. Entró en el recibidor en penumbra, después en el salón y se dirigió a la cocina. Jennifer lo esperaba en la puerta trasera, que daba a una piscina y una casa de invitados.

—No he visto a nadie, pero la casa está caldeada.

—Por detrás he observado una luz encendida en el sótano, pero los cristales son biselados —dijo la agente.

—Vamos al sótano —susurró su viejo profesor.

Avanzaron uno al lado del otro hasta la puerta del sótano. Abrieron la

puerta despacio y comprobaron que la claridad llegaba hasta las escaleras de piedra. Descendieron con cuidado y, cuando llegaron a la amplia sala iluminada, reconocieron de inmediato el lugar. Era el mismo del vídeo. Paredes pintadas de negro, una silla con Filippa sentada, con la cabeza inclinada hacia delante, un trípode con una cámara y un foco. No había ni rastro del asesino, aunque las sombras ocupaban el resto de la sala. Podía haberse escondido en cualquier parte.

Jennifer corrió instintivamente hacia la joven, Charly la cubrió, aunque intentó advertirle que el asesino aún podía encontrarse en el sótano.

—¡Filippa! —gritó la agente, entrando en el foco de luz.

Levantó la cara de la mujer y comprobó que estaba muerta. La agente hizo amago de darse la vuelta cuando escuchó unos pasos sobre el suelo de hormigón y un hombre vestido de negro se abalanzó sobre ella. Jennifer no logró esquivarlo, el agresor la atrapó y le colocó un bisturí sobre el cuello.

—¡Alto! —gritó Charly, saliendo a la luz.

El asesino parecía sorprendido, pero lejos de soltar a su presa, le colocó el bisturí tan cerca que la fina piel de la mujer comenzó a sangrar.

—Si da un paso más, la mato —dijo el asesino mientras Charly apuntaba directamente a su cabeza.

CAPÍTULO 11

Scott llegó antes que el resto de los agentes, vio el coche aparcado a pocos metros de la casa, bajó de su vehículo y corrió con el arma en la mano. La casa parecía tranquila. Inspeccionó la planta baja y estaba a punto de subir a la primera cuando oyó voces. Siguió el murmullo y llegó a la puerta del sótano. Comenzó a descender las escaleras con cuidado, se mantuvo en la zona en sombra y observó la escena. Jennifer estaba delante de la luz, un tipo vestido de negro la amenazaba con un bisturí y enfrente se hallaba el viejo profesor, pálido y rígido, sin saber qué hacer.

—¡Baje el arma! —le gritó de nuevo el asesino.

El profesor obedeció, pero en ese momento Jennifer logró zafarse del hombre y se inclinó, Scott aprovechó para vaciar su cargador en la cabeza y el pecho del individuo. Jennifer y Charly miraron sorprendidos a sus espaldas.

El asesino se desplomó en el suelo y enseguida le rodeó un inmenso charco de sangre.

—¿Qué demonios has hecho? —preguntó indignada la agente al ver el cuerpo inerte del criminal.

—¡Salvarte la vida! ¡Aunque ya me estoy arrepintiéndome de haberlo hecho!

—Lo has matado. ¿Cómo vamos a interrogarlo ahora? —le espetó Jennifer mientras comprobaba las constantes vitales. El interfecto había recibido al menos cuatro impactos de bala, dos directamente en la cabeza.

—Ya hemos terminado con el asesino. No me deis las gracias, pero creo que al menos no me he dejado atrapar por él.

Un minuto más tarde, dos docenas de agentes entraron en la casa y aseguraron la zona. Sacaron a los tres de allí y una sanitaria curó a Jennifer la herida superficial en el cuello. Su jefa llegó al lugar antes de que amaneciera.

—Buen trabajo —le comentó al verla.

La agente se sorprendió; esperaba una reprimenda y hasta una suspensión.

—El alcalde está muy contento, temíamos que este asesino aterrorizara a la ciudad, ya saben lo rápido que se extiende la psicosis. Lo último que necesitábamos, además de la tensión que produce la violencia de género, era una ola de pánico entre las mujeres. Ahora márchese a casa y descanse.

—Hola —le dijo Charly a la jefa, que hasta ese momento parecía haber pasado por alto su presencia.

Ella también había sido alumna suya, aunque de las primeras promociones a las que había impartido clase. Habían tenido una aventura, algo de lo que Charly no se sentía especialmente orgulloso. Era la única vez en su vida que había traicionado a su esposa. Nadie se había enterado jamás, pero la culpa era un equipaje que se llevaba en solitario.

—Muchas gracias, Charly. Lamento que hayas tenido que salir de tu retiro; ahora todo volverá a la normalidad. Espero que estés disfrutando de tu jubilación.

—Hago lo que puedo.

La jefa se alejó del grupo y Scott frunció el ceño.

—¡Joder, os salvo la vida y a mí no me dice nada!

Jennifer posó una mano sobre el hombro del agente y por primera vez aquella noche le mostró algo de estima.

—Gracias, antes me he puesto muy tensa. Acababan de amenazarme de muerte. Tal vez lo único que podíamos hacer era terminar con ese tipo.

Uno de los forenses salió de la casa y Jennifer le pidió que se acercase.

—¿Han reconocido al asesino? —le preguntó intrigada.

—Es el dueño de la casa. Un hombre modelo, padre de familia y propietario de un concesionario de coches de lujo en Manhattan. Uno nunca puede fiarse de las aguas mansas.

—Gracias —contestó.

—Puedes quedarte en mi casa. Imagino que no querrás regresar a Nueva York a estas horas —le dijo Charly a su amiga.

—Prefiero ir a casa. Quiero ducharme y dormir todo el día. Estoy destrozada.

—Te acerco —comentó Scott.

—Déjalo. Tú vives muy lejos de Brooklyn.

—Por la 278 no es tanto. Además, no creo que pueda dormir. Tengo la adrenalina por las nubes.

Se despidieron de Charly y Scott la ayudó a subir al coche. Salieron del bosque y lograron llegar a la autopista antes de que la hora punta comenzara a complicar el tráfico.

—¿Regresarás luego a casa? —preguntó Jennifer, que hasta ese momento había estado contemplando el amanecer sobre la bahía.

—Me iré a la oficina para rellenar informes. Felicidades por tu trabajo, seguro que consigues un ascenso. Se acabaron los casos de mierda y los compañeros de mierda.

—Eres un bobo. Puede que no nos llevemos bien, pero he aprendido muchas cosas a tu lado.

—Eso espero. Muy pocos llegan a viejos en la agencia sin ascender. Si quieres saber mi secreto, no lamas culos y no te hagas la heroína.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Jennifer salió del coche y subió agotada hasta su apartamento. Se metió en la ducha y después se dirigió a la cama. Se tumbó sobre el edredón y comenzó a dormirse. Apenas había llegado a ese estado en el que el sueño comenzaba a ganar la partida a la razón cuando una idea comenzó a martillearle la mente. Su cabeza le decía que tenía que despertarse y mirar el vídeo de Filippa en el ordenador, pero su cuerpo no reaccionaba, se encontraba demasiado agotada. Al final logró arrastrarse hasta el salón, tomar el aparato y regresar a la cama. Encendió la pantalla, buscó el vídeo y lo puso. Al principio notaba que se le cerraban los ojos, parecía que nada era capaz de despertarla, hasta que llegó al punto que estaba esperando. Lo escuchó varias veces hasta que confirmó sus sospechas. Se sentó en la cama y llamó a su amigo Charly.

—Hola, siento molestarte de nuevo, pero creo que no hemos atrapado al asesino.

CAPÍTULO 12

Charly decidió viajar a Nueva York aquella misma tarde. Sabía que el primer caso de un agente lo marcaba para siempre. Jennifer era todavía una investigadora a medio moldear. El FBI no estaba preparado para adaptar a los nuevos agentes al sistema. La competencia con las demás agencias era abrumadora, el surgimiento de nuevos departamentos y la lucha antiterrorista habían acelerado los procesos de formación y muchos novatos se estrellaban apenas habían comenzado a volar por sí mismos. Su antigua alumna era muy buena, tenía talento, pero también era muy vulnerable y le faltaba seguridad.

Desde que había recibido su llamada había repasado el vídeo varias veces, después había leído el historial del asesino y había sacado sus propias conclusiones. En contra de lo que había pensado en un primer momento, el caso era mucho más complicado de lo que parecía a primera vista. Sabía que no se encontraban ante un asesino en serie al uso ni ante un simple psicópata. El autor de las muertes de las corredoras era una nueva especie. Las redes sociales habían propiciado un nuevo tipo de crimen, para el que la mayoría de las agencias no estaban preparadas. Ahora los asesinos podían difundir su filosofía en un golpe de teclado por todo el mundo. Muchos se contagiaban directamente de las ideas y las acciones de los psicópatas. Surgían imitadores y admiradores, que deseaban sentir las mismas emociones y experimentar el terrible y fascinante éxtasis del crimen.

Disfrutó del trayecto en tren y después del ferry. Mientras se acercaba a Brooklyn no podía dejar de admirar Manhattan y la hermosa Estatua de la Libertad; era un verdadero espectáculo aunque lo hubiera visto cientos de veces. Ahora se consideraba un tipo de campo. Se deleitaba con los largos paseos por el bosque, la pesca y la caza y la tranquilidad de una cabaña que parecía estar totalmente fuera del mundo moderno, que todo lo devoraba y destruía a su paso.

Tomó el autobús en el último tramo del viaje. No le apetecía meterse en el metro y cruzarse con los miles de usuarios que lo usaban a diario. Prefería la tranquilidad del autobús y poder observar las calles alrededor.

Cuando llegó al apartamento de Jennifer, era casi la hora de cenar. La vieja alumna lo recibió en chándal y llamó por teléfono para que les llevaran algo de comida japonesa. Charly prefería la cocina más casera, pero Nueva York era un lugar cosmopolita y artificial, todo lo que él odiaba.

Se sentaron a comer en el sofá; Jennifer con las piernas cruzadas y Charly tumbado, con la cabeza apoyada en el filo del respaldo. Ambos parecían absortos en sus pensamientos hasta que el hombre comenzó a hablar:

—En cuanto me comentaste lo del vídeo, empecé a darle vueltas. El dueño de la casa se llamaba Sam Mac Miller. Era director de un concesionario de coches de lujo. Aquella casa la tenía de lugar de recreo, aunque durante el invierno y parte del otoño la mantenía cerrada o eso creía su familia. Tenemos que hablar con su esposa, averiguar si tenía coartada las otras dos noches. Después deberíamos hacer una visita a Stuart Burt. Seguro que puede darnos más información de la que le sacó tu compañero.

—Me parece bien, aunque me será difícil justificar los interrogatorios ante mi jefa —comentó Jennifer preocupada.

—Dile que tienes que cerrar el informe definitivo y hacer que todo encaje. A los jefes les gusta ese tipo de cosas, no olvides que presentan los casos resueltos ante los jefazos, la gente como tu supervisora siempre está buscando cómo medrar.

—¿Crees que es mejor que mantengamos al margen a Scott?

Charly se quedó callado unos instantes. Sentía un profundo respeto por los compañeros de un agente. Podían haberte asignado al tipo más estúpido de la agencia, pero era el que te cubría las espaldas y en un momento dado podía incluso salvarte la vida.

—No le cuentes todo, pero comparte con él tus dudas. Ya sabes: lo que viste en el vídeo y lo que crees que está sucediendo en realidad.

Unas semanas antes no habría dudado en dejar al margen a su compañero, pero en aquel último caso les había salvado la vida y ayudado a dar con el asesino.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría? —preguntó intrigado el viejo profesor. Ella no le había querido adelantar nada por teléfono.

Jennifer puso un instante el vídeo y, después de visionarlo, de nuevo miró a Charly.

—¿Hay algo que te parezca fuera de lo normal? —le preguntó.

El hombre miró las imágenes, el rostro aterrorizado de la chica y la sádica amputación que realizó el asesino.

—Me parece macabro, un ritual cruel y seguramente se trate de un visionario o lo que se ha dado en llamar asesinos en serie con una misión. El deseo de librar al mundo de lo que ellos consideran un mal. Algunos de los criminales de este tipo matan a prostitutas, lesbianas u homosexuales, aunque también podrían asesinar a personas de otra religión o con una ideología muy diferente.

—Sí, pero el asesino, antes de mutilarle la lengua, le dice a la chica que todo aquello «lo hacemos por tu bien». Utiliza el plural, como si no fuera el único implicado.

—Bueno, puede que únicamente se trate de una manera de hablar. Una especie de plural mayestático.

—No, creo que Stuart Burt y Sam Mac Miller se conocían. No se trata de un asesino, es un grupo de asesinos.

Charly miró sorprendido a su antigua alumna. Los casos de grupos de asesinos en serie eran rarísimos. Los psicópatas de aquel tipo solían actuar en solitario, pero esta vez podían encontrarse ante algo novedoso. Gracias a las nuevas tecnologías, los asesinos tenían un foro en el que contactar con otros como ellos. En los últimos años se habían creado verdaderas redes de fans de asesinos. Los expertos lo llamaban *murderabilia*. Este fenómeno no era nuevo, pero las redes e internet lo multiplicaban exponencialmente. El culto a lo macabro y la búsqueda de emociones fuertes cada vez insensibilizaban más a la gente, que ya no sabía distinguir entre ficción y realidad.

—¿Crees que hay una especie de club de asesinos matando por Nueva York?

—Eso es justo lo que pienso —dijo Jennifer muy seria, como si aquel macabro descubrimiento fuera aún más terrible que los asesinatos de las tres corredoras.

Un grupo de asesinos en serie actuando de forma conjunta podía convertirse en uno de los problemas de seguridad más importantes de los últimos veinte años. Los crímenes y su difusión inmediata por internet despertarían una histeria colectiva que podía provocar una oleada de compras de armas masiva e histeria colectiva.

CAPÍTULO 13

Sintió una descarga eléctrica cuando entró en el chat. Al principio había pensado que era un lugar más de lo que se denominaba Killer Art, pero no había tardado mucho en comprobar que aquel sitio era algo más. En las redes uno podía encontrar casi cualquier cosa. Ya no se sentía el tipo raro y obsesionado con la muerte del que sus padres y amigos se burlaban. Ahora sabía que había miles, cuando no cientos de miles de personas como él. ¿Quién definía los parámetros de normalidad? La sociedad era a veces muy hipócrita, siempre creando reglas y modelos que dictaban lo que estaba bien y lo que estaba mal. Desde muy joven se había sentido fascinado por los asesinos en serie, no había tardado mucho en leer sobre ellos, ver cualquier película que cayera en sus manos o comprar algunos objetos por internet. Era su gran secreto. Fanny, su encantadora esposa, no sabía nada, ni tampoco sus hijos Mike y Philip. Era su secreto.

Pasaba muchas horas al día trabajando en la estúpida empresa familiar, intentando que una pequeña agencia de publicidad como aquella sobreviviera a pesar de la feroz competencia de las grandes compañías. El negocio continuaba en pie gracias a él. Su hermano era un bastardo inútil. Casado con una bella mujer y padre de dos hijas preciosas, estaba hecho un puritano mojigato que se pasaba casi todo su tiempo libre en la iglesia. Muchas veces había imaginado que entraba en su hermosa casa en el cercano vecindario del sur de Long Island, le cortaba el cuello delante de las tres y, tras desnudarlas y violarlas, las mataba lentamente.

Al principio le horrorizaban aquellos pensamientos, pero poco a poco comenzó a darse cuenta de que su cerebro trabajaba de forma distinta a los del resto de los mortales. Él no sentía ninguna empatía por nadie, tampoco algo parecido al amor o la compasión, pero se había acostumbrado a disimular. Todo en su vida era falso... bueno, a excepción de aquella sensación

compulsiva, de aquel instinto asesino.

Entró en el chat y comenzó a fisgar en las imágenes. Muchas eran de crímenes y al principio creyó que las habrían extraído de escenas de películas o de los periódicos, pero pronto se dio cuenta de que no. Eran reales; aquello parecía un puto club de asesinos.

«¡Hola!», escribió alguien en el chat privado. El mensaje llegó directamente a su ordenador.

—Joder —exclamó, dando un pequeño respingo.

«Bienvenido al club. Espero que disfrutes con nosotros. Antes de que te aceptemos definitivamente tienes que pasar un test, después investigaremos tu dirección IP y crearemos una ficha. No temas, entre lobos nunca hay ataques. Tenemos que asegurarnos de que no eres un curioso, una oveja o un maldito policía».

«Ok, estoy a vuestra disposición», contestó emocionado.

«Espero que superes la prueba. Has llegado muy lejos, pero si no eres un candidato efectivo del club, será mejor que salgas de inmediato».

Respiró hondo y dio a un enlace que le llevaba al test. Pasó un rato rellenándolo y, justo cuando estaba a punto de terminar, su esposa lo llamó para la cena. Apagó el ordenador, cerró con llave su despacho de la buhardilla y bajó por las escaleras enmoquetadas. Se encontraba de muy buen humor; descubrir a otros como él le hizo olvidar por unos momentos su soledad. Algunos los llamaban psicópatas, aunque él prefería definirse como lo había hecho el famoso filósofo alemán Nietzsche, como un superhombre.

CAPÍTULO 14

Jennifer nunca había escuchado el término *murderabilia*. Sabía que había muchos frikis que admiraban a los asesinos en serie o visitaban los lugares en los que se habían cometido ciertos crímenes, pero Charly le habló de que también existía todo un mercado alrededor de esa afición gore. Las autoridades de Estados Unidos habían perseguido algunas de dichas actividades, sobre todo cuando en el año 2015 el estado de Massachusetts prohibió la venta de ilustraciones de un conocido asesino en serie. En 2010 dos senadores, John Cornyn y Amy Klobuchar, presentaron una ley para impedir la venta de objetos que hubieran pertenecido a asesinos en serie, aunque justo un año más tarde el Gobierno de Estados Unidos vendió las pertenencias del asesino Ted Kaczynski y las ganancias de la subasta se repartieron entre sus víctimas.

—Me parece una práctica abominable —comentó la agente.

Charly afirmó con la cabeza.

—Internet es una selva. Todo está en venta. Cualquiera puede acceder a casi cualquier cosa en cualquier rincón del planeta. La impunidad es casi total. En la red se vende y se compra casi cualquier cosa. Al principio, la internet oculta se creó precisamente como un sistema de protección de datos. Los servicios secretos de la mayoría de los países, la policía y las grandes corporaciones tenían en ese sistema sus datos más delicados. Ahora todo es distinto, y la internet oculta es una especie de jungla sin ley.

—Entonces, ¿crees que están usando esas redes para hacer una especie de club de asesinos? Por eso estos crímenes no tienen un único autor —planteó Jennifer.

—Es lo más probable, pero tenemos que intentar interrogar a Stuart Burt. Es nuestra mejor pista.

—Tenemos la dirección, y también sabemos dónde trabaja. Podríamos ir

esta misma noche a su empresa —comentó la agente.

—Buena idea. Puede que al conocer el nuevo crimen intente esfumarse.

—¿Aviso a Scott? —preguntó Jennifer indecisa.

—Mejor que no. Mañana le comentaremos lo que hayamos descubierto.

Por ahora todo son especulaciones.

Jennifer fue a vestirse mientras llegaba el Uber que habían solicitado. El sospechoso trabajaba en el sur de Manhattan, muy cerca de Wall Street. A aquellas horas no había demasiado tráfico, así que en poco más de media hora estarían en la puerta de su trabajo. La placa de Jennifer les facilitaría el paso y lo pillarían totalmente desprevenido.

Al llegar a la calle Cincuenta y siete, pararon frente a un edificio de gigantescas columnas dóricas. Bajaron del coche y fueron directamente a la recepción. En esos momentos el gran vestíbulo estaba completamente desierto. Una guarda vestida de negro miraba su teléfono móvil hasta que entraron por la puerta y se pararon enfrente del mostrador.

—Buenas noches. Soy Jennifer Rodríguez, agente del FBI. Queremos ver a Stuart Burt, trabaja en la última planta.

La mujer rubia frunció el ceño y se quedó mirando unos segundos la credencial de la agente. No estaba muy segura de que aquellas fueran horas para ver a un empleado del edificio. Nunca había vivido una situación parecida, pero Larry, su compañero, estaba haciendo la ronda y tampoco habría sabido qué hacer ni qué decir. Al final actuó como la mayoría de los agentes de seguridad cuando se veían abrumados por algo que les sacaba de su rutina.

—Está bien. Apunten aquí sus nombres y documentos.

Acto seguido, se dirigieron hasta el ascensor y esperaron mientras la mujer de la entrada no les quitaba los ojos de encima.

Varias decenas de metros más arriba, Stuart Burt miraba inquieto el monitor de su ordenador. La muerte de la chica le inquietaba. En el titular del periódico ponía que el asesino había sido abatido por la policía, pero el FBI no tardaría en atar cabos y pensar que él podía tener alguna relación con el crimen. Había sido una estupidez asaltar a aquella mujer en Central Park a plena luz del día, pero sus compañeros ya no le daban más plazo. Nunca había pensado que asesinar fuera tan estresante, sobre todo cuando pertenecías a un club selecto de verdaderos profesionales del crimen, o al menos eso era lo que decían. Como mínimo se había deshecho de la droga paralizante antes de que lo detuvieran. Le había encantado burlar a los agentes del FBI; sin duda,

había sido un subidón de adrenalina.

Stuart había pensado que los miembros del club le asignarían un nuevo objetivo, lo que no entendía era por qué habían matado a aquella mujer. ¿Acaso no veían que eso lo incriminaba directamente?

El hombre se frotó el pelo e intentó tranquilizarse. En contra de lo que pensaba la mayoría de la gente, los psicópatas eran personas muy sensibles, pero reservaban su sensibilidad para sí mismos. A su modo de ver, sufrían mucho. Algunos de ellos habían sido víctimas de abusos o acoso de niños.

Él mismo había vivido un infierno en vida en casa de su tía Susan, una mujer extremista religiosa y sádica que siempre buscaba una excusa para castigarlo, torturarlo y manipularlo psicológicamente. Lo obligaba a pasar horas interminables rezando de rodillas y a confesarle hasta la más mínima de sus faltas y pensamientos. Después le imponía castigos físicos y le prohibía casi cualquier pequeño placer cotidiano, desde comer una chocolatina o escuchar música hasta salir con sus amigos. Él había logrado librarse de ella, pero tras su muerte había sido internado en un centro de menores. Nunca nadie había descubierto su crimen, pero sus compañeros eran aún más crueles que su tía. Violaciones, abusos, humillaciones y agresiones formaban parte del calvario diario que le tocó vivir durante casi cinco años. Más tarde había logrado una beca que le permitió estudiar en la universidad e intentar rehacer su vida, pero nunca había llegado a ser como los demás. Siempre se había sentido fuera de lugar, un bicho raro, hasta que encontró a la gente del club. Nunca los había visto, pero había pasado horas hablando por chat con algunos de ellos.

Stuart se levantó para ir a la cafetera; necesitaba una dosis extra de cafeína. Trabajar de noche tenía sus ventajas, aunque a veces le costaba mantenerse despierto. Oyó un ruido a su espalda, pero cuando se volvió no vio a nadie. Por la noche cualquier leve susurro se convertía en un estruendo. No era un tipo asustadizo; sin embargo, aquella noche estaba especialmente nervioso.

Se sirvió el café y estaba a punto de echarle un poco de leche cuando notó el pinchazo. Se dio la vuelta instintivamente, pero no alcanzó a ver al agresor. Se desplomó en el suelo y apenas sintió nada cuando el cuchillo le cortó la garganta y su vida se extinguió entre la burbujeante sangre que comenzó a anegar sus pulmones.

CAPÍTULO 15

Los agentes salieron del ascensor y caminaron hasta la sección en la que trabajaba el sospechoso, pero la amplia sala se encontraba completamente vacía.

—No hay nadie —comentó Jennifer sorprendida.

—La guarda nos dijo que se encontraba aquí.

—¿Estará en el baño?

Recorrieron la planta, entraron en los servicios y después se dirigieron a una sala en la que estaba la cocina. Intentaron abrir, pero la puerta chocaba con algo. Jennifer sacó el arma y empujó con fuerza. En cuanto la puerta se abrió, descubrieron el cadáver del sospechoso. Tenía la garganta abierta y un gran charco de sangre rodeaba todo su cuerpo. La agente examinó el cadáver; aún estaba caliente.

—Acaban de matarlo —dijo mientras se ponía en pie.

—¿Por dónde ha entrado el asesino? —preguntó Charly mientras se dirigían de nuevo a los ascensores.

—Espera —dijo la agente, volviendo de nuevo sobre sus pasos para tomar el móvil del hombre y guardarlo en una bolsa.

—¿No vas a llamar a Scott?

—Creo que puede esperar unas horas. ¿Dónde vive el informático que descubrió las coordenadas de la casa del asesino de Filippa?

—En el norte de Manhattan —contestó el profesor.

—Será mejor que le llevemos esto. Él podrá decirnos qué miraba Stuart en su teléfono y cómo contactaba con el resto de los asesinos.

—¿No sería mejor que lo analizase el FBI?

—Eso nos llevaría mucho tiempo y papeleo. Deberíamos justificar por qué vinimos a verle, cuál es la razón por la que pensamos que hay más de un asesino y rezar para que nos hicieran caso.

—Ese es el procedimiento habitual. Si te saltas los protocolos, puedes meterte en un buen lío. Yo soy un civil, pero tú debes cumplir órdenes. La agencia no perdona la indisciplina.

Jennifer se quedó pensativa. Unos asesinos estaban matando gente y seguramente a esas horas ya estaban buscando nuevas víctimas, pero su profesor tenía razón.

—Está bien. Llamaremos a Scott, pero el teléfono me lo llevo y mañana hacemos una visita a tu amigo.

Charly sonrió. Le encantaba aquella actitud. La mayoría de los agentes se limitaban a cumplir las normas y hacer lo que se les ordenaba. Su amiga tenía iniciativa y sabía lo que quería.

Jennifer llamó a Scott y quince minutos más tarde toda la planta estaba llena de federales. Su compañero llegó un poco más tarde.

—¡Joder! Se está convirtiendo en una costumbre el sacarme de la cama todas las noches.

—Lo siento, compañero, pero a los asesinos les importa una mierda tu vida privada y, si te soy sincera, a mí también.

—Eso es porque tú no tienes vida privada.

—Cualquier cosa mejor que convertirme en alguien parecido a ti.

—Tranquilos. Guardad vuestra energía para encontrar a los asesinos —comentó Charly, interponiéndose entre los dos agentes.

—¿Qué mierda ha sucedido aquí? Espero que no hayas rebanado el pescuezo de ese tipo.

—No ha sido por falta de ganas, te lo aseguro, pero cuando llegamos, ya estaba muerto.

—¿Qué hacíais aquí?

—Bueno, tenía la intuición de que el asesino de Filippa no había actuado solo. Era demasiada casualidad que este tipo la acosara por la mañana y otro la asesinara por la noche. Después volví a ver el vídeo y descubrí que el asesino utilizaba el plural al hablar con su víctima. Creo que varios asesinos en serie tienen contacto de alguna manera —comentó muy seria Jennifer, y después le enseñó las pruebas que había logrado recabar.

—¿Un grupo de WhatsApp o un chat en Facebook?

—Muy gracioso, pero de alguna forma se comunican —dijo la agente con los brazos cruzados. Estaba comenzando a pensar que había sido muy mala idea llamar a su compañero.

—Lo que quiere decir Jennifer es que los asesinos actúan de forma

coordinada.

—Eso es una estupidez. Puede que el padre de la chica supiera lo ocurrido y viniera a matar a este tipo, que se trate de un robo, un crimen pasional... No se han dado, que yo sepa, crímenes coordinados por grupos de asesinos. La mayoría actúan de manera solitaria.

La agente se alejó furiosa de su compañero y Charly la siguió.

—Tranquila, es normal que no se lo crea.

—Ya te comenté que era inútil. A veces pienso que en la agencia eligen a tipos sin imaginación. Ya sabes, mucho músculo y poco cerebro.

—Las cosas no solo hay que afirmarlas, sino también demostrarlas. No pueden negar que todas estas muertes son muy extrañas. Intenta hablar con tu jefa, seguro que ella tiene una visión diferente de lo que está pasando. Acaba de irse al traste su caso perfecto. En cuanto comiencen las especulaciones en los periódicos, escuchará tus ideas.

Jennifer se quedó mirando a Charly unos instantes antes de volverse hacia su compañero y decirle en alto:

—¡Bueno, recoge todas las pruebas que puedas! Me voy a dormir. Mañana nos vemos en la oficina.

Scott le hizo un gesto burlesco mientras ella se dirigía con el profesor al ascensor. Al día siguiente tendría que convencer a su jefa para que reabriera el caso del asesino de corredoras. Sabía que no iba a ser tarea fácil, pero estaba casi segura de que lograría que entrase en razón.

CAPÍTULO 16

El hombre recibió un mensaje en su teléfono justo cuando estaba a punto de dormirse. Su esposa descansaba a su lado; se volvió para leerlo. Pensó que se trataba de algo de trabajo de la filial de su empresa en Europa, pero estaba equivocado. Era un archivo adjunto enviado por algún sistema que se le escapaba. Dudó unos segundos en abrirlo.

—Qué diablos —susurró mientras apretaba el botón.

Apareció en su teléfono el perfil de una corredora, varias fotos que había subido a las redes sociales, su dirección personal, trabajo y relaciones.

El hombre miró aquellos documentos e imágenes sin entender quién se las había enviado ni para qué.

Un nuevo mensaje llegó al teléfono, temió que el sonido agudo hubiera despertado a su mujer, miró a su espalda para comprobar que continuaba dormida. Afortunadamente tenía un sueño profundo.

El mensaje ponía unas escuetas palabras:

Hora de matar.

Se quedó observando las letras, repasándolas una y otra vez. Fantaseó con la idea de matar a la chica y sintió el mismo hormigueo que al descubrir aquel foro secreto de asesinos. Llevaba toda la vida preparándose para aquel momento.

Ya no podía dormir. Se levantó de la cama y se dirigió al despacho. Buscó a la joven en internet y pasó un par de horas investigándola. Después se sentía tan excitado que el corazón parecía a punto de estallarle.

Se preguntó si sería capaz de hacer algo así, si reuniría el suficiente valor para matar a sangre fría. Una cosa era fantasear con la idea y otra muy distinta asesinar. No le importaba para nada la chica, su familia o el dolor que

podiera provocar; aquello más bien le excitaba. Lo que realmente le asustaba era no estar a la altura. Si lo descubrían, al menos habría sentido que por unos días había estado vivo de verdad, por encima de toda aquella mediocridad monótona y vacía en la que había invernado toda su vida.

Recibió un tercer mensaje. Aquel no lo esperaba. Le explicaba cómo debía matar a la chica, le indicaba un lugar en el que alguien había escondido una inyección paralizante y le daban veinticuatro horas para hacer el trabajo. El hombre sonrió; no necesitaba tanto tiempo. Estaba tan deseoso que habría salido aquella misma noche a por su víctima, pero debía esperar a la mañana. Respiró hondo y se inclinó hacia atrás. Cerró los ojos y saboreó cada detalle, cada pequeño gesto, como si pudiera introducirse en la cabeza de su presa y convertirse en parte de ella.

CAPÍTULO 17

Aquella mañana Jennifer se vistió con su mejor traje, se peinó con un moño y se maquilló. Debía transmitir seguridad y determinación, su jefa no era fácil de persuadir. No quería llegar tarde a la oficina. Salió con casi media hora de anticipación mientras Charly aún continuaba durmiendo. Llegó a la oficina antes que la mayoría de sus compañeros, repasó en su cabeza una y otra vez lo que iba a decir a su jefa y después, por primera vez en años, se sirvió una taza de café.

Mientras saboreaba el humeante y sabroso café, vio que por el pasillo del fondo llegaba la jefa, pero esta, en lugar de ir a su despacho, situado al final de la gran oficina, se desvió por el pasillo y fue directamente hasta su mesa.

—¡A mi despacho ahora mismo!

Jennifer la miró algo temerosa. En apenas unos segundos toda su seguridad y determinación parecían haberse esfumado. La siguió como un perrito faldero, entró detrás de ella y se quedó de pie con las manos entrelazadas.

—¡Cierra la puerta!

Jennifer agarró el pomo y deslizó la hoja con delicadeza, como si sus movimientos suaves y precisos la ayudaran a tranquilizarse.

—¿Se puede saber qué diablos hacíais Charly y tú en el escenario de un crimen?

—Fuimos a interrogar al sospechoso.

—¿Qué sospechoso? El caso está resuelto, ¿recuerdas? Tú atrapaste al asesino de las corredoras.

—Tenemos indicios claros de que no actuaba en solitario —contestó Jennifer, armándose de valor, aunque agachó la cabeza ante el ceño fruncido de su jefa.

—¡Joder, Jennifer! Odio que los agentes compliquéis las cosas. Tenemos a un tipo que asesinó a sangre fría a una corredora en su casa de veraneo. Lo grabó, lo colgó en internet. ¿Qué más pruebas necesitas?

—¿Han analizado su teléfono? ¿Los ordenadores de su casa?

—Claro que lo hemos hecho —respondió la jefa mientras se sentaba detrás de su escritorio y tomaba un informe.

—¿Y qué han descubierto?

—No hubo suerte. Un virus había destruido la mayor parte de la información. Lo que recuperamos no era nada importante. Su agenda, contactos, redes sociales. Todo normal.

—¿No les pareció sospechoso que un virus atacara el teléfono y el ordenador del asesino?

La jefa puso los ojos en blanco. A veces le costaba soportar tanta insolencia. La jerarquía y las normas lo eran todo en el FBI.

—El caso está cerrado. Te he felicitado, te he propuesto para un ascenso. Ya no tendrás que repasar más casos sin resolver o de poca monta. Incluso podemos trasladarte más cerca de tu familia si lo deseas, hay una plaza libre en Boston, pero deja de hacer estupideces. ¿Me he explicado?

—Jefa, creo que no hay un único asesino. De alguna manera, actúan conjuntamente. Son una especie de sociedad o grupo de asesinos en serie. Ya sé que parece descabellado y que no hay precedentes, pero las pruebas que hemos obtenido nos demuestran que en este caso no se trata de un único individuo.

—¿Qué mierda os enseñan en la academia? Los asesinos en serie casi nunca actúan en grupo. Los únicos casos son los de parejas, matrimonios que se han pervertido y donde algunas mujeres se convierten en cómplices de sus esposos.

Jennifer comenzó a envalentonarse. No tenía nada que perder. Estaba obsesionada con el caso y no le importaba mucho perder la oportunidad de regresar a Boston.

—Entonces, ¿quién mató a Stuart Burt anoche?

La mujer la miró directamente a los ojos. Aquello era una provocación en toda regla.

—Una maldita casualidad. En la vida no todo tiene una explicación. Creo que la muerte del sospechoso no tiene nada que ver con el caso.

—¿Que no tiene nada que ver? Primero ese tipo asalta a Filippa, después la matan en directo unas horas más tarde y al día siguiente, de manera casual,

alguien asesina al acosador. Son demasiadas coincidencias.

La jefa pareció reflexionar unos momentos antes de mostrar el informe a su agente.

—Mira. No hemos encontrado ni rastro en el lugar del crimen. Puede que ese tipo se cortara él mismo el cuello.

—¿Cómo lo hizo? No se ha encontrado ningún arma...

—En eso estás equivocada.

La mujer puso una foto sobre la mesa, justo debajo del mueble en el que estaba la cafetera se podía ver un pequeño bisturí.

—¡Mierda! —gritó la agente.

—Sí, parece que se rebanó el pescuezo él mismo. Tal vez le remordía la conciencia, o pensó que lo acusaríamos. No sé qué pasaría por la mente de ese tipo enfermo, pero es mejor que esté muerto, ¿no crees?

—Sí, señora.

—Ahora vuelve a tu sitio y mira en tu ordenador. Creo que os han asignado un nuevo caso. Este está cerrado. ¿Entendido?

Jennifer afirmó con la cabeza y salió del despacho. Se encontraba desconcertada. ¿Cómo podía ser tan estúpida? Acababa de meter la pata hasta el fondo. Ahora la jefa no pediría su traslado y continuaría viviendo en Nueva York, la tendría en el punto de mira y cualquier error que cometiese hundiría un poco más su carrera. Estaba cansada de la gran ciudad. No tenía nada que ver con lo que había imaginado. La vida emocionante, cosmopolita, la gente interesante y sofisticada que esperaba conocer. Todo aquello no eran más que fantasías que se habían convertido en polvo. La realidad era que siempre sentía que estaba rodeada de gente hostil y agresiva. Se sentía insignificante, como un grano de arena movido por el viento. Mientras se dirigía a la mesa vio el rostro sonriente de su compañero. Durante unas horas había pensado que Scott era algo más que un mal agente, desagradable y fracasado, pero ahora entendía que algunas personas no cambiaban nunca y que la mejor forma de hacer algo mejor con tu vida era enfrentándote sola a tus miedos.

CAPÍTULO 18

El hombre bajó de su coche y caminó varias manzanas antes de llegar al parque. Allí sacó de la mochila una gorra, un pañuelo y otra chaqueta. Era consciente de que la ciudad estaba llena de cámaras y que era fácil seguir el rastro a cualquier sospechoso. Después entró en Forest Park, situado en Queens. A pesar de hallarse en medio de la urbe, se trataba de un verdadero bosque tupido y, en algunas zonas, solitario. Era muy temprano y no se veía mucha gente corriendo por los senderos. Sabía que la chica hacía ejercicio cada mañana por aquel lugar. Siempre colgaba su itinerario en las redes y, tras la captura del asesino, había regresado a sus rutinas habituales. No tuvo que esperar mucho hasta que la vio aparecer. Morena, pelo largo recogido en una coleta, nariz respingona, ojos pequeños y piernas larguísimas. Llevaba un pantalón muy corto, que anunciaba el principio de sus nalgas. El hombre dejó que pasara y después se puso a correr tras ella.

A aquellas horas debería haber estado en la oficina; de hecho, oficialmente se encontraba en ella. Había cerrado la puerta, advertido a su secretaria que nadie le molestara ni le pasara llamadas y después había salido discretamente por las escaleras de servicio y recorrido varias calles hasta llegar a su coche. No quería que lo vieran salir del edificio. Debía volver antes de una hora, entrar de nuevo en el despacho y salir para almorzar con un amigo. Una coartada perfecta.

Mientras corría detrás de la chica notó el corazón acelerado. Sabía que en parte era por la emoción, pero también por la intensa carrera. Hacía tiempo que no corría y había perdido agilidad. Durante años había estado obsesionado con el deporte, había llegado a tener un cuerpo casi perfecto, pero, como en tantas otras cosas, había terminado por perder el interés.

La chica corría tranquila, ajena a lo que estaba a punto de suceder. El hombre se cubrió el rostro con el pañuelo y, justo en la parte más alejada del

bosque, la asaltó por la espalda. Tenía la jeringuilla preparada, pero la joven fue más rápida que él y logró tirarla al suelo.

—¡Joder! —exclamó el hombre al ver que la jeringuilla se perdía entre la hierba.

Debía improvisar. A veces era mejor no ir con ideas preconcebidas. La persona que le había encargado aquel crimen le había indicado cómo y dónde cometerlo, pero él deseaba dejar su impronta. No era un autómatas obedeciendo las órdenes de una máquina.

—¡Maldita zorra! —le dijo mientras la derribaba y se sentaba sobre su pecho.

La joven intentó quitárselo de encima, pero su asaltante era demasiado fuerte para ella, y mientras su presa se retorció y trataba de darle con la rodilla en sus partes, él parecía disfrutar con sus vanos intentos. Por unos segundos logró que le soltara una muñeca e hizo amago de arañarle los ojos, sin embargo el hombre enseguida la atrapó de nuevo y la sujetó con fuerza.

—Tranquila. Todo va a ser muy rápido. ¿Estás grabando? Bueno, quiero saludar a todos tus seguidores. Estáis a punto de ver el último acto de Karla Vesubio.

La chica abrió mucho los ojos mientras el hombre giraba la cámara que llevaba en el brazo para que todos pudieran verla. Él la agarró entonces por el cuello con ambas manos y comenzó a apretar. Sintió en los dedos los latidos del corazón de la corredora, primero acelerados, casi frenéticos, luego más lentos y suaves a medida que iban fallándole las fuerzas y faltándole el oxígeno, hasta que la vida fue escapándose de aquel rostro bello y joven.

El hombre sintió una erección en aquel momento. Siempre lo había sabido, lo único que le excitaba era el control, por eso necesitaba dominar a su mujer mientras lo hacían, sentir que era el dueño de un cuerpo joven y bonito.

Giró la cámara con la mano y, aún con el rostro tapado, dijo a los seguidores:

—Ha sido emocionante, ¿verdad? Hasta una nueva entrega del asesino de las corredoras. No os lo perdáis, estad atentos.

Soltó el cuerpo de la chica, la observó unos segundos, como un artista al concluir su obra, y después corrió en dirección a la salida. Antes de llegar a la calle se deshizo de la gorra, el pañuelo y la chaqueta fina. Tomó su coche, regresó a la oficina y en poco más de media hora se encontraba sentado en su escritorio. Consultó las noticias; casi todos los medios habían reproducido el

asesinato en directo. El hombre volvió a excitarse al verlo, recogió su teléfono y mandó un mensaje. Después se puso en pie. Había quedado con un amigo para comer. Nunca antes se había sentido tan bien.

CAPÍTULO 19

Charly abrió la puerta al cracker. No parecía el mismo crío con el que había tratado unos años antes. Ahora era un hombre adulto, con grandes entradas y los ojos rodeados por unas oscuras ojeras. Las últimas veces habían contactado por teléfono o por la internet oculta.

—Hola, Charly. Estás igual que siempre. Creo que has hecho un pacto con el diablo.

—Eso es cierto, pero ya no trabajo para él —bromeó el anciano.

Muchas veces habían hablado del poder del Estado y la impunidad con la que actuaba desde el 11-S. El miedo y el terrorismo habían conseguido en muy poco tiempo lo que no habían logrado la persuasión y la manipulación. La gente prefería sacrificar su libertad a su seguridad y el peligro terrorista era la coartada perfecta, para que nadie hiciera preguntas ni se quejara de estar vigilado constantemente y limitado en sus derechos.

—Pensé que habíais resuelto el caso del asesino de corredoras.

—Eso creí yo también, pero por lo visto el asunto es un poco más complejo de lo que parece a simple vista. Pero siéntate. ¿Quieres un café?

—Sí, por favor —respondió el hombre mientras sacaba de un maletín que llevaba colgado del hombro un ordenador lleno de pegatinas con lemas anarquistas, símbolos de marihuana y mensajes antigubernamentales.

Charly acercó las dos tazas de café y después se sentó junto al informático. Sacó de su bata el teléfono que habían robado al sospechoso y lo dejó sobre la mesa.

—¿Puedo sacarlo de la bolsa?

—Sí, claro.

—Dejaré mis huellas en él.

—Las borraré, no te preocupes. Si necesito el teléfono como prueba, nadie te relacionará con él, te lo prometo.

—Está bien. No quiero más líos. Pasé cinco años en una prisión federal, no necesito tragar más mierda.

—Tranquilo —contestó Charly con una sonrisa.

El hombre conectó el teléfono a su ordenador y comenzó a procesar la información. Durante un rato no dijo nada; miraba los números que se sucedían en la pantalla y daba respingos.

—¿Todo bien? —preguntó el anciano cuando el informático se quedó con la mirada fija en la pantalla.

—Sí, joder. Quien esté detrás de esto sabe lo que hace. Han mandado un virus al móvil y lo han dejado frito. Menos mal que tengo un programa que puede reconstruir este desastre.

El informático estuvo casi veinte minutos tecleando y después tomó la taza, se bebió el café de un trago y se volvió hacia el anciano.

—Joder, nunca había visto nada igual.

—Me tienes en ascuas —dijo Charly, adelantándose hacia la pantalla.

—Todo el sistema está en una web profunda u oscura.

—¿Una web profunda? ¿Qué quieres decir con eso?

—El lado oculto de la red. El paraíso de los narcotraficantes, los vendedores de armas, los terroristas y todo aquel que quiera pasar desapercibido. El tipo que ha hecho esto opera en Freenet, la red oscura.

El anciano lo miró emocionado. En su época no existía internet; aquel hombre había sido su primer contacto con la red. Le parecía fascinante que hubiera una especie de realidad paralela, pero prefería lo palpable y medible.

—Tu asesino o asesinos actúan en Freenet, son muy difíciles de rastrear, pero todo lo que hacemos deja huella, aunque son muy pocos los que logran dar con esas miguitas de pan para encontrar el camino de vuelta a casa. La dirección IP es la tarjeta de visita que todos presentamos sin darnos cuenta. Con ella pueden saber desde dónde estamos accediendo a internet. De alguna forma es una manera de estar fichados en la red.

—No sé nada de esos asuntos.

—Los ciberacosadores, los piratas, los pederastas y todo tipo de ciberdelincuentes son fácilmente localizables, pero en la internet oculta es más difícil rastrearlos. Otra de las formas de vigilarnos es a través de las cookies.

—¿Las cookies? —preguntó el profesor.

—Son la información que se quedan de nosotros las páginas que visitamos. Pueden saber lo que hemos visto o hecho, de esa forma crean patrones de comportamiento, hábitos o gustos de consumo.

—¿Esas son las miguitas de pan a las que te referías?

—Sí, pero hasta los expertos pueden cometer errores, y precisamente es con esos errores con los que tenemos que intentar localizarlos.

—Pues juguemos a Hansel y Gretel y esperemos que el asesino no logre descubrir que estamos intentando hallar su rastro.

CAPÍTULO 20

La derrota siempre deja un amargor incómodo, pero a veces se trata únicamente de la antesala de la victoria. Scott aún estaba burlándose de Jennifer cuando a esta le llegó un mensaje al teléfono. Había puesto un aviso en Google para que le comunicara cualquier crimen de características similares a los de las corredoras. Dio al enlace y apareció el vídeo de una conocida cadena de televisión:

—En directo. Hace unos minutos, cientos de miles de seguidores de Karla Vesubio han podido observar estupefactos cómo era asesinada en directo.

A continuación, mientras salían las imágenes de una zona boscosa y se veía a alguien abalanzándose sobre la corredora, la presentadora prosiguió su relato:

—La joven corredora se vio sorprendida por un individuo al que no se ha podido identificar, que la estranguló hasta terminar con su vida. Por desgracia, la mujer ha sido hallada muerta hace unos minutos en Queens. Esta es la cuarta muerte violenta de una *influencer* de *running* en los últimos meses. El FBI, que detuvo a un sospechoso y mató a otro hace unos días, aseguró que el asesino había sido neutralizado, pero sin duda la ciudad de Nueva York sigue amenazada por un asesino despiadado que se está cebando con las corredoras jóvenes de la ciudad. ¿Cuántas muertes más habrá que soportar antes de que las autoridades terminen con el misterioso y cruel asesino de corredoras?

La agente miró estupefacta el vídeo y luego se dirigió a toda prisa al despacho de la jefa. Scott la siguió con la mirada y se puso en pie. Se sorprendió de que su compañera volviera a la carga después del rapapolvo que había sufrido unos minutos antes.

Jennifer entró sin llamar y dejó su teléfono sobre la mesa. La jefa frunció

el ceño, pero después se fijó en el vídeo. Levantó la vista y, perpleja por primera vez, esperó a que la agente hablase.

—Señora, mis sospechas se confirman.

—¿Cómo es posible que sigan matando a corredoras? —se preguntó sorprendida la jefa.

No podía creer lo que su agente acababa de enseñarle en el teléfono móvil. Jennifer tenía razón, aunque ella no le daría el gusto de reconocérselo.

—Ya le comenté que estamos ante varios asesinos en serie.

La jefa apagó el teléfono y se inclinó hacia delante, mostrando a su subalterna que era todo oídos.

—¿Qué propone? —le preguntó.

Aunque le costó mucho reconocer de facto su error, lo más importante era terminar con aquel maldito asesino.

—La única forma de parar a esa gente es crear un señuelo. Me introduciré en el mundo de las corredoras y descubriré quién o quiénes están detrás de todo esto.

—No estoy segura de que esté preparada para algo así.

—Llevo toda la vida preparándome, créame. He nacido para esto.

—Está bien, pero su compañero la vigilará en todo momento, no quiero que esos asesinos maten también a mi agente. Tenemos que parar esto cuanto antes.

—Ok, tomaremos todas las precauciones.

—Me informarán en todo momento de cualquier pequeño avance. Este caso tiene máxima prioridad. ¿Lo ha entendido?

—Sí, señora.

El teléfono del despacho comenzó a sonar y la jefa lo descolgó mientras la joven salía con una sonrisa en los labios. Entonces escuchó el timbre de su móvil. Era un mensaje de Charly:

Ven de inmediato. Creo que hemos encontrado algo.

CAPÍTULO 21

Estaba disfrutando de la comida cuando recibió el mensaje. Al principio se puso algo nervioso, pero luego le pidió a su amigo que lo disculpara un momento y salió a la calle. Hacía frío o al menos notó el contraste al abandonar el local. Volvió a leer el mensaje y apenas había terminado cuando un número oculto sonó en su móvil.

Se lo pensó un poco, pero al final aceptó la llamada.

—Hola. ¿Quién es?

—¿Qué te has creído? No usaste el paralizante, ni cortaste el cuello a la chica. Tus instrucciones eran claras —escuchó en el teléfono. La voz estaba distorsionada, pero se le entendía a la perfección.

—Las cosas se complicaron y tuve que improvisar un poco —contestó algo confuso. No esperaba que lo llamaran.

—Está bien, pero no quiero que se vuelva a repetir. Cada asesinato es una expresión artística. Nunca hay dos iguales. La educación recibida, la familia en la que han sido criados, los traumas que arrastran desde la infancia, las fobias y las filias convierten a los miembros de nuestro club en algo único. Muchos de ellos son verdaderos artistas, pero el material con el que trabajan es el dolor humano y el miedo. Nos tomamos todo esto muy en serio. No somos unos aficionados. ¿Lo has entendido?

—Sí, señor —respondió inquieto.

—Está bien. Nos ha gustado que lo transmitieras en directo, muy pronto te llegará otro objetivo, pero esta vez cumplirás las órdenes a rajatabla. ¿Queda claro?

El hombre tragó saliva y afirmó con la cabeza, como si la voz que le hablaba al otro lado de la línea pudiera verle la cara.

—*Vitiis nemo sine nascitur.*

El hombre no entendió el significado de la frase, pero antes de que

podiera preguntarlo su interlocutor colgó. Mientras se dirigía a la mesa buscó la frase. Era una cita de Horacio que decía: «Nadie nace sin culpa».

Su amigo lo observó y, mientras se sentaba, le preguntó si todo estaba bien.

—Sí, era algo del trabajo —comentó mientras colocaba la servilleta sobre sus piernas.

Después se metió un trozo de carne en la boca y lo saboreó con una intensidad que nunca había experimentado hasta ese momento. El dulce poder de la fuerza bruta, salvaje, sin ningún tipo de cortapisas. «La muerte iguala a todos los hombres», se dijo, pero el asesinato nos convierte en dioses.

CAPÍTULO 22

Jennifer subió los escalones de dos en dos y abrió la puerta de su apartamento. Charly estaba sentado en el sillón junto a un tipo rubio, con entradas profundas, gafas redondas y expresión bobalicona.

—¿Has visto el vídeo? —preguntó ella en cuanto dejó el bolso en una silla.

Después le prestó su teléfono y los dos hombres observaron en silencio el asesinato.

—¡Qué fuerte! ¡Nunca había visto algo tan gore! El mundo está más enfermo de lo que pensaba.

—Puede que sea cierto, pero tenemos que detener a estos asesinos cuanto antes. Millones de personas han visto el vídeo, el mundo se está acostumbrando a ver estos horrores —contestó la agente.

—Mi amigo ha descubierto algo interesante en Freenet.

—¿Freenet? ¿La internet oculta?

—Sí, al parecer el grupo que buscáis se mueve como pez en el agua en Freenet.

—Un grupo de asesinos brutales que dominan la tecnología. Una verdadera pesadilla —dijo Charly.

—Bueno, ya sabréis que Freenet fue el trabajo de graduación de Ian Clarke, un estudiante de la Universidad de Edimburgo. El sistema funciona encriptando pequeños fragmentos de contenidos sensibles. Nadie puede ver el archivo completo; usan el mismo sistema de los enrutadores, que mandan paquetes sin saber qué contienen los archivos. Freenet se puede conectar de forma abierta o únicamente entre amigos, después de que el otro te agregue.

—¿Como en Facebook? —comentó Charly.

—Se trata de algo un poco más complejo —respondió el informático, poniendo cara de póker.

—¿Qué sabes sobre ellos? —preguntó impaciente Jennifer.

Se sentó al lado de los dos hombres y comenzó a mirar la pantalla mientras el informático tecleaba algo.

—He logrado desanonimizar a los usuarios y algunos archivos, aunque son muy listos. Primero infectaron el teléfono con un virus y destruyeron casi todo lo que les comprometía, pero dejaron una pequeña puerta. Siempre queda una abierta.

—Entiendo —le dijo Jennifer al informático.

—Mirad esto.

En la pantalla apareció la conversación entre Stuart Burt y su captador. Con aquella información al menos podrían apoyar las sospechas de que se trataba de una red de asesinos.

—Es increíble. Alguien le está ordenando matar, le facilita los medios y le explica el método. Hasta han elegido a la víctima y la hora de la muerte —observó Jennifer.

—Esto no parará hasta que encontremos a la cabeza pensante —comentó Charly.

—Puede que no la haya. Todos trabajan en red. No sería descabellado pensar que se trata de una gran mente pensante, con todas esas cabezas enfermas maquinando sus macabros crímenes a la vez —sugirió el informático.

—Entonces, ¿cómo vamos a cazarlos? ¿Tendremos que encontrarlos uno a uno?

—No —respondió el informático a la agente—. En el caso de que actúen en red, podríamos neutralizarla. Tendré que intentar internarme en su sistema. Que me capten y, cuando tenga su confianza, destruirlos desde dentro —explicó el informático.

—¿Cuánto tiempo necesitas para internarte en su sistema? —preguntó Jennifer.

—No lo sé. Ellos me tienen que aceptar y captar. Visitaré páginas sobre asesinos en serie, haré algunos comentarios sobre el tema y tendremos que cruzar los dedos —dijo el hombre.

—No es suficiente. Te rastrearán. Debes crear una personalidad falsa. Nosotros te daremos los datos y la identidad que necesitas —le ofreció la agente mientras apuntaba la información en una libreta.

—Estupendo. Nunca pensé que terminaría convirtiéndome en un espía —bromeó el informático.

Jennifer se puso en pie; ella también tenía trabajo que hacer. Se creó una cuenta nueva en Instagram y se inscribió en varios grupos de *running*. Buscó en su armario ropa para correr y se vistió. Cuando salió al salón, los dos hombres la miraron sorprendidos.

—¿Qué sucede? —preguntó la mujer al ver la cara de los dos.

—Nada, nunca te había visto con ropa deportiva —contestó Charly.

Jennifer lucía un cuerpo espectacular. Aunque siempre se quejaba de sus caderas, los pantalones ajustados marcaban unas curvas perfectas y la camiseta insinuaba unos pechos grandes y firmes.

—¿Ahora entendéis por qué muchas mujeres no se visten así? A nadie le gusta ver a dos tipos babeando.

Los dos hombres se ruborizaron. Jennifer sonrió, salió al rellano y comenzó a correr escaleras abajo. Cuando salió a la calle, ya se sentía un poco fatigada. En las semanas siguientes tendría que convertirse en una *runner* experta. La agencia la ayudaría a manipular su perfil y añadirle algunos miles de seguidores, pero para que todo fuera creíble debía llegar a ser una corredora nata, asistir a algunos eventos e intentar atraer a los asesinos. La idea de ponerse en el punto de mira de aquel club anónimo de psicópatas no resultaba muy agradable, pero sabía que era la única forma de salvar vidas y detenerlos antes de que sembraran el terror en la ciudad y otra chica apareciera muerta.

SEGUNDA PARTE
LA INTERNET OCULTA

CAPÍTULO 23

Después de dos semanas corriendo por Prospect Park comenzó a sentirse por primera vez satisfecha. Llevaba años sin practicar regularmente deporte alguno, desde antes de terminar la universidad. De hecho, nunca había sentido el impulso de hacer ejercicio; para ella suponía una obligación, la única forma de no pasarse con el peso. Lo cierto era que muchas cosas habían cambiado en aquellos años. Los sueños de juventud parecían disiparse más rápido que la niebla de una mañana de otoño. Siempre había soñado con trabajar en el FBI, convertirse en una agente modelo y ser capaz de atrapar a los malos. Hacía tiempo que había descubierto que la vida de una agente era normalmente rutina, después más rutina y, para terminar, burocracia. Sabía que aquello le sucedía a casi todo el mundo. Su amiga Patty, profesora universitaria, le había contado lo tedioso de su trabajo, las pocas gratificaciones que recibía de los alumnos, de la dirección de la universidad y del sistema. «Cuando observamos la vida en perspectiva, nos parece algo emocionante y placentero», pensaba, pero el día a día era otra cosa. En su época de estudiante de bachillerato se la imaginaba como una especie de escalada ascendente que culminaba en algo sublime; sin embargo, aquella visión no se ajustaba a la realidad.

Correr, en cambio, le hacía sentir el control, algo que llevaba mucho tiempo sin experimentar. Se trataba de un tipo de rutina muy distinta a otras que conocía. Siempre era un reto salir, mejorar la marca personal, correr unos kilómetros más. Ahora entendía a todas aquellas mujeres. En realidad, no buscaban ser famosas y admiradas, ni tampoco seguidas e imitadas; simplemente estaban buscándose a sí mismas.

Jennifer llevaba toda su existencia mendigando el reconocimiento de los demás, viviendo hacia fuera, sin importarle cómo su mundo interior se convertía en una especie de caos, igual que una vieja buhardilla sucia y llena de cachivaches. Había renunciado a todo por el FBI. Lo primero que había

dejado de lado era el amor, pero también la maternidad y la posibilidad de ganar mucho dinero. Un agente no tenía un sueldo muy alto y debía sacrificar su vida personal, un coste elevado por apenas unas migajas de satisfacción. Aunque el problema no era la agencia, sino la vida, que siempre te ofrecía muchas más expectativas que realidades.

Estaba cansada de las zancadillas de los que debían colaborar con ella para atrapar a gente peligrosa, pero intentaban destacar a costa de hundir a los demás, de que hablasen a sus espaldas, de que criticasen cada cosa que hacía, cómo vestía o su mera existencia. Odiaba las miradas descaradas de sus compañeros masculinos, la superficialidad de sus compañeras, el racismo hacia el diferente y el optimismo barato que todos debían sentir. Además de apaleado, agradecido.

Jennifer recorrió los últimos metros hasta la fuente. Siempre descansaba allí un par de minutos antes de regresar a casa. Tres corredoras se le acercaron y se pararon justo a su lado.

—¡Hola! Llevamos semanas viéndote y nos preguntábamos si te gustaría correr con nosotras.

Jennifer las observó por unos segundos. Eran tres mujeres de poco más de treinta años, atractivas, de pelo rubio y cuerpos casi perfectos. A su lado se veía como una verdadera e inepta novata.

—Sí. Bueno... sería un placer —dijo torpemente.

—¿Siempre vienes a esta hora?

Era muy temprano y el parque estaba solitario. Se preguntó si correr con aquellas mujeres podría ser un estorbo para la investigación. Los asesinos siempre buscaban corredoras solitarias, aunque no le vendría mal introducirse algo más en aquel mundo de los *runners*.

—Bueno, casi siempre. Después voy a la oficina.

—Tú eres Eugene Peterson. Te he visto en la web de *runners* de Instagram. A todas nos encanta Instagram, pero la verdad es que nos comunicamos mejor por Facebook y Twitter —dijo la más rubia de las tres—. Perdona, no nos hemos presentado. Me llamo Sara Smith y estas dos amigas son Mary England y Susan Gein.

—Encantada —dijo Jennifer mientras sus nuevas compañeras se sentaban a su lado.

—¿No te da miedo correr sola? —preguntó Sara.

—Lo cierto es que no. Tomo mis precauciones. ¿Conocíais a las chicas asesinadas? Creo que algunas corrían por esta zona.

—Sí, maldita sea. Perdón, a veces me pongo algo nerviosa. ¿Cómo se pueden tomar precauciones? Esas chicas estaban en forma, corrían como gacelas y un par de ellas conocían artes marciales —comentó Susan, que hasta ese momento había permanecido callada.

—Tal vez piense que no me va a tocar a mí —contestó Jennifer, intentando cambiar de tema.

—Me encanta tu perfil en Instagram. Tienes casi dos millones de seguidores. ¿Cómo se consigue algo así? —preguntó Sara.

—No lo sé. Un poco de suerte, trabajo duro...

—Sí, claro. A mí me falta lo primero, aunque en cuanto al trabajo duro no me puedo quejar. Tengo tres hijos, soy médico residente en el Roosevelt y encima me machaco el cuerpo todos los días —dijo Sara entre orgullosa y ofendida.

—Sí, pero no te olvides de Mark, también cuidas de él —bromeó Susan.

—Mi marido es un caso aparte. A veces se me olvida que estoy casada. Viaja todas las semanas. Pero no queremos aburrirte con nuestras vidas. ¿Corremos?

Las cuatro mujeres comenzaron su recorrido sin percibir que alguien las vigilaba a cierta distancia. El desconocido tomó fotos de cada una de ellas y después las mandó por su teléfono. En las últimas dos semanas no se había producido ningún asesinato, pero eso estaba a punto de cambiar.

CAPÍTULO 24

La reunión se retrasó un poco, pero veinte minutos más tarde por fin llegó la jefa y los cuatro se sentaron alrededor de la mesa. Charly se había puesto traje y chaqueta, aunque se veía a la legua que era demasiado anticuado y le quedaba muy holgado. Jennifer estaba a su lado, mientras que Scott, que aún seguía enfadado con su compañera, se había sentado cerca de la jefa.

—¿Qué progresos habéis hecho? Todo el mundo me pide resultados. El director de la agencia, el gobernador y el alcalde. No sé qué contestarles. Afortunadamente, en las dos últimas semanas no se ha producido ningún asesinato.

—Bueno, yo continúo corriendo. Ya he comenzado a destacar en las redes. Me he inventado la historia de que venía de Canadá, para que nadie pregunte mucho de dónde he salido.

—Está bien que te rodees de otros corredores —opinó la jefa, que aún no había logrado digerir que su agente más contestataria estuviera a cargo de aquella investigación.

—Dentro de dos días hay un evento en el sur de Manhattan. Espero conocer a más gente allí. Puede que eso sirva para que los asesinos se fijen en mí —dijo Jennifer.

—¿Realmente crees que los asesinos asisten a ese tipo de eventos? —preguntó Scott enfadado.

Jennifer no le hizo caso y se dirigió de nuevo a su jefa.

—Los asesinos eran todos corredores, estaban en forma y no parece que sea casualidad que siguieran a esas chicas. Creo que todos ellos conocían el mundillo de los *runners* —contestó Jennifer, intentando calmar sus nervios y disimular la situación tensa que volvía a tener con su compañero.

—Bueno, nosotros no hemos avanzado mucho. Mi contacto está intentando entrar en la red de asesinos, pero por ahora no ha conseguido nada.

La jefa frunció el ceño, cerró los puños y se puso tensa. Ella era la que tenía que lidiar con los políticos y mantener tranquila a la opinión pública.

—Entonces no hemos avanzado nada. Patrón, perfil de los asesinos, zonas de caza...

Charly carraspeó y se acercó a la pizarra.

—Bueno, he estado analizando los datos, buscando pautas. No es fácil. No olvidemos que en este caso no se trata de un asesino en serie. Estamos hablando de un grupo. Pero he llegado a algunas conclusiones.

—Somos todo oídos —dijo la jefa, cruzándose de brazos.

—Bien. Lo primero es que todos los asesinos son varones, que sepamos.

—Con eso descartamos a poco más del cincuenta por ciento de la población de Nueva York y ciudades aledañas —bromeó Scott.

—Que no es poco. Las edades de los asesinos están entre los treinta y cinco y los cuarenta y cinco años. Por tanto, hombres de mediana edad. Profesiones liberales, con estudios, de raza blanca, con pareja, integrados en la sociedad...

Scott hizo un chasquido de dedos, pero el resto prefirió no prestarle atención.

—Los dos asesinos conocidos eran del área de la ciudad de Nueva York nacidos aquí. Usuarios de redes sociales y corredores habituales con horarios flexibles. Hemos podido escarbar un poco en su pasado. Ambos eran de procedencia humilde, provenían de hogares desestructurados, con familias rotas, pero habían logrado estudiar y prosperar...

—No es mucho —se quejó la jefa.

—Por ahora. Mi contacto ha estado indagando más en la internet oculta. Es uno de los mejores hackers que hay en la ciudad. Ha analizado el comportamiento en la red de los dos individuos, qué les unía y ese tipo de cosas. Ambos eran *voyeurs*, disfrutaban más observando que practicando sexo. Y ambos estaban inscritos en el mismo club de sadomasoquismo. Mi informático acaba de descubrirlo hace unas horas.

—¿Sadomasoquismo? —preguntó la jefa intrigada.

—Sí, sus tendencias sádicas les animaban a practicar ese tipo de sexo. Al parecer, primero lo contemplaban, pero en algún momento dieron el paso de poner esas fantasías en práctica. Estos grupos son secretos, se convocan por internet. Nadie sabe nada de los otros. Mantienen relaciones en grupo y después desaparecen sin dejar rastro. No hay compromisos, ataduras y el anonimato está garantizado. Muchos de ellos van con sus esposas, pero

también asisten hombres y mujeres solitarios.

—¿Los dos estaban en esa especie de club sadomasoquista? ¿Cómo lo ha descubierto su hombre? —preguntó Jennifer con sorpresa.

—Sí, sin duda. Ha logrado rastrearlos. Al parecer, tenían abiertos otros programas en sus ordenadores y ha conseguido descubrir sus IP y la ubicación aproximada de sus casas. Mi contacto ha logrado acceder a la próxima reunión. Piensa que el captador busca entre ese tipo de gente a los asesinos. Debe de observarlos e intentar medir si serían capaces de matar. Este grupo de sadomasoquismo es especial. Siempre juegan al mismo ritual.

—¿Qué ritual?

—Simulan que asesinan y violan a sus parejas.

CAPÍTULO 25

Jennifer visitó las páginas en la internet oculta y, tras más de dos horas buceando en la parte oscura de la red, se sintió asqueada. Sabía que el FBI investigaba y perseguía todos los delitos que aparecían de forma explícita en ese mundo virtual, oscuro y peligroso, lo que no entendía era cómo, a pesar de los esfuerzos de las autoridades, continuaban circulando miles de páginas que defendían la violencia, los abusos a menores, el terrorismo, el narcotráfico, la venta ilegal de armas o el crimen organizado. Aunque no todo lo que había en la internet oculta era ilegal. También había bases de datos de particulares, empresas, gobiernos e información científica o técnica.

Una de las partes más destacadas de la internet oculta era la dedicada a los hackers y crackers. Los piratas se movían con mucha facilidad por la red, pero también los vendedores de medicinas o alimentos prohibidos. Todo podía comprarse y venderse, sin importar ningún tipo de ley o traba democrática.

La agente visitó algunas páginas que vendían drogas duras y medicinas ilegales para deportistas. No le costó mucho ver webs dedicadas a sicarios, ladrones profesionales o lavado de dinero sucio.

Sin embargo, la parte más oscura de aquel mundo que se movía paralelo al real sin que nadie pareciera darse cuenta eran, sin duda, las imágenes y vídeos de pornografía infantil, asesinatos, incestos, violaciones y torturas reales. En esa parte podían comprarse y venderse personas u órganos. Un mercado del horror en el que todo estaba en venta.

El contacto de Charly le había dado una serie de advertencias si se atrevía a entrar en aquel mundo sin ley, y ella, naturalmente, se las había tomado al pie de la letra. No era tan estúpida como para no ser consciente de que en aquel sitio se movía la peor calaña de la humanidad. Una gran comunidad de asesinos, proxenetas, violadores, ladrones, terroristas, sádicos, obsesos y todo tipo de viciosos.

La primera regla era no facilitar nunca información personal. Cualquier tipo de datos podía ser usado para rastrearte, chantajearte o simplemente matarte.

La segunda regla era no descargar nada. Cualquier cosa que descargas podía terminar convirtiendo tu ordenador en un esclavo en manos de un hacker.

La tercera regla era no buscar o abrir otros programas personales mientras navegabas por la internet oculta. Si consultabas tu correo electrónico o algún perfil social, los hackers podrían identificarte y robarte información personal.

La cuarta regla era evitar entrar en páginas con contenidos ilegales.

La última regla era que siempre debías ser consciente de que el anonimato total no existía y, aunque tu dirección IP apareciera encriptada, eso no quería decir que el FBI o algunos crackers muy buenos no pudieran rastrearte.

Jennifer estaba al corriente de los peligros, pero debía indagar, conocer más sobre el grupo que le había comentado el contacto de Charly e intentar encontrar algo de información sobre las chicas asesinadas.

No tardó mucho en dar con un chat en el que se hablaba de forma despiadada y frívola de las víctimas del asesinato de las corredoras. Comentarios sobre sus cuerpos, la crueldad con la que habían muerto o incluso detalles desagradables. Junto a dichos comentarios a veces aparecían imágenes que ni ella misma había visto, obtenidas seguramente de forma ilegal, robadas de los propios archivos de la policía o las cuentas privadas de las víctimas.

Llevaba tanto tiempo metida en internet que se le pasó la hora de la comida. Estaba a punto de dejarlo cuando encontró un enlace que conducía a una zona dedicada a corredores. Entró en ella y descubrió que alguien había subido a las corredoras más famosas del país, entre las cuales se encontraban las mujeres muertas. El informático podía hacer casi milagros; había robado la identidad de una corredora canadiense que había fallecido unos días antes, pero había cambiado algunos datos para que la gente que la conocía no lo descubriese. Estaba colgada la información personal, datos y contactos de cincuenta mujeres en total. Jennifer repasó los nombres y encontró su identidad falsa entre ellos. Alguien la había colocado ya en el punto de mira de los asesinos. Una de las cosas que más le impresionó fue que en la lista había quince mujeres con una diana. Desobedeciendo los consejos del especialista, descargó la información y salió de la red oculta.

Se desconectó de internet para asegurarse de que no rastreaban el ordenador y comenzó a revisar los datos de las corredoras.

De repente oyó como si alguien estuviera intentando entrar en el apartamento. Sintió que el corazón se le aceleraba, tomó la pistola de su chaqueta y se acercó con sigilo a la puerta. Se dispuso a golpear al intruso cuando comprobó que se trataba de Charly con unas pizzas.

—¡Hola! ¿Qué sucede? Traía algo de comida, seguro que aún no has probado bocado.

—Me has asustado, Charly.

—¿No recuerdas que me diste unas llaves? Fue idea tuya, no querías atravesar toda la ciudad cada vez que hubiera un nuevo caso.

El hombre entró en el apartamento y dejó la comida sobre la mesa. El olor de la pizza hizo que las tripas de la agente comenzaran a rugir. Se sentaron en dos banquetas y comieron en la barra americana.

—Mi contacto está progresando. Esta noche irá al encuentro sádico que te comenté, pero tiene un problema.

—¿Qué problema? —preguntó Jennifer con la boca llena.

—Necesita ir con una mujer, al parecer es una regla de las reuniones. Nadie obliga a otro a hacer nada, pero no pueden ir hombres solos.

—¿Cuándo es la reunión? —volvió a preguntar mientras se limpiaba la boca con una servilleta de papel.

—Esta noche. Creo que el sitio está al norte de Long Island. Es un edificio abandonado.

—La verdad es que todo este asunto da escalofríos. Iré yo con él —se ofreció la agente, aunque no le hacía ninguna gracia asistir a una reunión de aquellas características.

—No, prefiero que tú no vayas —dijo Charly mientras le echaba un poco más de refresco en el vaso.

—No soy una niña. No me pasará nada —contestó su pupila algo molesta.

—Pero imagina que hay miembros del club de asesinos allí. Podrían reconocerte —comentó su amigo.

—Llevaré una peluca rubia y me pondré lentillas de color. No sabes lo que puede cambiar el rostro de una mujer con un poco de maquillaje.

Charly frunció el ceño y tomó un pedazo más de pizza. Jennifer no era consciente del peligro que corría. Dentro de aquel edificio abandonado nadie podría protegerla. Era exponerse demasiado. En todos sus años en el cuerpo

había conocido decenas de casos de agentes del FBI muy buenos que habían intentado acabar con el crimen organizado ellos solos. El cementerio estaba repleto de héroes, pero estos ya no podían servir a su país ni disfrutar de sus familias.

—He encontrado algo muy curioso —dijo Jennifer mientras se dirigía al sillón.

Charly la siguió y se sentaron juntos. La agente le mostró la lista de corredoras.

—Tú eres una de las señaladas —observó Charly con cierta sorpresa.

—Eso era lo que pretendíamos —contestó ella.

—Mira en tu ordenador estos nombres —le pidió él.

Charly cargó los datos de las mujeres en su ordenador. Los colocó en un mapa y cincuenta indicadores aparecieron dispersos por el territorio de Estados Unidos. La mayoría parpadeaban en los estados costeros del Este y el Oeste: California, el estado de Washington, Oregón, Texas, Luisiana, Florida, las Carolinas, Virginia, Pensilvania, Rhode Island, Massachusetts y Maine. El resto aparecían en algunos estados como Ohio, Nuevo México, Utah o Illinois.

—Las cincuenta corredoras están repartidas por todo el país, en especial los estados más urbanos.

—Quiero que lo contrastes con crímenes, violaciones o desapariciones, ya sean casos resueltos o sin resolver.

Charly introdujo los datos y comenzaron a aparecer los casos por orden. Además de las cuatro mujeres asesinadas cerca de la ciudad de Nueva York, aparecieron otros diez casos en el último año. Sobre todo en la Costa Este, pero también en California.

—¡Mira esto!

—Los asesinos han estado muy activos. ¿Cómo es que nadie ha relacionado los casos? —preguntó indignada Jennifer.

—Nuestro país es muy grande. Los casos están dispersos por todo Estados Unidos. La única conexión es que son corredoras, pero tienen edades dispares, profesiones diferentes —intentó explicarle Charly.

—Pensé que había programas que comprobaban la información de todo el país para intentar encontrar conexiones.

—Bueno, eso no funciona exactamente así. Un agente debe pedir que cotejen los casos parecidos; al parecer, nadie lo ha hecho hasta ahora. Hasta que no se producen tres asesinatos no comienza el protocolo de investigaciones paralelas. Como verás, hay una gran concentración en la zona

este, lo que puede confirmar que el núcleo principal comenzó aquí, pero lo más terrible de todo esto es que la red se extiende por todo el país. Hay un buen número de mujeres en el punto de mira. Podemos atrapar a los asesinos, pero mientras funcione el sistema y no descubramos el origen, muchas de ellas pueden seguir muriendo.

CAPÍTULO 26

El contacto de Charly la esperaba en la calle con su coche en marcha, un viejo Chrysler de color negro. Cuando vio acercarse a la agente, se quedó sorprendido. Llevaba una larga melena rubia, un vestido ajustado, de escote palabra de honor, y medias con ligeros, unos zapatos de tacón y un bolso pequeño. Subió al vehículo y se sentó a su lado. El hombre no pudo evitar mirarla de arriba abajo.

—Será mejor que se concentre en la conducción —comentó la agente algo molesta.

Charly había avisado a Scott de la infiltración y el agente le había prometido ir con él para vigilar fuera del edificio. Jennifer llevaba puesto un micrófono; si surgía cualquier problema, entrarían para protegerla.

Tardaron algo más de cuarenta minutos en llegar a las proximidades del edificio, que para sorpresa de ambos resultó ser una iglesia abandonada unos años antes. La crisis económica también había afectado a las congregaciones y aquel edificio perteneciente a la Iglesia católica situado en una tranquila y rica zona residencial de Long Island llevaba mucho tiempo vacío. La construcción estaba comenzando a deteriorarse, pero su fachada blanca, el techo azul y las ventanitas en forma de arco apuntado le daban un aspecto encantador. Unos ciruelos flanqueaban el serpenteante camino de adoquines rojizos y al lado de la capilla había unos bancos pintados de azul.

Los asistentes a la fiesta habían alquilado el edificio y dejado sus coches a varias manzanas. La mayoría querían mantener el anonimato. Los integrantes de aquel club macabro eran respetables miembros de la comunidad, matrimonios modélicos que aparentaban una vida decente.

En cuanto comenzaron a caminar por el sendero, Jennifer y su acompañante se encontraron con otras parejas. Todos iban elegantemente vestidos, los hombres con pajarita y traje negro, las mujeres con bellos

vestidos de noche un poco provocativos y zapatos de tacón. Llevaban el rostro oculto tras máscaras doradas y blancas, todas iguales. Nadie habló con ellos fuera del edificio. A la entrada los esperaban unos hombres fuertes, vestidos también de traje y con pajarita, pero de color rojo.

Enseñaron unas entradas con código de barras y les indicaron que bajaran por las escaleras a lo que parecía una diáfana habitación. Los anfitriones habían colocado camas, sillones y todo tipo de mobiliario. En cuanto entraron, calcularon que en el local habría más de cien personas. Los asistentes fueron distribuyéndose por la sala, hasta que casi todos los lugares estuvieron llenos.

La luz era tenue, se oía una música relajante y en varias mesas había todo tipo de aparatos sexuales, cremas, aceites y lubricantes. Jennifer comenzó a ponerse nerviosa. Se consideraba una mujer muy tradicional, lo que no significaba que no tuviera experiencia en el sexo, pero sus pocas parejas habían sido elegidas concienzudamente.

—Será mejor que intentemos relajarnos —le comentó el hombre, que parecía tan nervioso como ella.

—Simplemente vamos a observar —dijo la agente.

—Si observamos nada más, los captadores no se fijarán en nosotros.

—Bueno, ellos buscan a hombres capaces de llegar hasta el asesinato —comentó la agente, situando a su compañero.

—¿Sugieres que actúe de manera violenta? —preguntó sorprendido.

—Esto es una especie de figuración. No creo que nadie haga daño a nadie realmente, pero los ojeadores deben buscar a los tipos más sádicos. Están intentando reclutar asesinos en serie. O al menos eso es lo que creemos, ¿no?

Una pareja se acercó a una especie de estrado. A pesar de los antifaces, se intuía que eran realmente guapos. La mujer con pelo largo, de color rubio y rizado. Llevaba un vestido rojo que realzaba su cuerpo de curvas perfectas. Sin duda, pasaba muchas horas en el gimnasio. El hombre parecía musculoso debajo del traje elegante. Se movían con soltura y gracia, como si estuvieran acostumbrados a tratar con el público.

—Damas y caballeros, bienvenidos a la reunión. Espero que disfruten de la velada. La intención de este club exclusivo es inyectar pasión y sensualidad a nuestras vidas. Todos sabemos lo dura y monótona que puede ser la existencia. La sociedad nos pide que cumplamos ciertas reglas, nos impone un estilo de vida, pero tenemos todo el derecho del mundo a buscar nuestra

propia felicidad. Gracias a nuestras reuniones mantenemos fuertes los vínculos de pareja, evitando que la monotonía termine con el amor. Ya conocen las reglas del club. Todo es voluntario, no utilizamos drogas ni armas, pueden participar con sus parejas, las de otras personas o simplemente mirar. La duración del acto es de cuatro horas, aunque quien lo desee puede ausentarse en cualquier momento. Esta es la sala principal, pero pueden salir e ir a cualquier parte del edificio, excepto fuera del local, lo cual está prohibido. Nuestros guardas y ayudantes femeninos están a su entera disposición; harán lo que les plazca. Espero que disfruten de la velada —dijo el hombre completamente eufórico.

—Es una noche especial, hoy pueden hacer realidad sus deseos más ocultos. Para ir calentando motores, tendremos varios espectáculos en la tarima. Pueden comenzar cuando quieran —añadió la mujer mientras ambos señalaban a una pareja vestida de la misma forma que el resto.

La pareja subió a la tarima y empezó el espectáculo. La mujer se despojó del vestido y, cubierta con lencería de cuero, empezó a bailar alrededor del hombre. Ambos tenían cuerpos esbeltos y también llevaban máscaras, pero estas dejaban ver en parte sus atractivas facciones. Ella se sentó en su regazo y él comenzó a besarle el cuello, pero de repente se levantó y la obligó a arrodillarse en el suelo.

Jennifer miró al escenario nerviosa y después observó a su alrededor. Muchas de las parejas comenzaban a besarse y algunos hombres y mujeres empezaron a buscar otras para realizar intercambios. Deseó salir corriendo, pero quería atrapar a los asesinos y terminar con las muertes de más mujeres.

El hombre de la tarima la miró; ella se encogió de hombros e intentó observar el ambiente. No parecía tan violento como se había imaginado, aunque pensó que seguramente las cosas cambiarían a lo largo de la velada.

La pareja que estaba representando el primer show comenzó a azotarse con un látigo de cuero. La mujer obligó al hombre a arrodillarse para que lamiera sus botas altas. Jennifer tuvo la tentación de cerrar los ojos. Muchas veces intentaba evitar la realidad, imaginar que el mundo no era como se mostraba en las noticias, un lugar oscuro en el que nada era lo que parecía. Sabía que si deseaba escapar de la realidad, había elegido la profesión equivocada. Para terminar con el mal, a menudo tenías que sumergirte completamente en él.

CAPÍTULO 27

Charly no dejaba de mirar el reloj todo el rato. Su contacto y Jennifer llevaban más de una hora dentro y no se habían comunicado con ellos. Pensaba que eso era buena señal, pero no quería exponerla tanto. Scott dormitaba al lado, el coche estaba apagado y la zona residencial era tan tranquila que apenas se escuchaba nada. Desde que los socios habían entrado en la iglesia no habían visto ningún coche. De hecho, nadie había entrado ni salido del edificio en la primera hora.

—Llevan mucho tiempo dentro. Exponerse durante un periodo tan largo es muy peligroso —dijo el profesor en alto, más con la intención de exorcizar sus pensamientos que con el deseo de entablar conversación. Scott no le caía muy bien. Era el típico agente echado a perder, más preocupado por la prejubilación que por su trabajo.

—Están bien. Jennifer puede comunicarse con nosotros sin ningún problema. Es la única vez en mi carrera que preferiría estar dentro de una operación que esperando fuera —dijo Scott, incorporándose un poco.

Tomó unos prismáticos pequeños que tenía y examinó la zona. Todo parecía tranquilo.

—Esto no es una broma. Se están jugando la vida —refunfuñó Charly.

—Ya lo sé, pero la mayoría de las veces nos la jugamos en situaciones más desagradables. Observar a unos ricachones practicando sexo no es algo tan peligroso y terrible. Jennifer es algo mojigata, pero estoy seguro de que aguantará.

—Mi contacto comprobó que al menos uno de los asesinos asistió a reuniones de este club. Teníamos que investigarlo. Aún no sabemos cómo se capta a los asesinos.

—¿No creía tu contacto que era por internet?

—Sí, pero sospecha que aquí se les tantea primero. No hay un test para

psicópatas con el que se pueda seleccionar a candidatos por medio de una web. El captador seguramente los observa durante algún tiempo.

Scott puso las manos detrás de la cabeza, como si intentase echarse a dormir de nuevo, pero observaron algo extraño cerca del edificio.

—¡Joder! ¿Qué es eso? —le preguntó Scott al profesor.

Tomaron los prismáticos y observaron a un hombre que merodeaba por los alrededores de la iglesia. Al parecer, los guardas estaban dentro, pero nadie se encargaba de vigilar el perímetro.

—Está echando algo a la pared —dijo Charly mientras señalaba a la figura con la mano.

Scott se incorporó más y logró verle en parte los brazos. El edificio no estaba iluminado y las farolas del paseo proyectaban una luz muy débil que apenas lograba arañar la oscuridad.

El tipo que rodeaba el edificio arrojó algo y salió corriendo. Estaban a punto de seguirle cuando vieron la llamarada. El desconocido había arrojado algún potenciador sobre la fachada de madera y el edificio comenzó a arder rápidamente por los cuatro costados. Los dos hombres se dirigieron a toda prisa a la antigua iglesia. La puerta principal estaba en llamas, pero una ventana próxima aún se hallaba fuera del alcance del fuego. Scott la reventó y saltó adentro. Al principio, dos de los vigilantes se abalanzaron hacia él, pero al ver las llamas se quedaron paralizados, sin saber qué hacer.

—No abran la puerta, el fuego entraría rápidamente en el edificio. ¿Hay alguna salida de emergencia? —les preguntó Scott a los vigilantes, que parecían totalmente superados por la situación.

—Sí, en el sótano —respondió uno de ellos, que comenzaba a reaccionar.

—Está bien, lleven a todo el mundo abajo. Que nadie abra una puerta o una ventana.

Charly logró entrar en el edificio antes de que las llamas cubrieran la ventana rota. Los vigilantes reunieron a las personas dispersas por la primera y la segunda planta. Hombres y mujeres medio desnudos corrieron hacia el sótano. Aún llevaban las máscaras puestas, pero a los dos agentes no les hizo falta ver sus rostros para darse cuenta de que estaban aterrorizados.

Mientras ayudaban a que todos bajaran, el fuego comenzó a ascender por la fachada. La madera crujía y el calor comenzaba a ser insoportable. Si la salida del sótano se encontraba bloqueada o el fuego impedía que salieran, en pocos minutos todos morirían abrasados o asfixiados. Corrieron escaleras

abajo. Charly buscó desesperadamente a Jennifer, pero no encontró ni rastro de ella.

—¡Joder! ¿Dónde está Jennifer? —dijo mientras les quitaba las máscaras a las mujeres asustadas.

El grupo fue agolpándose frente a la puerta de emergencia, pero no dieron con el contacto y la agente.

—¡Sácalos de aquí! —le ordenó Scott.

—¡Tengo que encontrar a Jennifer! —exclamó desesperado el profesor.

—Yo la buscaré. Saca a esta gente o morirán.

Charly se dirigió a la puerta de emergencia, pidió a los vigilantes que hicieran un cordón y logró abrirla de un golpe. Todos intentaron huir en tropel, pero los vigilantes obligaron a la gente a salir ordenadamente.

Scott regresó a la planta baja y buscó en la capilla, pero allí no había ni rastro de ninguno de los dos. Subió por las escaleras hasta la primera planta. El humo era asfixiante; se colocó un trapo en la cara y fue abriendo las habitaciones. Todas estaban vacías, menos la última. Alguien la había cerrado con llave.

El agente se apartó un poco y la golpeó con el hombro. La puerta crujió, pero permaneció cerrada. Volvió a intentarlo y logró que cediera un poco más. Un tercer golpe la abrió bruscamente; el fuego entraba ya por los cristales estallados y el humo lo cubría todo. Scott vio a alguien en el suelo. Lo agarró por los brazos y comenzó a estirar de él. Intentó bajar por las escaleras, pero el fuego ya lo había invadido todo.

CAPÍTULO 28

Charly pensó en volver a entrar en el edificio cuando todo el mundo estuvo a salvo. Los servicios de emergencia comenzaban a llegar a la zona y los bomberos estaban preparando sus equipos para apagar el fuego. Intentó aproximarse a la fachada, pero un bombero lo detuvo.

—¿Se ha vuelto loco?!

—Hay varias personas dentro —contestó angustiado.

—Nosotros las sacaremos. ¿Dónde están?

—No estoy seguro. En la planta baja o en la primera.

El bombero observó la iglesia en llamas. El edificio ardía por los cuatro costados. Era una locura entrar, nadie podría salir vivo de allí. Alejaron al hombre del edificio y comenzaron a lanzar agua con las mangueras.

Scott empezaba a sentir que se asfixiaba. Aún tenía el trapo en la boca, pero el humo era tan espeso que apenas veía nada, y le costaba mucho respirar. Se dirigió a una de las salas del otro lado, donde parecía que el fuego avanzaba más lentamente. Abrió la puerta e introdujo el cuerpo. Después se acercó a la ventana. El cristal estaba intacto y las llamas lo rodeaban. Si lo rompía, en unos segundos el cuarto entero ardería, pero si se quedaban allí, morirían abrasados. Debía actuar con rapidez.

Tomó una silla, la lanzó contra la ventana, agarró el cuerpo y lo sentó en el marco. No había demasiada altura y debajo estaba parte del jardín de la iglesia. Arrojó el cuerpo e intentó prepararse para saltar. En ese momento sintió que algo ardiente lo golpeaba en la espalda. El fuego ya había entrado por el pasillo y le había caído encima una viga de madera. Se desplomó en el suelo. A esa altura había menos humo, pero el dolor era tan intenso que apenas le permitía moverse. Se arrastró hasta la ventana. El calor era insoportable y sabía que en pocos minutos el fuego lo invadiría todo y ya no serviría de nada que intentara escapar de allí. Trató de incorporarse, pero las piernas no le

respondían.

—¡Dios mío! —gritó asustado. Estaba a punto de experimentar su muerte y no podía hacer nada para evitarlo.

De repente oyó un golpe fuerte, levantó la cabeza y distinguió una figura que entraba por la ventana, seguida de otro hombre. Lo agarraron por los brazos y lo lanzaron al vacío. Lo último que sintió fue calor, después aire frío que pareció aliviarle un poco y, antes de perder el conocimiento, el impacto contra el suelo.

CAPÍTULO 29

Los llevaron al mismo hospital. Charly los siguió con el coche; quería interrogarlos, pero los médicos le advirtieron que al menos debían pasar la noche en observación. Habían tragado mucho humo y tenían quemaduras por todo el cuerpo.

El profesor tomó un café en la cafetería, sacó un periódico de una máquina e intentó pasar la noche lo más cómodo posible. Se quedó dormido de madrugada, pero a eso de las cuatro se despertó, entró en la habitación donde se encontraban los dos heridos y los observó por unos momentos. Parecían tranquilos, con parte de la cara y el cuerpo vendados, pero vivos.

—¿Dónde estoy? —preguntó Scott, despertándose inquieto.

—En el hospital —respondió Charly mientras se aproximaba a la cama.

—¿Y Jennifer?

—No lo sabemos. No se hallaba entre las personas que rescatamos.

—¿A quién saqué de las llamas? —preguntó angustiado el agente.

Charly dirigió la mirada a la cama de al lado. Las vendas cubrían la mayor parte del rostro de la persona que la ocupaba.

—A mi contacto. Todavía continúa inconsciente y no nos ha podido contar lo sucedido.

Scott se incorporó un poco en la cama. Le dolía la cabeza, las quemaduras, y aún le costaba respirar. Todo había sucedido demasiado rápido, apenas habían tenido tiempo para reaccionar.

—¿Quieres un poco de batido de fresa? Creo que es una especie de suero —le ofreció Charly, señalando la botellita.

Le acercó el contenido y el agente lo apuró con avidez.

—Estoy seco. El humo y el fuego me han dejado sin aliento. ¿Alguien ha avisado a mi esposa?

—Les dije a los servicios de emergencia que no lo hicieran. Pensé que

era mejor evitarle el susto. Cuando amanezca, tú mismo podrás hablar con ella.

—Imagino que los medios de comunicación ya estarán hablando del incendio. Durante semanas será una de las noticias más escandalosas en las televisiones y los periódicos.

—La agencia ha conseguido que no se cuente el verdadero motivo de la reunión. Los medios han hablado de un acto benéfico para recaudar fondos —explicó Charly.

—Me parece increíble. Esos ricos siempre saben cubrirse las espaldas.

—Tampoco nos interesaba que cundiera el pánico. Ya te informé de que Jennifer y yo pensamos que estamos persiguiendo a un grupo organizado de asesinos. Hay casos por todo el país, más de una decena de mujeres muertas y otras muchas en el punto de mira.

Scott volvió a acordarse de su compañera. ¿Qué demonios había sucedido dentro del edificio? ¿Quién le había prendido fuego y por qué?

—¿Han encontrado algún cuerpo entre los escombros? —comentó el agente.

—Por ahora no.

—Entonces, ¿Jennifer sigue con vida? —preguntó Scott sorprendido.

—No tenemos ninguna razón para pensar lo contrario, pero hasta que se despierte mi contacto no estaremos del todo seguros.

Los dos hombres permanecieron en silencio el resto de la noche. Scott terminó por dormirse por el agotamiento y Charly se sentó a su cabecera, mirando al techo e intentando resolver todo aquel galimatías en su cabeza. Tenía que descubrir cómo se organizaban y captaban los asesinos. ¿Por qué matar a corredoras? ¿Cuál era su objetivo?

Al final se quedó dormido. El agotamiento y el estado de nervios terminaron por vencerlo. Cuando despertó de nuevo, las enfermeras le comunicaron que su contacto había fallecido.

CAPÍTULO 30

La cabeza le daba vueltas y tenía náuseas. Le quemaban las manos y sentía un fuerte dolor en el cuello. Intentó tocarse la nuca, pero el brazo parecía adormecido. Abrió los ojos y no vio nada. Una inmensa negrura lo cubría todo. Se movió un poco, trató de incorporarse, pero el cuerpo no le respondía. Lo único que percibía era el suelo frío, de algo parecido al hormigón, un fuerte olor a humedad y polvo, agua que goteaba cerca y poco más.

«¿Dónde estoy?», se preguntó angustiada. Lo último que recordaba era el edificio en llamas. Al despertarse, primero pensó que todo se trataba de una horrible pesadilla. Después revivió en su mente la misión, la reunión sadomasoquista que el contacto de Charly y ella misma habían ido a inspeccionar, y supo que todo lo sucedido era verdad. Nunca antes había estado en un sitio tan espantoso. Aquellas personas comportándose como animales. Los cuerpos desnudos que la rodeaban por todas partes, la mayoría jóvenes y atractivos, pero muchos otros feos y desagradables. El espectáculo en el escenario, las parejas cercanas que comenzaban primero a tener relaciones sexuales, pero después se azotaban, ahogaban y realizaban todo tipo de prácticas perversas. Recordó que por un momento pensó en salir, en abortar la misión e intentar respirar el aire puro de la calle. Aquel ambiente viciado y molesto la oprimía. Después logró tranquilizarse mínimamente. Su compañero le comentó que era mejor que se movieran un poco, que intentaran evaluar a la gente que había en la iglesia, buscar sospechosos y sobre todo que él se hiciera notar. Primero recorrieron el inmenso sótano. Jennifer sintió el estómago revuelto al observar más de cerca aquellas aberraciones. Intentó apartar la mirada un par de veces, pero al final se dijo que debía hacer su trabajo. La vida de muchas mujeres dependía de ello.

No entendía por qué todas aquellas mujeres se dejaban azotar y

martirizar de semejante forma, pero trató de concentrarse en el objetivo. Había dos o tres hombres especialmente crueles y perversos. Su compañero se unió a ellos para intentar llamar la atención. Ella se quedó un par de pasos atrás, hasta que alguien se le acercó y posó una mano en su espalda desnuda. Al principio dio un respingo y se puso rígida, pero después simplemente tomó la mano entre las suyas. La notó suave y sin arrugas. La persona que la abrazaba llevaba una máscara que le cubría todo el rostro y apenas mostraba un centímetro de su cuerpo. Tiró de ella y en un primer momento se resistió, pero al final se dejó llevar.

El contacto de Charly debió de darse cuenta de su ausencia al instante, ya que los siguió hasta la primera planta. De camino vieron todo tipo de escenas sádicas, pero no hicieron mucho caso. Jennifer pensaba que en las habitaciones de arriba se encontrarían los alumnos más avanzados, la posible cantera de asesinos. Entraron en un cuarto pequeño, sin mucha luz. Un hombre y dos mujeres estaban sobre una cama redonda. No les prestaron demasiada atención; se limitaron a continuar con lo suyo, casi más contentos al verse observados. La persona que la había guiado hasta allí la sentó en una silla y luego tendió la mano a su acompañante. Le hizo un gesto para que se agachara y después todo fue muy rápido. Golpeó a su compañero, que se desplomó en el suelo de madera. Las otras tres personas no reaccionaron; debían de imaginar que aquello formaba parte de algún tipo de juego. Entonces notó un pinchazo en el cuello y se quedó completamente paralizada, aunque no inconsciente. El desconocido se la cargó al hombro y bajó las escaleras; luego salió por una puerta que daba a la cocina y la dejó en el suelo de una furgoneta. Lo último que recordaba era el olor a humo y el fuego que brillaba desde las ventanillas opacas del vehículo.

Intentó incorporarse de nuevo, pero aún debía de estar bajo los efectos del relajante. Haciendo un gran esfuerzo, se arrastró hasta una de las paredes. Después avanzó lentamente por el suelo hasta las otras tres para formarse una idea del tamaño del lugar. No era mucho más grande que la habitación de su apartamento. No había ningún mueble, pero sí una especie de lavabo viejo. Tras realizar una segunda inspección, no encontró ninguna puerta. ¿Dónde la habían metido? ¿Cómo habían podido descubrirla tan pronto?

CAPÍTULO 31

Scott salió del hospital a las pocas horas. El médico le recomendó al menos una semana de descanso, pero aquella misma tarde se presentó en las oficinas de la agencia. Jennifer llevaba casi quince horas desaparecida y, por lo que habían podido comprobar, los cuerpos de las anteriores víctimas solían aparecer antes de las setenta y dos horas. Aquello no pintaba muy bien. En la sala de reuniones lo esperaban la jefa y Charly. Cuando entró, se encontraban repasando una lista.

—Buenas tardes —dijo mientras caminaba hacia ellos. Aún le dolían las manos y la pierna derecha, pero al menos parecía respirar mucho mejor.

—Le comenté que se quedara en casa unos días.

—Ya lo sé, pero Jennifer está secuestrada en algún lugar. Tenemos que dar cuanto antes con ella.

La jefa se sentó a la cabecera de la mesa. Parecía especialmente malhumorada aquella tarde. En las últimas horas la presión sobre el caso no había hecho otra cosa que crecer. Afortunadamente, nadie había relacionado el incendio con el asesinato de las chicas, pero el FBI temía que pudiera filtrarse la información y complicar aún más las cosas.

—La operación fue un completo desastre. De nuevo actuaron por su cuenta...

—Bueno, informamos del operativo —se excusó Scott.

—Una hora antes. Una operación de vigilancia como esa necesitaba de al menos diez agentes.

—Lo siento, pero queríamos acelerar el proceso. No pensamos...

—Ese es el maldito problema, agente. No pensaron. Tenemos a un asesino suelto, extremadamente peligroso...

—Disculpe que la interrumpa, pero creemos que hay más de un asesino. Ya se lo hemos comentado.

La jefa se volvió hacia Charly. Aún no entendía por qué le había dejado continuar ayudando en el caso. Sus estúpidas teorías habían conseguido meterlos a todos en un lío.

—Su contacto está muerto y Jennifer, secuestrada, si es que no la han matado ya. Mi otro agente está herido y hay casi cien heridos e intoxicados, cuatro mujeres muertas y...

—Ya he comentado que hay muchos más casos. En el último año han sido asesinadas o han desaparecido al menos una docena de corredoras en todo el país. No estamos ante un asesino en serie común, es una especie de club de asesinos en serie —argumentó Charly, intentando de nuevo convencer a la jefa del departamento.

—No hay precedentes. Los asesinos en serie suelen actuar solos o, como mucho, con sus parejas. Son muy celosos de sus propias fantasías de poder y destrucción —contestó la mujer algo alterada. No terminaba de creerse del todo aquella teoría absurda y descabellada.

—Es cierto. Llevo toda la vida investigando a los asesinos en serie. Incluso en la actualidad ha cambiado mucho el perfil, pero no podemos olvidar que las redes sociales son un vehículo perfecto para que se comuniquen. No es extraño que en el pasado algunos de ellos mantuvieran correspondencia. Se han dado casos en los que los asesinos en serie novatos escribían a otros más experimentados que estaban encerrados en cárceles para pedirles consejo. Lo que estamos viviendo en la actualidad es mucho más complejo, señora. No es tan extraño que los asesinos se asocien para comentar sus crímenes. Están los casos de Larry Bittaker y Roy Norris. Estos dos tipos mataron a cinco mujeres en 1979. Atrajeron a varias de sus víctimas a sus camionetas para después violarlas y asesinarlas. El caso de Ian Brandy y Myra Hindley fue aún más conocido. Esta pareja inglesa mató a cuatro mujeres entre los años 1963 y 1965. Podría seguir con la lista, como el caso de los primos Angelo Buono y Kenneth Bianchi, Fred y Rose West...

—Está bien. Conozco todos esos casos perfectamente, pero lo que me está comentando es que hay al menos una docena de asesinos o tal vez más coordinados en todo el país. La lista que encontraron en la internet oculta puede que sea obra de un maniaco. Todas esas mujeres hacían deporte, algo muy habitual en la actualidad y mucho más a su edad. Para que se puedan unir todos los casos, debemos tener algo más sólido. Es posible que los crímenes de Nueva York los cometieran un par de individuos, pero ¿quién puede tomar en serio que existe una red de asesinos perfectamente organizada que actúa a

nivel nacional?

—Entonces, según usted, ¿quién ha secuestrado a Jennifer y asesinado a mi contacto?

La mujer se quedó un momento en silencio.

—Creo que es un asesino que ha utilizado a novatos para completar sus crímenes. Es como un maldito director de orquesta. Algunos tocan sus instrumentos, pero él es quien dirige el concierto. Todo lo demás son fantasías. El asesino debió de reconocer a Jennifer y se la llevó. Lo que tenemos que rastrear es adónde y qué pretende hacer con ella. Cada minuto cuenta.

—Bueno, me han enviado un informe sobre las cámaras cercanas a la iglesia. Aquella noche hubo mucho movimiento en la zona. No olvidemos que casi cien personas se desplazaron a las inmediaciones del edificio. En la zona residencial no hay muchas cámaras, pero hemos podido tomar imágenes de una cafetería próxima, la autopista y una vivienda que cuenta con un sistema de vigilancia con cámaras de infrarrojos —comentó Scott, que había leído el informe en su casa antes de ir a la oficina.

—¿Qué resultados han conseguido? —preguntó impaciente la jefa.

—El único vehículo que entró en la zona y salió antes del incendio fue una furgoneta negra. Al parecer, es de reparto. Denunciaron su desaparición aquella misma tarde —dijo Scott, mirando sus apuntes.

—En ese caso, no podemos identificar al secuestrador —comentó decepcionada la jefa.

—Sabemos que la furgoneta tomó la autopista 495.

—Ya, pero una vez que hubo salido de Long Island, pudo dirigirse a casi cualquier lugar —aventuró la mujer.

—Lo curioso es que no salió de Long Island. Se dirigió hacia el interior. No sabemos en qué punto abandonó la autopista, pero eso reduce bastante la búsqueda. El asesino debe de tener a Jennifer retenida en la zona este de Long Island.

—Tiene razón, pero ¿cuántos habitantes, edificios y casas hay en esa área?

—Long Island tiene algo más de siete millones setecientos mil habitantes. Si quitamos Brooklyn y Queens, estamos hablando de algo más de dos millones de personas.

Charly se llevó las manos a la cabeza desesperado. Aquello era como buscar una aguja en un pajar.

—Lo único que podemos hacer es intentar entrar en la red que mi

contacto estaba tanteando. Es imposible que logremos rastrear un área como esa y menos en tres días —dijo desesperado.

—Aun así, rastreamos el este de Suffolk. Eso reducirá mucho más el número de habitantes. Buscamos un lugar aislado, abandonado. No puede haber tantos —concluyó la jefa, dando por zanjada la reunión.

—Señora, permítame comentar algo más...

—Adelante, agente.

—He estado cotejando a todos los supervivientes del incendio, en especial a los anfitriones, el señor y la señora Bellone. Creo que si los presionamos, podría conseguir algún tipo de información adicional.

—Son dos miembros reconocidos de la comunidad y lo sucedido es muy embarazoso para ellos —comentó la jefa.

—Viven en Brookhaven. Tal vez puedan darnos alguna información —insistió Charly.

—Está bien, pero no metan la pata. Ese matrimonio es uno de los donantes más importantes del alcalde de Nueva York.

CAPÍTULO 32

Ruth Moses provenía de una familia acaudalada de Nueva York. Se consideraba cien por cien urbanita y el campo le producía alergia. Siempre comentaba a sus amigos que necesitaba el humo de los coches para sentirse como en casa. Desde hacía dos años trabajaba como presentadora en la televisión local de Long Island y estaba obsesionada con un caso que había surgido en 2010, cuando aparecieron varios cuerpos de mujeres asesinadas en el área de Gilgo Beach. La policía no había logrado dar con el asesino en serie, aunque durante años el FBI apuntaba la posibilidad de que fuera un pescador, un trabajador eventual o incluso un club de hombres de negocios que contrataban a prostitutas y mujeres de compañía para sus orgías. En cuanto oyó hablar del extraño incendio en la iglesia abandonada, su sexto sentido se puso en guardia. Misteriosamente, la policía había intentado ocultar los nombres de todas las personas que habían logrado escapar del edificio en llamas. La identidad de la única víctima era una incógnita, pero ella había logrado usar su influencia para descubrir a los supuestos organizadores del acto benéfico, el reputado matrimonio Bellone. Ruth los conocía desde hacía mucho tiempo; su familia se había relacionado con lo mejor de la sociedad de Brookhaven. Todo el mundo los tenía como miembros fieles de la comunidad presbiteriana de la ciudad, pero ella había oído rumores preocupantes. Ahora que se habían visto envueltos en el misterioso incendio ya no tenía ninguna duda. Algunos vecinos le habían contado que mucha gente había salido del edificio en llamas completamente desnuda, y otros con máscaras y una extraña vestimenta más propia de actos sadomasoquistas.

Ruth estaba dispuesta a llegar hasta el fondo del asunto. En aquel programa matinal había hablado del caso y de inmediato varios ejecutivos de su televisión le habían ordenado que dejara el tema. Estaba cansada de aquel tipo de cosas. Si lograba descubrir que tenían relación con el famoso asesino

de Long Island, podría entrar en una televisión de ámbito nacional y olvidarse de las cadenas locales.

La mujer bajó de su deslumbrante Toyota eléctrico y examinó por fuera el edificio. Un cordón policial aún lo protegía, pero decidió saltarlo y examinar los escombros. En ese momento se le acercó un agente de la policía local experto en incendios y le pidió que saliera del perímetro.

—Lo siento. Soy Ruth Moses, la presentadora del programa *La mañana de Long Island* —dijo la mujer, entregándole una tarjeta.

—Mi mujer la ve todos los días —comentó el hombre emocionado.

—Pues deje que le dedique mi tarjeta. Seguro que le gustará.

—Gracias —contestó el policía, y se la guardó en el bolsillo antes de continuar examinando la fachada chamuscada.

—¿El incendio fue provocado?

El hombre miró a su alrededor; no quería que lo vieran hablando con una periodista.

—Bueno, al parecer alguien roció toda la fachada con un potenciador. Aún lo estamos analizando.

—¿Alguien quemó la iglesia con toda esa gente dentro? —preguntó la mujer sorprendida.

—Sí, y además lo hizo a conciencia, para que no hubiera ninguna posible escapatoria, pero como el fuego tiende a ascender y las escaleras del sótano se encontraban bajo el nivel del suelo, la mayoría de la gente pudo escapar por allí.

—¿El incendio fue premeditado?

—No lo sabemos, aunque sin duda la persona tenía suficiente potenciador para toda la fachada —comentó el especialista.

—He oído que la mayoría de la gente salió desnuda. ¿Pudo ser a causa del fuego?

—No creo, no tenían muchas quemaduras. En su mayor parte fueron atendidos por inhalación de humo.

—Muchas gracias —dijo la mujer, y se dirigió hacia una de las casas cercanas en busca de algún testigo ocular de lo ocurrido.

Tocó el timbre y esperó. Una anciana abrió la puerta y la observó con desconfianza, pero de repente se le iluminó el rostro.

—¿Usted es Ruth Moses?

—La misma —respondió la periodista con una sonrisa.

La anciana sabía que era una de las caras más conocidas de Long Island.

A veces tenía que llevar su largo pelo rubio recogido y gafas de sol para poder pasar desapercibida.

—Encantada de conocerla. Nunca me pierdo su programa. Me ha encantado el de esta mañana sobre el incendio. Qué susto hemos pasado.

—¿Vive sola? —preguntó la periodista.

—Sí, pero qué maleducada soy. Por favor, pase y le serviré un té con pastas.

Ruth entró en la casa y ambas se dirigieron a la cocina.

—Esta parte de Long Island antes era muy tranquila, pero en los últimos años están sucediendo cosas terribles. Primero, ese asesino en serie, aunque hace tiempo que no se oye casi nada sobre él; ahora el incendio...

—Bueno, los accidentes suceden constantemente.

La anciana se acercó a Ruth como si temiera que alguien pudiera oírla.

—Antes asistía a esa iglesia. Era una parroquia católica; mucha gente de por aquí es de origen italiano. La cerraron por la crisis, así que ahora tengo que ir a una parroquia a media hora de aquí. Muchos domingos no voy; ya no me gusta conducir, le tengo un poco de miedo. La cuestión es que la iglesia ha estado cerrada todo este tiempo, pero hace unos meses hubo otra reunión de esas. Dicen que es para obras benéficas, pero lo que yo vi anoche no era nada benéfico. Salieron del local decenas de personas desnudas. Los bomberos y sanitarios no tenían mantas para todos... Un escándalo.

—¿Qué piensa que hacían dentro? —preguntó la periodista.

—Pues ya se puede imaginar. Una película pornográfica o algo peor. No sé cómo lo llaman...

—¿Una orgía? —repuso Ruth sorprendida.

—Esa es la palabra, creo que en mi época se llamaban bacanales. Hombres, mujeres y prostitutas, todos revueltos, ya me entiende.

Ruth tomó un sorbo de la taza de té. Si aquello era cierto, podría tratarse de las reuniones de las que todo el mundo hablaba y con las que muchos habían relacionado los cuerpos encontrados y las chicas desaparecidas.

—Al menos ya han capturado al asesino —comentó la anciana.

—¿El asesino? ¿Se refiere a los crímenes actuales o a los que sucedieron hace unos años por esta zona?

—¿No será el mismo asesino? El tipo ese al que acusaron hace un tiempo.

—¿Se refiere a John Bittrolff? Lo acusaron del asesinato de tres prostitutas, pero se han encontrado muchos más cuerpos. Era un carpintero y

cazador de la zona. Al parecer, desde niño le gustaba matar y mutilar animales, aunque creo que no es culpable del resto de las víctimas.

La anciana cambió el rostro. El asesino había sido condenado hacía poco, aunque los crímenes eran de los años noventa.

—Las cosas a veces son más complicadas de lo que parecen —concluyó la periodista—. Muchas gracias por el té.

La anciana la acompañó hasta la puerta y después la periodista subió a su coche. Mientras conducía hasta su casa pasó por delante de la comisaría del condado de Suffolk. Se había hablado de que el jefe de policía podía estar involucrado en los asesinatos. Incluso habían salido algunos artículos denunciando la relación del jefe de la policía de la localidad con los sospechosos. También había otros sospechosos, como el doctor Peter Hackett, al que se acusó de facilitar droga a menores, aunque la policía descartó su culpabilidad. El último sospechoso era James Bissett, un conocido empresario de la zona, que se había suicidado misteriosamente unos años atrás. Muchos creyeron que lo hizo arrepentido de los asesinatos que había cometido. Sin embargo, Ruth estaba firmemente convencida de que no se trataba de un solo asesino, sino de un grupo de ellos.

CAPÍTULO 33

Charly y Scott aparcaron el coche frente a la residencia de los Bellone, una increíble mansión de piedra muy cerca del mar. Les habían abierto desde la verja y el vehículo había recorrido un serpenteante sendero hasta el inmenso porche. Les franqueó la entrada una persona del servicio, que los llevó hasta un salón. No tuvieron que esperar mucho hasta que la pareja acudió a recibirlos.

—Muchas gracias por atendernos con tanta rapidez —dijo Charly, mientras Scott los miraba con cierta antipatía.

Habían acordado que para evitar que se pusieran a la defensiva, únicamente les dirían que estaban investigando a los instigadores del incendio.

—Es lo mínimo que podemos hacer. Somos una de las familias más influyentes de la ciudad y estamos muy preocupados con lo que está sucediendo —comentó la mujer.

—¿Tienen alguna idea de quién pudo provocar el incendio?

La pareja se miró antes de contestar. Parecían algo nerviosos.

—Por favor, siéntense. ¿Quieren tomar algo? —preguntó el hombre.

—No, gracias —respondió secamente Scott.

—No sabemos quién pudo hacer algo tan horrible —dijo la mujer mientras se sentaba en un sillón.

Lucía unas hermosas y largas piernas, estaba en plena forma y apenas aparentaba los casi cincuenta años que tenía. El marido se conservaba tan bien como ella.

—Imagino que fue un gamberro. Cada vez hay más jóvenes radicales por la zona. Estamos creando un mundo terrible, ¿no creen?

Scott estuvo a punto de explotar, pero Charly le lanzó una mirada para que se contuviera.

—¿En qué consisten sus veladas? Sé que son famosos por organizar todo

tipo de eventos —les preguntó Charly.

—Nada especial. Una cena benéfica. Estamos recaudando fondos para un orfanato —respondió escuetamente el hombre, como si se sintiera muy incómodo con las preguntas.

—Algunos vecinos comentaron que los invitados salían del edificio con máscaras —dijo Charly.

Entonces la mujer lo reconoció.

—Usted fue el hombre que nos ayudó a salir y puso orden a aquel caos.

Charly sonrió sin saber qué contestar.

—Bueno, pasábamos cerca y logramos hacernos una idea de lo que estaba sucediendo en el edificio.

—Y usted es el agente del FBI al que tuvo que rescatar el cuerpo de bomberos —dedujo el marido.

Scott se encogió de hombros. Sabía que no era buena idea intentar pasar desapercibidos, a pesar de la confusión. Aquella gente los había visto la noche anterior.

—¿Qué hacía el FBI merodeando por la zona? —preguntó el señor Bellone.

—Estamos investigando una serie de crímenes, y una de las pistas nos condujo hasta su fiesta —dijo Scott, cansado de todo aquel paripé.

—¿Un crimen los llevó hasta nuestra fiesta?

—Sí, señor Bellone. Sabemos perfectamente lo que la gente estaba haciendo allí dentro. Teníamos en el interior a una agente y a otra persona. El hombre ha muerto y la agente ha desaparecido. Espero que colaboren con nosotros. Imagino que no desean que todo lo sucedido salga a la luz.

La pareja se miró sorprendida, pero la mujer fue la primera en reaccionar.

—No le tolero que nos hable en ese tono —replicó—. Nuestras familias fundaron este país. Llegaron en 1664, nosotros formamos parte de la historia de Long Island y Nueva York.

—Mire, señora, me importa una... —empezó a decir Scott.

—Perdón —intervino Charly—. Lo que quiere decir mi compañero es que hay una agente en peligro. Creemos que está en algún lugar del condado y que el secuestrador asistía a sus reuniones. ¿Conocían a todos los asistentes?

La mujer frunció el ceño y después se cruzó de brazos, pero el hombre parecía más dispuesto a colaborar.

—Todos los asistentes recibían una invitación, pero sus nombres e

identidades eran codificados para proteger su intimidad, ya me entiende.

—¿Cómo se hacía el cifrado? —preguntó Charly.

—Lo determina un programa. Lo que desconozco es si se puede averiguar la identidad de las personas, aunque imagino que la policía nos registró a todos.

—Sí, todos los asistentes están identificados, pero el secuestrador es precisamente la persona que no lo está, por eso pensamos que ustedes podrían ayudarnos —dijo Charly, intentando ser amable.

—Lo único que podemos hacer es pasarles la información y esperar que ustedes logren descifrarla —sugirió el señor Bellone.

—Les estaríamos muy agradecidos. A propósito, ¿cuántas veladas como esta han organizado?

—Llevamos unos años haciéndolas. Esta era la tercera.

—¿Antes no habían hecho nada parecido? —preguntó Scott.

—No, al menos a esa escala —contestó el hombre.

—Muchas gracias. Por favor, envíen los datos a nuestras oficinas —les pidió Scott, facilitándoles la dirección electrónica.

Salieron de la mansión en dirección al coche. Caminaban en silencio, como si continuaran pensando en todo lo que les habían contado los señores Bellone.

Scott se puso al volante y Charly echó un último vistazo a la mansión.

—¿Por qué la gente que lo tiene todo se complica la vida de esta forma? —preguntó el profesor.

—No hay nada más aburrido que tenerlo todo desde la cuna —respondió el agente—. Me imagino que ya no saben qué hacer con su tiempo y su dinero.

—¿Crees que nos cuentan la verdad?

—No, pero por ahora no podemos acusarlos de nada. Tienen la soga al cuello. Si trasciende a qué dedican su tiempo libre, imagino que no podrán recuperarse de un escándalo así.

Pusieron rumbo a la ciudad. Los edificios coloniales aún podían verse por todas partes. Aquella localidad reunía la historia del país. Un pasado de gloria, violencia y libertad. Los Bellone formaban parte de todo aquello. Reunían todas las contradicciones y virtudes del pueblo americano, una nación de pioneros siempre en busca de un lugar mejor donde asentarse, escapando de la persecución religiosa o política. Sin embargo, tras esos ideales se escondía la realidad de buena parte de la sociedad norteamericana. Scott era consciente de que bajo el fino barniz de respetabilidad, honradez, patriotismo

y honor muchas veces había avaricia, perversión y una profunda maldad que lo contaminaba todo. No resultaba sencillo trabajar todos los días con la miseria humana y no sentirse salpicado. Lo sencillo era embadurnarlo todo con aquel sentimiento patriótico, hasta que ya nada tenía sentido y lo único que veías era el deseo de medrar y triunfar a toda costa.

CAPÍTULO 34

Jennifer estaba preparada para enfrentarse a cualquier cosa. A pesar de que aún no había recuperado por completo la movilidad, se sentía con fuerzas para atacar al primero que intentara entrar en aquel lugar, aunque desconocía por dónde lo harían. Había revisado cada centímetro de pared y suelo sin encontrar ni rastro de puerta, trampilla o cualquier tipo de abertura, por lo que había deducido que la entrada se encontraba en el techo. Lo único que se le ocurría era que aquello fuera una especie de jaula, en la que se introducía a los animales o las personas bajándolos desde el techo. Resultaba imposible escapar de allí.

Llevaba mucho tiempo encerrada. Desconocía si era de día o de noche. Estaba casi convencida de que aquel lugar no había sido elegido al azar. De alguna manera, el asesino pretendía desorientarla e impedir que se pudiera defender.

Oyó una especie de chasquido y miró instintivamente hacia arriba. No vio luz, pero captó una voz distorsionada.

—Espero que tu estancia entre nosotros esté siendo agradable.

Jennifer comenzó a temblar, sabía lo que le había sucedido unas semanas antes a Filippa y no se sentía preparada para morir. A veces la existencia puede resultar insípida, incluso terrible, pero la mayoría de los seres humanos se aferran a la esperanza o simplemente prefieren experimentar la certeza de la vida antes que la incertidumbre de una muerte impredecible.

—En cuanto te vimos en la fiesta pensamos que serías perfecta para incorporarte a nuestra colección de sacrificios. En muy poco tiempo has logrado llamar nuestra atención. El pacífico Canadá nos ha hecho un regalo permitiendo que llegaras hasta nosotros.

La agente comprendió que no la habían descubierto. No es que eso mejorase mucho su situación, pero si desconocían que se trataba de una agente

del FBI, podría aprovechar cualquier descuido de sus captores. En algún momento le darían de comer o simplemente tendrían que sacarla de allí para asesinarla. Seguía intentando mantener la mente fría y pensar cuando las luces se encendieron de repente. El fulgor le golpeó los ojos y le produjo un intenso dolor, hasta que logró aclarar un poco la vista y, con la mano colocada de visera, comprobar lo que había a su alrededor. Tal como había imaginado, toda la estancia se veía vacía y diáfana. El único elemento que ocupaba el espacio era un minúsculo lavabo y lo que parecía un agujero para hacer sus necesidades. En el techo, a algo más de tres metros de altura, había un altavoz y una trampilla, pero desde donde se encontraba era casi imposible de alcanzar.

—No te retendremos mucho tiempo, pero queremos que reflexiones sobre tu vida. A veces hay que pararse a pensar y evaluar. Tu muerte servirá de ejemplo a otras.

Jennifer no estaba segura de si era mejor quedarse callada o intentar hablar con sus captores. Sabía que no tenía nada que perder. Tanto si se enfurecían como si les eran indiferentes sus palabras, provocaría algún tipo de reacción.

—No he hecho nada malo. Me dedico a ayudar a otras personas. No comprendo por qué me tienen aquí ni cuál es la razón por la que pretenden matarme —comentó Jennifer con una voz tan calmada que fue la primera sorprendida al oír sus palabras.

—Nosotros no vamos a matarte, ya te hemos dicho que se trata de un sacrificio. Es necesario que algunos mueran para que otros puedan vivir. Siempre ha sido así y siempre lo será.

—¿Quién puede determinar las personas que merecen vivir y las que no lo merecen?

Se hizo un silencio. Acto seguido, se oyó la voz que salía del altavoz del techo, pero esta vez parecía furiosa.

—Nosotros lo decidimos.

—¿Quiénes sois vosotros?

No hubo respuesta. La luz se apagó de repente y todo quedó a oscuras y en silencio. Jennifer logró ponerse en pie por primera vez y acercarse al lavabo. Bebió algo y se lavó la cara. Había calculado la altura; subiéndose al lavabo no llegaba al techo, pero si lograba saltar, cerca de la trampilla había observado una especie de hierro saliente.

Se sentó en una esquina e intentó hacer memoria de cuántas horas llevaba

encerrada, deducir qué hora del día sería y calcular el mejor momento para intentar la fuga. Después se tumbó sobre el suelo frío y húmedo. Recordó a su familia; los echaba mucho de menos. Hacía como mínimo una semana que no hablaba con ellos. Eso debía cambiar; era lo único que tenía en el mundo. Sus raíces, sus recuerdos y todo lo que había conseguido en la vida se lo debía a ellos. Adoraba a su padre y amaba profundamente a su madre. Ambos le habían enseñado la importancia de mantener siempre la dignidad, la honradez y el esfuerzo del trabajo bien hecho. Muchas veces pensaba que había entrado en la agencia por ese afán de ayudar a los más débiles. Esperaba escapar, pero lo que más le importaba era que su sacrificio no fuera inútil, que al menos sirviera para que no muriesen más mujeres inocentes.

Sintió como el corazón se le rompía en mil pedazos. Le quedaban tantas cosas por hacer. Encontrar al amor de su vida, convertirse en madre, observar cómo sus hijos crecían y terminar sus días con la esperanza de que todo había merecido la pena. De alguna forma comprendió que en los últimos años se había conformado con sobrevivir, arrastrándose cada día sin esperar ni desear que las cosas cambiaran. Se prometió a sí misma que, si lograba escapar, nada sería igual. Comenzaría a disfrutar de cada momento. El verdadero secreto de la felicidad siempre se encontraba al alcance de aquellos que decidían no conformarse con las circunstancias y tomar las riendas de su propia vida.

CAPÍTULO 35

La mujer miró por el retrovisor. Tenía la sensación de que alguien la seguía. Era muy temprano, terminaba de correr, se había duchado y se dirigía a la cafetería en la que trabajaba. Llevaba cinco años dedicándose en cuerpo y alma a aquel negocio. Su jefe estaba encantado con ella y en los dos últimos años la había puesto a cargo del establecimiento. Vanessa Costa se sentía muy orgullosa de lo que había conseguido desde su llegada a Estados Unidos. La situación en su país era desesperante. Venezuela se había convertido en un verdadero infierno para la mayoría de sus habitantes, pero ella había logrado escapar a tiempo. Las cosas no habían sido nada fáciles. Primero había vivido una corta temporada en Colombia; se había instalado en Bogotá e intentado ejercer su profesión de fisioterapeuta, pero no había tenido éxito. Después de gastar sus ahorros y algo de dinero que le habían enviado sus padres, decidió probar suerte en Estados Unidos. A sus veinticinco años se veía joven, fuerte y con una profesión. No le tenía miedo a nada. Dominaba bien el inglés y había visitado Nueva York con sus padres unos años antes. En aquel primer viaje había comprendido que si existía un lugar en el mundo en el que uno podía ser lo que quisiera, ese sitio era Nueva York.

Las cosas no habían sido fáciles. Entró como turista, después intentó pedir asilo político y, por último, logró obtener una residencia condicionada a que consiguiese un empleo. En los primeros meses se dedicó a casi cualquier oficio. Tras años malviviendo de camarera, había encontrado aquel lugar en Queens. Una cafetería preciosa, con una clientela selecta y en la que su jefe la trataba con dignidad. El único borrón de su nueva vida había sido Mauricio, su pareja cubana. Un chico apuesto, moreno, de profundos ojos negros, pero que vivía a su costa y la llevaba por la calle de la amargura. Habían roto hacía seis meses, y desde entonces se había concentrado en el deporte, las carreras y su trabajo. Nada de alcohol, fiestas ni drogas.

Aparcó el coche en un lateral de la cafetería. Era la primera en abrir el local y la última en cerrarlo. Buena parte de su clientela eran mujeres, muchas de las cuales iban a desayunar tras dejar a sus hijos en el colegio. Al mediodía llegaban algunos oficinistas a comer; por la tarde, parejas y grupos de mujeres, y al filo de las ocho cerraban.

Bajó del coche y activó el cierre con el mando a distancia, pero antes de alcanzar la puerta de la cafetería sintió un pinchazo en el cuello. Se desplomó inconsciente en la misma entrada del local. Cuando despertó una hora más tarde, alguien le había puesto la ropa deportiva que guardaba en su bolsa dentro del maletero y estaba atada a lo que parecía un árbol.

Los focos de un coche la deslumbraban, sentía frío, estaba calada hasta los huesos y el agua le corría por el rostro. Una figura se acercó hasta ella y le tiró fuerte del pelo.

—¿Ya te has despertado, zorrita?! Estaba comenzando a impacientarme. He puesto la cámara de tu teléfono a grabar, pero ahora te vamos a conectar en directo. Seguro que hoy consigues muchos más seguidores.

—¿Quién es usted? ¿Por qué me tiene atada? —se atrevió a preguntar entre sollozos.

—¿Disfrutas exhibiéndote en las redes? Nosotros te vamos a ayudar. Tienes un minuto para hablar a tu público o, si lo prefieres, a tus seres queridos. Disfruta de estos últimos cinco minutos en el mundo. Aún estás a tiempo de arrepentirte.

Vanessa estaba temblando. Su mente no funcionaba con claridad. Le parecía estar viviendo una pesadilla de la que despertaría en cualquier momento.

—¡Señor, no sé qué quieren de mí! Soy una mujer normal que intenta sobrevivir. Vengo de una situación terrible, lo único que he hecho ha sido luchar para conseguir vivir.

—Muy bonito: autocompasión, autojustificación... Veo que, además de una hedonista lujuriosa, eres una ególatra convencida. Tu tiempo ha acabado.

Vanessa vio su teléfono a pocos centímetros de la cara. Sus vídeos en directo se habían hecho virales en ocasiones, sobre todo por los cientos de miles de latinas que se identificaban con sus comentarios.

—Hola. Por favor, les pido que sean felices. Mi vida está a punto de terminar. No sé por qué se me condena. Nunca he hecho mal a nadie, al menos conscientemente. Soy una mujer libre, puede que cierre los ojos en este mundo, pero los abriré en el otro. No pienso doblegarme ante nada ni ante

nadie. No voy a suplicar por mi vida. Los que me hacen esto son unos miserables y unos cobardes.

Apenas había terminado la última frase cuando el tipo la golpeó con dureza en el estómago. Ella emitió un gemido y se movió hacia delante. El hombre comenzó entonces a hablar sin dejar de enfocarle la cara:

—Esta mujer es una fornicadora y una tentadora. Tenemos que terminar con ella y con todo lo que representa. Para muchos es solo un cuerpo bonito, carne fresca. No merece vivir, da mal ejemplo a las jóvenes que están comenzando sus vidas. Su sacrificio es necesario. Ha elegido no arrepentirse, por eso su muerte será más larga y cruel que las de las otras. Espero que os sirva como ejemplo.

El asesino colocó el teléfono en una de las ramas del árbol y sacó un cuchillo grande y afilado. La mujer lo miró de reojo y comenzó a temblar.

—Bueno, empecemos por estas bellas facciones.

Vanessa comenzó a mover la cara, pero el hombre la atrapó con sus manos fuertes. De un tajo le cortó una de las orejas. Comenzó a sangrar copiosamente y a aullar de dolor.

—Puedes gritar todo lo que quieras, nadie te oirá.

Era de noche, se encontraban en un lugar apartado y boscoso, la lluvia caía con mucha fuerza y le limpiaba la mejilla ensangrentada.

—¿Ahora quieres suplicar?

—Por favor, no me haga más daño. No me mate, se lo suplico —dijo la mujer con la voz entrecortada por las lágrimas. Sentía un dolor intenso en el oído.

—Demasiado tarde —dijo el hombre, y le cortó la otra oreja.

El dolor era insoportable. Vanessa sangraba a borbotones, pero aún seguía consciente.

—Ahora le toca a esa bella y respingona nariz —bromeó cruelmente el tipo mientras se la agarraba con los dedos.

La amputó de un tajo, dejando que se viera el hueso debajo.

La mujer gritó con todas sus fuerzas hasta quedarse afónica. Las visualizaciones en directo se dispararon. Millones de personas estaban observando la cruel mutilación de la chica.

—¿No es una obra de arte? —preguntó el hombre, enseñando el rostro mutilado.

Vanessa sangraba por toda la cara, parecía aturdida y asustada, incapaz de asimilar lo que le estaba sucediendo. De una manera inesperada, el hombre

le sacó la lengua y la cortó de un tajo. Ella apenas pudo reaccionar, simplemente sintió el dolor y después su mente comenzó a dar vueltas.

—Ya no gritarás más. Me estás levantando un fuerte dolor de cabeza.

El silencio se impuso, el rostro de la mujer parecía fantasmagórico, pero aún continuaba consciente.

—Ahora toca la parte final, la última pincelada antes de terminar la obra.

El tipo le sacó primero un globo ocular y después el otro. Antes de que terminase su obra, ella había perdido el conocimiento. Limpió el cuchillo y la dejó allí, mientras se desangraba. La lluvia cubría su cuerpo, como si intentara verter sobre ella las lágrimas de los millones de espectadores que habían observado horrorizados aquel terrible crimen. Vanessa Costa dejó de respirar cuando su corazón ya no pudo soportar más el estrés. Su cabeza se inclinó hacia abajo y su pelo cubrió lo que quedaba de su rostro, como si intentase devolverle la dignidad que acababan de robarle.

CAPÍTULO 36

Charly se sintió asqueado mientras visualizaba por cuarta vez el vídeo del asesinato. Muchos de los elementos de los anteriores se repetían: la crueldad con las víctimas, que les pidieran que pronunciaran las últimas palabras o que convirtieran aquella ceremonia macabra en un espectáculo. La mutilación y la desfiguración de la cara también se repetían, aunque la muerte de Vanessa había sido más cruel que la de las otras chicas.

El número de víctimas continuaba creciendo. Ya pasaba el segundo día de la desaparición de Jennifer y todas sus teorías e indicios les llevaban a un callejón sin salida.

—¿Dónde está el fallo? —se preguntó mientras veía acercarse a Scott por el fondo del pasillo.

Era muy tarde y estaban solos en la planta de las oficinas del FBI en Nueva York. El compañero de Jennifer se había volcado en su búsqueda. Parecía dispuesto a encontrar a su colega a toda costa.

—¿Hay alguna novedad? —le preguntó mientras le acercaba el café.

—Nada. La policía ha registrado buena parte del este de Long Island, fijándose especialmente en lugares abandonados. Tampoco hay rastro de la furgoneta; es como si la tierra se la hubiera tragado.

—¡Joder! ¿Cómo es posible? Llevamos casi dos días de búsqueda ininterrumpida.

—Parece que los hayan abducido.

—Tampoco hemos resuelto nada al unir los otros casos. El único punto en común de todas las chicas era, al parecer, su afición al *running* y a la interacción en las redes sociales.

Scott se sentó frente a la ventana. Llovía con fuerza contra los cristales. El viento azotaba el edificio y el océano debía de estar muy revuelto.

—Hay algo que se nos escapa. Detalles a los que no hemos prestado

atención —dijo Scott mientras se frotaba su pelo muy corto.

—Las orgías de Long Island tampoco han ayudado mucho. Nuestros chicos están intentando analizar la lista de invitados y descodificar la que nos dejaron los Bellone. No creo que un asesino facilitara su nombre verdadero —comentó Charly.

—¿Tampoco se han comunicado con el perfil que creó tu contacto?

—No. Bueno, hay algunos correos electrónicos y mensajes, pero ninguno tiene ni pies ni cabeza. Ya sabes, mensajes obscenos de alto contenido sexual o simplemente sin sentido.

—¿Por qué no me lees los que más te chocan? Puede que ese grupo hable en un lenguaje que únicamente pueden entender ellos.

Charly lo miró sorprendido. No había caído en la cuenta. Era posible que detrás de los mensajes hubiera palabras o acciones de psicópatas anteriores. Una especie de código de protección que le había pasado totalmente inadvertido. Miró los correos uno a uno hasta que llegó al que le parecía más enigmático.

—Déjame que te lea esto: «Mi querida madre, siempre te adoramos. Mi hermano y yo te amábamos con locura, nuestro padre era un hombre borracho y holgazán, ateo y lujurioso, pero nosotros te cuidamos y protegimos. Aún recuerdo tu delantal lleno de sangre tras hacer la matanza, esa sangre que lo purifica todo. El pecado no está en la mente, siempre nace en la ventana de los ojos. Las ramera siempre venían a tentarnos, pero tú nos apartaste del mal. Mi hermano se purificó por el fuego y yo por la sangre. Los hermanos de la virtud deben limpiar el mundo de la maldad».

—¡Joder! Menuda cartita. Sin duda, la ha escrito una mente trastornada.

—Creo que sé de quién está hablando —comentó Charly.

—¿De quién está hablando?

—La carta parece dirigida a Augusta Wilhelmine, la viuda de Ed Gein.

—¿Te refieres a Edward Gein, el descuartizador de Plainfield?

—Sí, el mensaje tiene un link. Ya lo había pulsado, pero llevaba a una web especializada en crímenes brutales y asesinos en serie. Hay miles como esta por internet —explicó Charly mientras apretaba el botón.

Examinaron la web durante un buen rato. No se podía acceder a los chats privados. Debían darse de alta y entrar. Crearon un perfil falso y accedieron a las conversaciones. Temas macabros, especialistas en asesinos en serie, aficionados a coleccionar fetiches de asesinos... nada nuevo, hasta que dieron con uno que se titulaba: «A sangre fría: ¿serías capaz de matar?». Tenía el

título del libro de Truman Capote. Miraron los comentarios y se quedaron sorprendidos de la crueldad de muchos de ellos. Era cierto que la web se encontraba en la internet oculta, pero les sorprendió la claridad y la brutalidad con que los usuarios describían las fantasías de sus crímenes.

—¿Quién es el moderador del chat? —preguntó Scott.

Charly lo buscó. Al parecer, se llamaba a sí mismo Richard «Dick».

—¿Crees que los equipos del FBI podrán dar con su verdadera identidad?

—Sí, aunque puede que cueste un poco —respondió Scott mientras enviaba la información a los especialistas informáticos.

—Aunque descubramos quién está detrás del chat, puede que sea un simple sádico o un pirado. Imagino que descubriremos que los asesinos que ya hemos atrapado entraban en este chat, igual que eran invitados a las orgías organizadas en Long Island, pero eso no nos indicará cómo dar con el instigador o instigadores —observó Charly algo decepcionado.

—Lo peor que podría suceder es que en realidad ese monstruo se haya formado solo, que no haya nadie al mando, que simplemente se active y desactive de forma automática.

—No lo creo. Alguien está dando las órdenes. Los datos de las chicas que encontramos, los objetivos, una forma particular de asesinar, un ritual. No creo que todo eso surja de una mente colectiva. Alguien está al mando, estoy casi completamente seguro —afirmó Charly, intentando convencerse a sí mismo de que estaba en lo cierto.

—Pues si ese «alguien» tiene retenida a Jennifer, su tiempo se está agotando.

CAPÍTULO 37

Ruth se preparó un baño relajante. No siempre podía hacerlo, pero aquel día se había tomado toda la tarde de descanso. Unas horas antes había visto el horroroso asesinato en directo. El programa de la mañana había sido frenético. Al principio la noticia les había pillado por sorpresa, pero en cuanto habían hablado del asesino de Long Island y relacionado los casos de las corredoras, habían recibido un aluvión de llamadas. Algunas eran de preocupación por sus hijas o esposas que salían a correr, otras de indignación por tratar un tema tan cruel en un programa matinal; pero, sobre todo, el asunto se había disparado cuando ella había insinuado que todo tenía que ver con un grupo o club selecto que asesinaba a prostitutas y damas de compañía. Una de las llamadas más duras y que ella había puesto en directo era de la madre de una de las corredoras asesinadas. Había comentado que su hija era una estudiante y trabajadora modélica. Le parecía insultante que la relacionara con las prostitutas encontradas en Long Island.

Al terminar el programa, el director la había llamado a su despacho. Le había advertido que era la última vez que le permitía tratar el tema en vivo, que estaba obsesionada con los asesinatos y que toda esa polémica perjudicaba a la cadena y a la tranquila población de Long Island. Ruth se había indignado y había salido del despacho dando un portazo. Después se había marchado a casa y preparado un buen baño.

Antes de entrar en el agua inundada de espuma, había descorchado su mejor botella de vino francés y durante casi una hora se había limitado a relajarse. En muchas ocasiones aquellos baños largos y tranquilos le permitían llegar a conclusiones que, sin embargo, no era capaz de dilucidar cuando estaba estresada.

Oyó que llegaban varios mensajes a su teléfono. Lo había dejado al alcance de la mano en una pequeña banqueta; lo miró de refilón. No le

apetecía atender al móvil, prefería continuar con su relajante baño. Estaba segura de que se trataba de su madre, que tras escuchar los comentarios de sus amigas del club había decidido mandarle mensajes pidiéndole que se dedicara a las «cosas bonitas de la vida», lo que ella denominaba nacimientos, bodas y entierros de «la buena gente de Long Island».

Oyó un nuevo pitido y al final tomó el teléfono. Los mensajes llegaban desde un número desconocido.

Señorita Moses, soy un admirador de su programa. La he visto esta mañana y quería comentarle que admiro mucho su periodismo. En la actualidad, muy pocos están dispuestos a decir lo que piensan. Vivimos en el país de los mediocres y los tipos que siempre hablan y cuentan lo políticamente correcto. Por eso querría facilitarle una exclusiva. No puedo hablar de ella por teléfono, pero si viene al acuario, le informaré sobre la mujer secuestrada, una joven que estaba la noche del incendio en la iglesia. La espero esta noche a las doce en la puerta de atrás; la verá abierta. Camine hasta el templo griego y espéreme allí.

Ruth tuvo que leer dos veces el mensaje. Era periodista y muchas veces había recibido una exclusiva o comentarios de todo tipo. Ser un personaje público, aunque fuera de un área pequeña de Nueva York, no resultaba sencillo, pero lo primero que le había sorprendido era la mención a una joven secuestrada tras el incendio de la iglesia. Nadie había mencionado el secuestro o la desaparición de ninguna chica. Ni siquiera ella lo sabía.

Miró la hora en el teléfono; aún quedaban cuatro horas para las doce. Sabía que el recinto se encontraría completamente desierto de madrugada. Aquello la inquietaba. ¿Por qué no verse a otra hora o en un lugar concurrido?

Intentó enviar un mensaje al teléfono, pero fue rechazado como spam.

Ruth se aclaró el cuerpo, tomó un sándwich y después se vistió con un chándal negro. Estaba dispuesta a acudir a la cita, aunque no iría sola. Llevaría el pequeño revólver que le había regalado su padre unos años antes. Sabía manejarlo, a pesar de que nunca había disparado a otra cosa que no fueran dianas, pero llevaba años sin practicar. Su intuición le decía que podía encontrar una buena pista en el acuario, que el tipo que se había puesto en

contacto con ella no era un impostor; pero, al mismo tiempo, no podía negarse que estaba asustada. No quería convertirse en una nueva víctima del asesino.

Miró el reloj por última vez. Quedaba algo más de media hora para que se cumpliera el plazo. Salió de casa, tomó su coche y condujo por las tranquilas calles de la ciudad. A aquellas horas parecían adormecidas, con muy poco tráfico y apenas algunos restaurantes abiertos en el centro. Vio la fachada azulada del acuario, aparcó el automóvil y se dirigió a la parte trasera. No había casi ningún vehículo, únicamente una furgoneta oscura justo al lado de una puerta entornada. Entró y caminó hasta el fondo, vio el templo griego medio iluminado y se paró enfrente. Respiró hondo y pidió a todos los santos que su intuición no le hubiera fallado esta vez.

CAPÍTULO 38

La podía observar desde cualquiera de las cámaras del lugar. Todas estaban conectadas a una sola red y desde su ordenador tenía acceso a ella. Primero apretó uno de los botones y la estuvo vigilando con la cámara de infrarrojos. Sabía que intentaría algo. No era como las otras. Tenía agallas, y eso era algo que apreciaba mucho en una mujer, aunque fuera una de las perdidas que inundaban las redes con sus mallas ajustadas, siempre dispuestas a exhibirse por el simple placer de excitar a la gente. El mensaje que había recibido no podía haber sido más claro. Lo enviaban a una iglesia en Long Island, donde debía capturar a una mujer y después prender fuego al edificio. Para él había sido un honor que le confiaran aquella misión tan difícil. Los crímenes en directo parecían más espectaculares, pero mucho menos atrevidos. Para poder hacer el trabajo había tenido que engañar a su esposa Diana, algo que odiaba hacer. Siempre decía a sus hijos que no mintieran, que la verdad siempre triunfaba frente a la mentira, pero en alguna ocasión se podían romper las reglas si se trataba de obtener un bien superior. Lo había entendido desde jovencito. Le habían educado con una estricta moral, una vida con normas, pero en el fondo de su alma sabía que él no era como el resto de la gente que conocía. Su alma se encontraba vacía, no lograba sentir nada por nadie, aunque sufría mucho en soledad.

El sexo no le satisfacía, aunque su mujer se había esforzado por complacerlo. Cuanto más lo intentaba, más asco le proporcionaba aquella suciedad. Sin embargo, lo que realmente le preocupaba eran sus hijas, dos adolescentes que comenzaban a salir, expuestas a aquel mundo sucio, que se había convertido en un gigantesco escaparate.

Durante más de cuarenta años había logrado frenar ese impulso asesino. No tenía un verdadero objetivo. Muchos pensaban que los psicópatas mataban por puro placer, por represiones sexuales o ansia de dominio. Sin duda había

algunos que sí, gente de baja estofa, cruel y criminal, pero él pertenecía a la élite. Un grupo de verdaderos hombres, por encima de los convencionalismos sociales o las leyes. Los nazis lo habían comprendido bien. Había cosas que había que hacer y la moral siempre era un corsé que frenaba el desarrollo del ser humano. Nietzsche, el famoso filósofo alemán lo había descubierto. Era necesario matar a Dios, cambiar la moral y los principios que convertían a la especie humana en despreciable y débil. Las esperanzas en el más allá, el deseo de inmortalidad era un grave error. Ellos crearían nuevos valores, más sólidos y fuertes que los que habían reinado hasta ese momento. Los hombres no debían ser corderos, eran lobos, y los que se negaran a serlo deberían desaparecer. Aquellas mujeres corrompían los verdaderos valores. La única razón de existir de la mujer era dar a luz a los superhombres. Algunas debían ser sacrificadas antes de conseguir esos altos ideales. Ellos eran los soldados y debían cumplir órdenes.

Miró de nuevo el ordenador y vio entrar a la periodista. Se preparó y se dirigió hacia el templo. El lugar no había sido elegido al azar. Todo había comenzado en Grecia miles de años atrás. El verdadero hombre había desaparecido después por el cristianismo, su gusto por los débiles y los desprotegidos. Únicamente los más fuertes debían sobrevivir, y ellos eran los más fuertes.

Caminó entre los animales del acuario que medio dormitaban con las luces apagadas. Había estado allí con sus hijas hacía unos años; lo recordaba a la perfección. El calor, el espectáculo de delfines y focas, aquella parafernalia de la vida, una estúpida parodia de la realidad. La verdadera naturaleza era despiadada y salvaje. Los animales no conocían la compasión, el odio o la venganza. Se dejaban gobernar por sus instintos, la única verdad era la que se movía en el espíritu animal de cada hombre, y eso era precisamente lo que iba a hacer en ese momento. Dejar que sus impulsos lo dominasen para llevar a cabo su misión. Todo lo demás era moralina y sucios principios piadosos.

CAPÍTULO 39

La agente no entendía por qué seguía aún con vida. El asesino debía de sentirse demasiado acosado, inseguro o tal vez todavía no había decidido su final. Jennifer se encaramó al lavabo, el metal crujió y por un segundo pensó que caería y se golpearía contra el suelo. Estaba descalza, por lo que sus dedos se doblaron y aferraron al borde como los de un mono. Alargó los brazos. No veía nada, pero tanteó la pared. Se encontraba a un metro como mínimo del saliente de hierro. Tendría que saltar, pero si el lavabo había crujiado con su peso, en cuanto ejerciera presión sobre él terminaría separándose de la pared. Jennifer intentó respirar y concentrarse. Únicamente tendría una oportunidad, el lavabo no aguantaría. Debía tomar el impulso justo para alcanzar el hierro, para no desviarse.

—¡Dios mío! —exclamó mientras se encontraba en aquel difícil equilibrio.

Ya no quería salvar a nadie, descubrir a los asesinos o impartir justicia. Lo único que taladraba su mente en aquel momento era escapar de allí y regresar sana y salva a casa, no permitir que la convirtieran en una víctima más, en un cordero al que había que sacrificar.

Dio un fuerte salto y notó cómo cedía el lavabo, pero sus pies ya se habían despegado de él y volaba hacia la pared con la mano derecha extendida. Tardó unos segundos en notar en la punta de sus dedos el hierro, lo acarició y cerró la palma en un esfuerzo por aferrarse a él. Logró colgarse de una mano, pero enseguida comprobó que el hierro oxidado se encontraba repleto de pequeños salientes que debido al peso le cortaban la piel. No quería soltarse, aunque el dolor era insoportable. Levantó la otra mano y se agarró con las dos. El sufrimiento pasó a ser doble, pero al menos ahora el peso estaba más distribuido.

—¡Dios mío! —exclamó de nuevo.

Todo su cuerpo le gritaba que se soltase, que se dejara llevar. El sistema nervioso le rogaba que soltara aquel maldito hierro, le aconsejaba que postergara el dolor, que era mejor esperar un sufrimiento peor futuro que experimentar aquella terrible sensación en aquel momento. Estuvo a punto de ceder, pero se acordó de la academia del FBI, de cómo la habían preparado para soportar el sufrimiento. El cuerpo siempre era débil; huía del sufrimiento, pero si cedía, nunca saldría viva de allí.

Se aferró con fuerza mientras notaba las manos destrozadas y la piel arrancada de las palmas. Se dio impulso con las piernas apoyadas en la pared e intentó levantar la trampilla. Esta no se movió; era mucho más pesada de lo que había imaginado. Intentó subirse al hierro, pero no pudo. Después se volvió e intentó elevar los pies para empujar con ellos. La trampilla cedió un poco y por la rendija se coló un fino rayo de luz. Aquello fue suficiente para alentarla. Hizo más fuerza y logró mover la tapa.

—¡Ya casi está! —se dijo en voz alta para animarse.

Sin embargo, aún debía quitarla por completo y darse impulso para sacar medio cuerpo fuera. Tenía las manos destrozadas y la sensación de que sus últimas fuerzas no tardarían en desaparecer. Sacudió el cuerpo y logró aferrarse al borde, pero los brazos estaban tan doloridos y las manos tan dañadas que se quedó colgando, sin poder hacer nada, esperando que las fuerzas la abandonaran y cayera de nuevo a aquella caverna infecta para esperar una muerte segura.

Le dolían los dedos y comenzaron a escurrírsele. Intentó apoyar los pies en la pared, pero la trampilla estaba demasiado lejos y no la alcanzaba. Respiró hondo y trató de mentalizarse de que debía concentrar todas sus fuerzas en los brazos e impulsar el cuerpo hacia arriba. Si caía de nuevo al foso, se mataría o, peor aún, se quedaría medio rota sobre el pavimento húmedo, esperando a que la rematasen aquellos tipos. Se dio impulso y cerró los ojos mientras sus brazos se ponían rígidos y se doblaban sobre sí mismos.

CAPÍTULO 40

El héroe de las mil caras. El arquetipo roto por Joseph Campbell en los años cuarenta. Osiris, Prometeo, Buda, Moisés, Jesús y Mahoma, todos ellos trascendieron a su tiempo, se dijo el asesino mientras se aproximaba a la figura plantada justo al lado del templo griego.

La mujer lo vio venir y sintió un escalofrío que le recorrió toda la espalda. Unos minutos antes había comenzado a llover de nuevo, y se había refugiado bajo el edificio. Incluso había pensado en regresar por donde había venido, pero se quedó quieta, como si tuviera las piernas paralizadas.

—Veo que ha atendido a mi llamada. Muchas gracias por venir. El verdadero mensaje es siempre uno mismo. Alabo su tenaz lucha contra la mentira y la falsedad. Vivimos en una sociedad hipócrita, pero los verdaderos asesinos y destructores de la verdad siempre son los moralistas.

La mujer tembló al escuchar la palabra «asesino». Apretó la pistola en el bolsillo e intentó calmarse un poco.

—¿Puedo entrevistarle? Me comentaba en el mensaje que sabe el paradero de una mujer secuestrada. Al parecer se encontraba en la fiesta de la iglesia, aunque nadie ha anunciado la desaparición de ninguna mujer.

—La he hecho venir justo para que me haga preguntas, aunque la mejor manera de descubrir la verdad es por uno mismo, ¿no cree?

—Bueno, depende de qué verdad.

El hombre frunció el ceño. Siempre le habían parecido una medianía aquellos que defendían la existencia de muchas verdades.

—Quiero que todo salga en directo. ¿Cuántos seguidores tiene en las redes sociales?

—Bueno, varios cientos de miles, sobre todo en Facebook, pero también en Twitter e Instagram.

El hombre tanteó la jeringuilla dentro del abrigo. No era la primera vez

que lo hacía, pero era normal que se pusiera algo nervioso. La presentadora sería un nuevo ejemplo de lo que querían hacer en el mundo.

—¡Genial, magnífico! Está salvando la vida de una mujer. Lo único que le pido es que no me enfoque. Soy un testigo, no quiero que me relacionen con lo sucedido.

Ruth frunció el ceño. No la había intentado atacar, pero con las otras víctimas el asesino había mostrado en directo sus execrables crímenes. Miró a un lado; si corría lo suficientemente deprisa, tendría una oportunidad de alcanzar su coche.

—No quiero conectar mis redes. Lo único que deseo es que me cuente lo que sabe sobre la mujer desaparecida.

—Ya le he comentado que únicamente lo haré en directo. Si no está dispuesta, será mejor que se marche por donde ha venido.

Ruth intentó pensar con la mente fría. Aquella exclusiva le daría fama nacional. Lograría su sueño de escapar de las televisiones locales y su vida mediocre. Sin riesgo nunca había victoria. Ningún periodista se había hecho famoso parapetado en una posición de seguridad y comodidad.

—Está bien, pero tendrá que ser algo rápido.

—No tardaré más de cinco minutos —dijo el hombre sonriente. Sabía que en cuanto el vídeo en directo comenzara a difundirse, la policía intentaría rastrear la llamada y atraparlo.

Ruth conectó el teléfono y comenzó a grabar.

—Hola a todos. No puedo decir dónde me encuentro. He quitado la ubicación, pero dentro de unos segundos voy a desvelar información detallada sobre una nueva víctima del asesino de las corredoras. Estoy convencida de que es la misma persona que ha matado a varias mujeres en Long Island en los últimos años. ¿Se trata de una persona o de un grupo organizado?

Mientras hablaba a la cámara, decenas de personas comenzaron a conectarse en directo.

—Tengo delante a un hombre que me ha prometido desvelar información sobre una joven secuestrada tras el incendio de la iglesia de Long Island. Al parecer, el poder, la política y el dinero de esta zona de Nueva York tienen mucho que ver con los crímenes de más de una decena de mujeres inocentes.

El hombre volvió la cara y se aferró de nuevo a la jeringuilla.

—¿Qué sabe de los asesinos y de la chica desaparecida? —le preguntó directamente, enfocándole la cara.

El hombre se enfureció al verse grabado. Le giró la mano con fuerza y

aprovechó para inyectarle en el cuello. Esperaba que su rostro no hubiera salido por completo.

El potente tranquilizante comenzó a hacer efecto. El cuerpo de la periodista se encontraba completamente paralizado, aunque se mantenía consciente.

—Bueno, querida Ruth Moses, esta noche va a tener la exclusiva de su vida y, lo que es más importante, la fama que tanto ambiciona —dijo el hombre mientras la apoyaba contra la pared.

Acto seguido, sacó un bisturí del bolsillo y, sin dejar de enfocar a la mujer, comenzó a pronunciar una arenga:

—¿Estáis al otro lado? Preparaos para grabar esto. Desde hace mucho tiempo os han engañado. Siempre pidiéndoos que fuerais buenas personas, que cumplieseis las normas. Pero hay que elegir entre convertirse en corderos o en lobos. ¿Qué preferís? Creo que ya he captado vuestra atención. Estoy seguro de que estáis deseosos de escuchar las últimas palabras de la periodista Ruth Moses. ¡Vamos a empezar!

CAPÍTULO 41

Jennifer sintió los músculos ceder y un fuerte dolor en las manos y los hombros, pero logró sacar medio cuerpo de la trampa. Después se arrastró un poco más y extrajo las piernas del hueco. Se quedó tumbada en el suelo, exhausta, aturdida y agotada. Lo había conseguido, aunque sabía que ese era únicamente el primer paso. Miró a su alrededor para comprobar dónde se encontraba. No reconoció el lugar; parecía un sitio en el que había animales. Intentó incorporarse, pero las piernas no le respondían. Se arrastró hasta una pared y poco a poco logró ponerse erguida. No había mucha luz, pero tampoco la necesitaba para saber que tenía las manos destrozadas. Le dolían terriblemente. Comenzó a caminar. Debía escapar de allí. Al final vio una puerta y salió. El lugar le resultaba familiar, hasta que al distinguir algunas figuras se dio cuenta de que se hallaba en el acuario. Intentó ir más deprisa, pero el cuerpo no le respondía. Entonces vio luz en un edificio cercano; parecía algún puesto de control o vigilancia. Se asomó con cautela por si había alguien. Al mirar a su alrededor, vio a un hombre sentado con medio cuerpo tumbado sobre una mesa. Tomó sus constantes vitales y comprobó que estaba muerto. Pensó que se trataría del vigilante del recinto. Al lado había un ordenador portátil. Iba a echarle un vistazo cuando vio un botiquín colgado de la pared. Lo abrió, se limpió las heridas de las manos, se vendó las dos palmas e ingirió un calmante. Sabía que tardaría un tiempo en hacer efecto, aunque al menos la cura la había aliviado. Se dirigió al teléfono para pedir ayuda, pero estaba desconectado. Registró al vigilante; no tenía ningún móvil encima, pero afortunadamente aún llevaba en el costado el arma reglamentaria. La tomó con cierto dolor al apretarla en la mano, comprobó que estaba cargada y, cuando se disponía a salir, observó algo en la pantalla del ordenador. El sistema de cámaras del complejo se hallaba conectado al portátil, y las imágenes de casi una decena de ellas se sucedían cada diez o

veinte segundos. No estaba segura de lo que había visto, pero decidió esperar a que las cámaras cambiaran de nuevo.

—¡Venga! —pidió al ordenador, como si este pudiera oírlo.

Cuando por fin se alternaron, vio a un tipo alto delante de una mujer apoyada sobre una pared. Apretó el ratón y la imagen ocupó toda la pantalla.

—¡Mierda! —exclamó la agente, que en ese momento entendió lo que estaba a punto de suceder.

No conocía el acuario, no estaba segura de dónde se encontraban, así que redujo el tamaño de la imagen y entonces vio un templete griego. Miró en la mesa del vigilante, entre los papeles que ocupaban unas estanterías, pero no encontró ningún plano. Estaba dispuesta a recorrerse todo el complejo cuando se percató de que, colgado de una de las paredes, se hallaba el plano de todo el acuario. Lo miró unos segundos y dio con el templete.

—¿Dónde estoy? —se preguntó en voz alta, pero no tardó demasiado en localizar el centro de control.

Hizo un gesto con los dedos para memorizar el camino y salió del despacho a toda prisa. Llovía mucho y enseguida sintió las gotas frías sobre el rostro. Las manos ya no le dolían tanto, pero aún se encontraba algo mareada. Llevaba casi dos días sin comer, con los huesos entumecidos por el frío y la humedad, desorientada y asustada.

Caminó sobre el agua mientras sus pies se escurrían y el frío comenzaba a calarle los huesos. Después enfiló hacia el templete. Antes de llegar, se ocultó detrás de una columna. No había mucha luz, pero la linterna del teléfono estaba encendida y reflejaba directamente la cara asustada de la mujer.

Jennifer tomó el arma del vigilante caído que había cogido antes y apuntó, pero se dio cuenta de que se encontraba demasiado lejos. Además, a aquel tipo tenían que capturarlo con vida. Era la única forma de detener todo aquello. Se aproximó un poco más, hasta que lo tuvo a tiro. Si conseguía herirlo y desarmarlo después, creía que lograría retenerlo. Se encontraba muy débil, pero el hombre no se atrevería a atacarla con un arma en la mano.

Avanzó hasta colocarse a poco más de dos metros de él y levantó el arma de nuevo. Después respiró hondo. Le dolían los hombros y las manos. Dudó que pudiera apretar el gatillo, pero tenía que hacerlo. Miró por un ojo al objetivo e intentó no errar el tiro. Entonces disparó y esperó unos segundos antes de volver a hacerlo. Percibió la detonación, que le pareció atronadora en mitad del silencio de la noche, y el fogonazo en el cañón del arma, seguida de una estela brillante que duró apenas un segundo. Después oyó un gemido y vio

el rostro del hombre que se volvía furioso hacia ella.

CAPÍTULO 42

Charly estaba saliendo del despacho cuando Scott lo llamó a voces. Se dio la vuelta algo malhumorado; se encontraba agotado y lo único que deseaba era descansar un poco. Enseguida vio en el rostro del agente algo parecido a la esperanza.

—¡Han localizado el teléfono de lo que parece un asesinato en directo! Está en las instalaciones del acuario de Long Island. Han salido varias patrullas para allí. ¿Quieres acompañarme?

—Sí. ¿Piensas lo mismo que yo?

—Jennifer puede encontrarse en las instalaciones —contestó el agente.

—¿De quién es el teléfono? —preguntó el profesor intrigado.

—Al parecer, un asesino está a punto de ejecutar ante las cámaras a una conocida periodista de un canal de televisión local. La mujer se llama Ruth Moses.

Subieron al coche y salieron a toda velocidad por la avenida. A aquellas horas la ciudad parecía adormecida. Scott pisó el acelerador; debían llegar lo antes posible al acuario. Sabía que probablemente sería demasiado tarde, pero tenían la esperanza de que los otros agentes se presentaran en la zona mucho antes que ellos.

—Lo están volviendo a hacer. Está claro que eso confirma nuestra teoría de que son varios asesinos. Alguien los activa y envía a matar. Una especie de asesinos durmientes, como las células terroristas —comentó Charly mientras se agarraba del lateral. Scott circulaba a toda velocidad con una luz giratoria instalada en el salpicadero.

—Sí, espero que pillen a ese tipo con vida. Es nuestra única baza. Si logramos atraparlo, podremos conseguir que confiese.

El coche cruzó el túnel y entró en Long Island, que parecía aún más desierta que Manhattan.

—¡Nos vamos a matar! —gritó Charly cuando el agente tomó una curva sin levantar el pie del acelerador.

Estaban atravesando Brooklyn. En menos de veinte minutos llegarían a su destino. Entonces vieron unas luces y unos operarios desviando el tráfico, con algo más de medio centenar de coches que salían de la autopista a una carretera secundaria.

—¡Mierda! —bramó Scott con impotencia.

Esperaba que Jennifer se encontrara en el complejo y que pudieran dar con ella antes de que mataran al asesino.

CAPÍTULO 43

Jennifer lo vio correr hacia ella y dudó unos instantes, después apuntó y le disparó en el hombro, intentando no darle en ningún órgano vital. El asesino se quedó parado, se tocó el hombro y corrió hacia ella aún más furioso. La agente estaba a punto de disparar por tercera vez cuando el hombre se le abalanzó. Intentó esquivarlo, pero fue imposible. El individuo la derribó y cayó con todo su peso sobre el dolorido cuerpo de Jennifer. Sintió un fuerte dolor que le atravesó la espalda y soltó el arma. El hombre le agarró entonces el cuello con una mano mientras le acercaba el bisturí con la otra. Ella intentó pararlo, pero, a pesar de las heridas, el asesino era mucho más fuerte.

—Es mi noche de suerte, voy a cortar el cuello a dos zorras por el precio de una —dijo, soltando espumarajos por la boca.

Jennifer intentó frenar el brazo con todas sus fuerzas, pero la cuchilla se encontraba a pocos centímetros de su cuerpo. Tenía que pensar; conocía muchas formas de quitarse de encima a un tipo más pesado que ella, pero en ese momento se sentía completamente bloqueada.

Al final cedió todo su cuerpo. El hombre no esperaba aquello y su empuje lo llevó a caerse a un lado. Ella logró apartarse y arrastrarse por el suelo. Él reaccionó muy rápido, alargó el brazo y la agarró del pelo. Jennifer profirió un alarido, pero, aprovechando la posición, le dio una fuerte patada en el brazo, donde había recibido uno de los impactos de bala. El asesino la soltó mientras gritaba como un poseso.

—¡Hijo de puta! ¿Qué tal sienta un poco de dolor?

La agente se puso en pie y buscó a su alrededor el arma. La vio a menos de dos metros de distancia y se agachó a por ella; sin embargo, antes de que lograra atraparla entre sus manos, el hombre le propinó una fuerte patada en el pecho. Jennifer se desplomó. Le faltaba el aire; el golpe había sido muy duro.

—El dolor nos purifica —dijo el asesino, con el bisturí en la mano.

Aprovechó que la mujer había caído de rodillas para sujetarla por detrás y ponerle la cuchilla en el cuello.

—No entiendo por qué lo haces —dijo la agente, intentando ganar algo de tiempo.

—Una puta como tú nunca podría entenderlo. Nosotros queremos crear un mundo mejor, en el que los más fuertes no tengan que ceder ante los débiles. Piensan que somos enfermos, pero aún no han entendido que estamos en un estadio más avanzado de la evolución.

—¿Por qué a las mujeres? ¿Qué os han hecho esas víctimas inocentes?

El hombre la arrastró tirando del pelo hasta el teléfono, que aún seguía grabando. Enfocó su rostro amoratado y dijo sarcásticamente:

—Sonríe a la cámara. Esperaba acabar contigo mañana, pero veo que estás impaciente por morir. Nuestra querida presentadora puede esperar un rato.

Jennifer intentó resistirse, no había nada peor que saber que tu muerte estaba muy próxima y que no podías hacer nada para impedirlo.

—¿Algunas palabras para vuestros seguidores? No olvides que la vida es una pura teatralización, todos estamos expuestos. Saluda.

Jennifer intentó escabullirse, pero el asesino la agarraba con fuerza.

—Despédete de tus seres queridos. Creo que en Canadá también nos estarán viendo.

Ella se negó con la cabeza y él la golpeó, partiéndole el labio. Jennifer sentía que poco a poco le abandonaban las fuerzas; su cuerpo comenzaba a rendirse.

—Está bien, será como tú deseas —dijo el hombre mientras le acercaba cada vez más el bisturí.

El escalpelo se aproximaba a su cara y casi sentía el frío metal en la mejilla, cuando forzó sus músculos y logró detenerlo. El tipo la miró incrédulo, pues tenía casi la plena convicción de que estaba a punto de rendirse. Jennifer respiró hondo, logró sacar el cuello por debajo del brazo que la sujetaba y escapó. El asesino no se esperaba semejante reacción; aquella mujer parecía completamente inagotable.

La agente corrió hasta el arma y la agarró con sus manos doloridas. Él se acercó a grandes zancadas, pero antes de que la alcanzara, Jennifer se volvió y le disparó en las piernas. El asesino cayó de nuevo sobre ella, pero esas dos últimas heridas habían mermado mucho sus fuerzas. Luego pegó el cañón de la pistola contra la frente del hombre y comenzó a apretar el gatillo. Deseaba

acabar con él allí mismo, aunque sabía que debía mantener la calma. Finalmente, le dio una patada en la cabeza y el asesino perdió el conocimiento.

TERCERA PARTE

A SANGRE FRÍA

CAPÍTULO 44

Cuando la policía llegó a las instalaciones del acuario, encontró tres cuerpos tendidos en el suelo. La periodista se había desmayado poco después de que Jennifer acudiera en su ayuda; los sanitarios intentaban estabilizar al asesino, que se desangraba por los cuatro costados, y Jennifer apenas tenía fuerzas para mantener los ojos abiertos. Había hecho un esfuerzo sobrehumano por abatir al hombre, llevaba muchas horas sin probar bocado y tenía heridas en las manos y contusiones por todo el cuerpo.

Scott y Charly llegaron justo cuando estaban trasladando a los heridos al hospital más cercano.

—Necesito que tenga a los tres vigilados —le dijo Scott al sargento de policía—. Nadie puede acercarse a ellos. No quiero que hagan declaraciones. Oficialmente, hay dos mujeres muertas y el presunto asesino ha logrado escapar. Necesitamos mantener todo esto en secreto para que sus compañeros no sepan lo que ha sucedido. Nosotros atenderemos a la prensa. ¿Está claro?

—Sí, señor.

A continuación, el agente y el profesor se dirigieron a la sala de control y se llevaron el portátil. Necesitaban examinarlo a fondo. Después tomaron su coche y siguieron a las ambulancias hasta el hospital. El tiempo corría en su contra. El maldito club de psicópatas no tardaría mucho en saber que habían capturado a uno de los suyos. Lo que descubrieran en las próximas horas sería crucial.

En cuanto llegaron al hospital, tomaron el ascensor para subir a la última planta. La policía había pedido al director del centro que los heridos ocuparan tres habitaciones contiguas: el asesino en la central y sus dos víctimas a los lados, para que fuera más fácil controlarlos. No tenían suficientes hombres para vigilar diferentes plantas. El FBI habilitó una de las salas de estar para poder avanzar en la investigación. La jefa había puesto todos los recursos de

la agencia para dar con el grupo de asesinos lo antes posible. Media docena de agentes cotejaban las pruebas, todas las muestras biológicas se habían enviado a los laboratorios y varios informáticos rastreaban el ordenador requisado.

Scott y Charly parecían impacientes por conocer los primeros resultados y hablar con los heridos, pero los médicos les habían pedido un poco de paciencia.

Scott se acercó a uno de los informáticos para saber si había logrado averiguar alguna cosa interesante.

—Llevamos un par de horas examinando el portátil. Necesito más tiempo —dijo un chico joven, con gafas redondas y cara de friki.

—¡Joder! No tenemos tiempo. Esa gente no tardará en darse cuenta de que tenemos a uno de los suyos. Seguro que logran destruir toda la información y borrar su rastro.

—Eso no es tan sencillo, ni siquiera para verdaderos especialistas. Siempre se deja rastro. Se lo aseguro.

—Pero al menos podrás adelantarme algo.

—Bueno, algunas cosas ya las imaginábamos. La captación se hacía a través de rastreadores que comprobaban a ciertas personas, en particular hombres, que visitaban especialmente páginas sobre asesinatos en serie, masacres y ese tipo de cosas. No estoy hablando de páginas accesibles para cualquiera; las que seguían eran las de la internet oculta. Se les invitaba al chat «A sangre fría» y después se les contactaba con mensajes enviados a sus teléfonos móviles. Los mensajes son cifrados. Al acceder al teléfono del hombre y a su ordenador, hemos podido leerlos. Como suponíamos, alguien dicta las órdenes, da las instrucciones y fija los objetivos. He rastreado los teléfonos desde los que se enviaban los mensajes. Parecen de prepago, desechables. Tengo las series y los lugares donde se adquirieron, pero no he logrado averiguar mucho más.

—¿Dónde se compraron?

—Bueno, algunos en Brooklyn y Queens, pero la mayoría en Long Island.

—Eso cierra un poco más el círculo —comentó Charly—. El que captaba a los asesinos debe de vivir y trabajar en Long Island. Cada vez nos encontramos más cerca. El sospechoso recibió un mensaje hace tres días, por eso secuestró a Jennifer y quemó el edificio. Hemos logrado identificarlo, es un tipo bastante normal. Trabaja en Edison, vive cerca del pueblo, tres hijos, casado y al parecer es un ciudadano modelo. No tiene antecedentes, ni

siquiera una multa de tráfico.

—Un perfil parecido a los anteriores —señaló Scott.

—Sí, muy parecido. Hombres blancos, de entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años, con estudios y una vida normal.

—Tendremos que replantearnos qué es normal —bromeó Scott.

Charly tomó notas de las tiendas en las que se habían comprado los teléfonos. Tenían que contactar con ellas. Al conocer la hora de la compra, había esperanzas de que encontrasen alguna grabación en la que apareciese el asesino.

—Por los horarios de las compras, todas hechas a media mañana, cabe imaginar que el asesino se tomaba algún tipo de descanso para almorzar y era entonces cuando enviaba sus mensajes. También existe la posibilidad de que se trate de varias personas que envían las instrucciones y dan las pautas, aunque, sinceramente, no lo creo.

—¿Por qué? —preguntó Scott extrañado al ver tan seguro al profesor.

—Tendrán que confirmarlo los especialistas, pero si existe más de una cabeza pensante, ese núcleo debería reunirse regularmente y evaluar sus acciones.

—Puede que también lo hagan de manera virtual.

—No, son muy inteligentes. Sus soldados, de los que se pueden deshacer fácilmente, son contactados por internet y dejan una huella digital, pero ellos no arriesgan tanto. Lo hacen a través de teléfonos de prepago y luego se deshacen de ellos.

—Bueno, al menos uno de ellos tiene el control del chat «A sangre fría» y vigila a los posibles candidatos —le recordó Scott.

—Estoy casi convencido de que cuando demos con el supuesto moderador, no será el cabecilla del grupo. Son demasiado listos.

—Entonces piensas que han delegado también el reclutamiento de los asesinos.

—Sí, su forma de organizarse hasta ahora ha sido perfecta. Llevan un año actuando y no nos habíamos dado ni cuenta. Si no hubiera sido por la concentración de asesinatos en Nueva York y sus alrededores, podrían haber seguido matando con total impunidad durante años.

Scott no parecía estar tan convencido.

—En ese caso, ¿por qué matar a tantas mujeres en un radio tan pequeño? ¿No han cometido un fallo al hacerlo?

—No, Scott. De alguna manera, querían que lo supiéramos.

—¿Por qué? No lo entiendo —dijo el agente confundido.

—Por lo mismo de siempre: la vanidad. ¿De qué sirve trazar un plan genial si nadie es capaz de descubrirlo? Creen que pueden salir a la luz, mostrar sus crímenes y quedar impunes, como si nada hubiera sucedido, pero sobre todo quieren enviar al mundo un mensaje.

—¿Qué mensaje? ¿Que no son enfermos ni están locos?

—Los asesinos piensan que simplemente se encuentran más evolucionados que nosotros, que los «normales» son los enfermos. Hay todo un debate sobre este tema desde el siglo XIX; de alguna forma, quieren demostrarnos que son superiores. La psiquiatría moderna ha intentado catalogarlos como enfermos, pero la psicopatía no tiene cura. No es una malformación genética ni producto de una enfermedad degenerativa. Otras personas ante sus mismos traumas no reaccionan de esa forma tan cruel.

—¿Por qué matar entonces a esas corredoras?

—No están matando a corredoras, lo que hacen es asesinar a mujeres independientes, atractivas y desinhibidas. Creen que corrompen la masculinidad, como una especie de castración. No olvidemos que la mayoría de los psicópatas tienen serios problemas sexuales. Han sufrido abusos, una educación que los ha llevado a crear una personalidad sociópata. Al matar a esas mujeres están liberándose —comentó Charly, intentando meterse en la mente de los asesinos, por absurdas que le pareciesen sus ideas.

»Tengo la sensación de que todo puede ser mucho más sencillo —añadió —. A veces buscamos una lógica donde no la hay o rodeamos de verosimilitud algo fortuito. Son asesinos que odian a la gente feliz; esas mujeres representan al tipo de personas que detestan, y ellos simplemente las eliminan.

Charly no tenía la respuesta. ¿Quién podía conocer lo que pasaba por la mente de un psicópata? Su lógica era muy distinta a la de las personas normales. Su visión del mundo siempre era enfermiza y su realidad, muy distinta a la de ellos.

Una agente entró en la sala de estar y, acercándose a ellos, les comunicó:

—Ruth Moses ha despertado.

CAPÍTULO 45

Ruth se despertó sobresaltada. Sentía una fuerte opresión en el pecho y parecía aturdida. No recordaba las últimas horas. Su mente había borrado de alguna manera lo sucedido. Charly y Scott se acercaron cada uno por un lado de la cama. Tenían que actuar con tacto y cautela; una persona con un síndrome postraumático podía bloquearse y en ese caso sería imposible conseguir que los ayudase.

—¿Su nombre es Ruth Moses?

—Sí. ¿Dónde estoy? ¿Quiénes son ustedes? —preguntó mirando de arriba abajo a los dos hombres.

—Agentes del FBI. Necesitamos alguna información sobre lo que sucedió anoche —dijo Scott mientras se inclinaba un poco hacia delante.

—No recuerdo nada. Estaba dándome un baño y salí de casa.

—¿Por qué salió de casa tan tarde?

—Me enviaron un mensaje.

La periodista explicó brevemente lo que le contaban en el texto del móvil, pero no lograba recordar nada más.

—¿Por qué estaba investigando el caso?

—Creía que tenía relación con una serie de crímenes que se cometieron hace unos años en Long Island. Se acusó a un hombre, pero la mayoría de los casos han quedado sin resolver. Yo sospechaba que no se trataba de un único asesino. Un grupo hacía reuniones sexuales, ya me entiende. Después mataba a las chicas que había utilizado. No sé si eso formaba parte de sus fantasías sexuales o lo hacían para que no contasen nada. Creo que este grupo lo componían gente importante de Long Island.

Los dos hombres se quedaron sorprendidos por las teorías de la periodista. Recordaban el asesino de Long Island, pero había un acusado en la cárcel y el caso estaba cerrado.

—¿Cree que el condenado no cometió los crímenes? —preguntó Scott.

—Pienso que no lo hizo solo. El tipo fue un cabeza de turco, pero los verdaderos culpables andan sueltos —afirmó la mujer con mucha seguridad.

—¿Qué tiene que ver ese caso con el de las corredoras asesinadas? —inquirió Scott.

—Los dos grupos son mujeres, asesinadas de forma violenta, en el entorno de Long Island...

—Pero esto que cuenta pasó hace más de una década. ¿Por qué volver a matar justo ahora? En aquella época las víctimas eran prostitutas, pero ahora son profesionales que lo único que tienen en común es que son corredoras —dijo Charly, intentando convencer a la mujer de que estaba equivocada.

—Para los asesinos no son simples corredoras. Ellos las ven como prostitutas.

—No tiene sentido —dijo Scott.

—Creo que se les ha escapado algo. Puede que esas mujeres no se prostituyeran en la calle, pero...

—Pero ¿qué? —preguntó impaciente el agente.

—Todas ellas eran prostitutas...

CAPÍTULO 46

Los dos hombres se dirigieron a la habitación contigua para ver a Jennifer. Se encontraban algo aturridos tras la conversación con la periodista. Sin duda parecía haber algún vínculo o coincidencia entre los asesinatos de Long Island de hacía unos años y las muertes de las corredoras, pero el tipo de víctimas y las motivaciones parecían ser distintos.

—¿Cómo te encuentras? —preguntaron a su compañera en cuanto entraron en la habitación.

—Lo cierto es que estoy destrozada. Creo que me duelen todos los huesos y músculos del cuerpo, aunque al menos ya no tengo tanta sed.

—Le diste una buena a ese tipo —ironizó Scott.

—Todo por no matarlo. A veces pienso que debería haberle pegado un tiro entre ceja y ceja.

—Lo necesitamos vivo. Continúa inconsciente, pero pediremos a los médicos que lo despierten durante unas horas. Necesitamos interrogarle antes de que los asesinos descubran que lo hemos capturado con vida.

—¿Cómo está la mujer?

—Bien. Asustada y aturrida, pero saldrá de esta. Nos ha contado una interesante teoría —le explicó brevemente Charly.

—¿Qué teoría?

—Cree que todas las víctimas eran prostitutas. Aunque aún no he hallado datos que lo confirmen.

—¿Por qué está tan segura de que las corredoras eran prostitutas? Que sepamos, no hemos encontrado nada al respecto —dijo la agente.

—Tampoco lo hemos buscado —comentó Scott.

—¿Piensas que podría tratarse de damas de compañía de lujo? Ya sabes, estudiantes, amas de casa y profesionales que sacan un sueldo acostándose con clientes vip de vez en cuando —sugirió la agente, sin llegar a estar convencida

del todo.

—Podemos buscar una conexión entre todas ellas. Si trabajaban para alguna red de prostitución de lujo, seguro que daremos con cantidades ingresadas en sus cuentas corrientes. Le pediré a uno de nuestros agentes que se ponga inmediatamente a ello —dijo Scott, y salió de la habitación.

Charly puso los ojos en blanco. Le sorprendía la insensibilidad del compañero de su amiga, pero en ocasiones algunos hombres parecían totalmente inmunes a ciertos sentimientos.

—¿Cómo te encuentras? No es fácil estar tan cerca de la muerte.

—Esta vez lo he estado. Dudé que pudiera salir con vida de ese lugar. ¿Viste dónde me tuvo encerrada?

—Sí, te trató peor que a un animal. ¿Quién es capaz de maltratar a alguien de esa manera? Debemos acabar con esto lo antes posible.

—Estamos muy cerca. Creo que cada vez que nos adelantamos a ellos, intentan hacer algo más audaz y eso les llevará a cometer un error y a que los capturemos.

—Eso espero, querida. Ya han muerto demasiadas mujeres.

—Aunque antes de capturarlos debemos estar en guardia. Si sospechan que estamos cerca, puede que intenten hacer un acto desesperado.

—No te entiendo —dijo el profesor, inclinándose hacia la agente.

—No sé, pero si hay tantos asesinos conectados, quién nos asegura que no va a cometerse un asesinato masivo. Hasta ahora nos han enseñado únicamente una muestra de lo que son capaces de hacer, pero imagina qué sucedería si ordenaran a decenas o cientos de asesinos que actuaran a la vez. Cundiría el pánico. No sé qué podría suceder.

—¿Crees que eso es posible?

—Sí, la persona o personas que han organizado esta asociación criminal están llenas de odio hacia las mujeres. No pararán hasta que los descubramos.

—Espero que esta vez estés equivocada.

—Yo también, Charly. Aunque me temo que el tiempo me dará la razón.

CAPÍTULO 47

Jennifer decidió dejar la habitación del hospital y acompañar a sus amigos al interrogatorio. Aún se encontraba algo débil, pero no podía perderse aquello por nada del mundo. Los médicos habían logrado despertar al asesino, pero sus heridas eran muy graves y había perdido mucha sangre. No sabían cuánto tiempo podrían mantenerlo consciente.

—Señor Harold Viljanen, le informamos que se encuentra detenido por el intento de asesinato de Ruth Moses y el secuestro e intento de asesinato de la agente Jennifer Rodríguez —comunicó Scott al herido.

El hombre apenas reaccionó, intentó hacerles creer que continuaba muy débil y no entendía bien de lo que estaban hablando. Los calmantes y las transfusiones habían logrado reanimarle bastante.

—Sabemos que está consciente, en sus plenas facultades y que nos oye. Si no colabora, esto será tomado en cuenta en un futuro juicio. ¿Lo ha comprendido?

El hombre no se inmutó, continuó con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en la almohada. Comenzaban a impacientarse. El tiempo corría en su contra.

—Tengo algo que proponerle. Está perdido, pasará toda la vida en la cárcel, pero tiene otra opción. Si nos lleva hasta la persona o personas que le ordenaron el crimen, los inductores serán tratados con toda la dureza de la ley, pero usted podrá salir tras cumplir una condena más corta. No ha matado a nadie, señor Viljanen.

El hombre pareció reaccionar antes las palabras de Scott. Creía que su caso estaba perdido, pero si hacía un trato con los federales, no tendría que pasar el resto de su vida entre rejas.

—Quiero eso por escrito y firmado por un juez —dijo el hombre, incorporándose de repente.

El agente le acercó unas hojas impresas y grapadas. El hombre las leyó brevemente y firmó en la última.

—Está bien. Ya saben casi todo sobre mí, al menos lo que dicen mis papeles, mis propiedades y datos fiscales. Lo que quizá ignoren es que desde adolescente, tal vez desde niño, sentí el impulso de matar. Yo no busqué ser así, imagino que le pasa a la mayoría.

—No queremos que justifique sus acciones, señor. Le pedimos que nos cuente de qué manera estaba en contacto con el grupo y quiénes lo componen.

—Siento decepcionarles, pero todo es anónimo. No nos conocemos entre nosotros. Yo fui captado hará medio año, aunque no me pidieron hacer un trabajo hasta hace unos días. Sabíamos que los crímenes de las corredoras y otros eran nuestros; alguien se encarga de informarnos en el chat, por mensajes o en otras páginas de la internet oculta. Yo llegué por casualidad a la web sobre asesinos en serie. Siempre me ha fascinado el tema, incluso he llegado a coleccionar algunas pertenencias de muchos conocidos. Ese mundo me atrae, para mí son como héroes. Gente capaz de dejarse llevar por sus instintos, sin importarles las consecuencias o lo que la gente piense de ellos. Muchos tenían vidas normales, pero querían algo más.

—Entonces, ¿contactaron ellos con usted? ¿Cómo elegían los objetivos?
—preguntó Charly.

—No eran elegidos al azar. Esas corredoras que en los periódicos salen descritas como verdaderas santas, en realidad eran *escorts*.

—¿*Escorts*? —preguntó Charly.

—Prostitutas de lujo, damas de compañía. Es la palabra francesa que se usaba en la Edad Media para referirse a las damas de compañía de una reina o noble —les explicó Jennifer.

—¿Cómo lo sabían? —preguntó Charly.

—Los de arriba lo sabían. Al parecer, las redes sociales, en especial algunas, utilizan la fama o los seguidores para subir el caché de las chicas. Los hombres pagan por alguien famoso, conocido. Les da mucho más morbo —explicó el asesino.

—¿Y eso qué les interesaba a ustedes? —preguntó Jennifer.

—No han entendido nada, ¿verdad? Tenemos una misión, nos llaman locos, pero vemos lo que ustedes se niegan a reconocer. La doble moral, la hipocresía y la mentira están destruyendo este mundo.

—¿Acaso ustedes no son hipócritas, mentirosos ni tienen doble moral?
—preguntó enfadada la agente.

—Nuestra misión es terminar con la debilidad de la sociedad, la mayoría son corderos que aceptan órdenes. Esas mujeres eran ganchos. Las usaban para chantajear a esos empresarios ricos, para tener información privilegiada o para influir en el gobierno —contestó el asesino. Sus palabras parecían cada vez más paranoicas.

—Eso es una estupidez —repuso Scott.

—Usted no sabe de lo que es capaz un tipo por salvar su reputación. Imagine que se desvelaron secretos de estado, secretos empresariales, que los sistemas informáticos se hicieron vulnerables, que se influyó en la bolsa. Y todo por esas putas.

—¿Nos está diciendo que una red de prostitutas de lujo, que se ofrecían online, constituían un problema de seguridad nacional? ¿Por qué no actuaron contra la organización y mataron a las chicas? —preguntó Jennifer, aunque no era inteligente razonar con psicópatas. Ellos veían la realidad bajo su particular prisma.

—¿Hay que matar a Jezabel o al rey Acab? Siempre debemos responder a la misma pregunta. La inductora es Jezabel. Cuando asesinaron a Acab, ella siguió gobernando Israel por medio de su hijo Ocozías.

—Todo esto me parece una locura. No queremos que nos cuente sus ideas paranoicas. ¿Podría ponerse en contacto de nuevo con los asesinos? —preguntó furiosa Jennifer.

El hombre la miró con desprecio.

—No hablaré mientras ella esté aquí. Ella es una Jezabel.

—No le consiento que hable así a una agente... —comenzó a decir Scott.

—Jennifer, sal un momento, por favor —le pidió Charly.

Los dos hombres se quedaron a solas. Charly le pasó el teléfono al tipo.

—Mande el mensaje a los que le ordenaron cometer el asesinato. Dígales que todo ha salido según lo previsto, que logró escapar, aunque la policía lo está persiguiendo. Necesita ayuda y quiere encontrarse con ellos para que lo escondan. Proponga un sitio y una hora. Hoy a las cinco de la tarde en el Montauk Lighthouse Museum.

—No estoy seguro de que quieran ayudarme. Sabemos que si nos localizan, debemos salvarnos el pellejo a nosotros mismos —dijo el hombre.

—Haga la llamada —le pidió Charly, dándole el teléfono—. Si intenta avisarlos, su trato será invalidado y pediremos para usted la condena más alta. ¿Le ha quedado claro?

—Cristalino, agente —dijo el hombre, tomando el teléfono.

Mandó el mensaje y le devolvió el teléfono sonriente.

—En unas horas será trasladado a un hospital penitenciario. Espero que disfrute de la comida del hospital. Será la última que haga en libertad.

Salieron de la habitación y Jennifer les preguntó cómo había ido todo. Después se dirigieron a la sala en la que el FBI había preparado sus instalaciones y, en cuanto atravesaron la puerta, dos agentes fueron directamente hacia ellos. Uno había indagado en las cuentas de las mujeres asesinadas. En efecto, a todas ellas les hacía ingresos una empresa de publicidad online llamada Jezabel. No lo habían visto sospechoso, ya que al tratarse de *influencers* era normal que recibieran ese tipo de ingresos. El otro les mostró una foto de la persona que había comprado el teléfono móvil. No se veía muy nítida, pero se trataba de una persona de raza blanca, de estatura media, delgada y, por lo que se apreciaba bajo una gorra negra, con el pelo rubio. La imagen no mostraba el rostro con claridad. Podía tener entre treinta y cincuenta años.

—Quiero que hagan un retrato robot. No hay sombras en la cara, no tiene barba ni creo que bigote, es rubio y de complexión delgada. Esperemos que sea el mismo que se dirija hasta el faro, allí lo apesaremos —dijo la jefa cuando le pasaron toda la información.

Jennifer parecía algo inquieta tras descubrir que la supuesta agencia que pagaba a las chicas se llamaba Jezabel. El nombre le recordaba a la antigua reina que había desviado el corazón del rey Acab y lo había animado a cometer los más horrendos crímenes. ¿Podían ser las afirmaciones del asesino ciertas? ¿Estaban persiguiendo a algo más importante y peligroso que unos asesinos en serie?

CAPÍTULO 48

La apuesta había subido. No importaba la forma o el modo, pero pulsaría el maldito botón de destrucción total. A veces nadie entendía que el mundo se estaba volviendo un lugar peligroso, un sitio en el que no te podías fiar de nada ni de nadie. Lo había comprendido hacía mucho tiempo, aunque no había reunido las fuerzas para enfrentarse a ello hasta que la tecnología se lo había permitido.

Miró el teléfono. Era maravilloso e increíble a la vez. Con un simple mensaje, cientos, incluso miles de personas estaban dispuestas a actuar. Los objetivos estaban seleccionados, repartidos por todo el país. Desde los rincones más apartados, en los estados más tranquilos de la Unión, hasta las bulliciosas ciudades del Este o las increíbles zonas costeras del Oeste. Su red no cubría otros países por ahora, pero sin duda no tardaría en crecer. Debía hacerlo antes de que fuera demasiado tarde.

Vio el mensaje enviado. Había cumplido la misión; le pedía ayuda y aquello le resultaba especialmente curioso. Todos sabían que, por el bien de la organización, cada miembro debía apañárselas por sí mismo. Era mejor sacrificar un peón que el rey o la reina acabaran muertos.

Mandó un mensaje al último de sus asesinos. Ya había actuado una vez con éxito y estaba seguro de que sabría hacerlo de nuevo. Después activaría el mensaje que sembraría el caos en el país. Una depuración a fondo, como nunca antes había realizado jamás.

Envió el mensaje al hombre que sacrificaría yendo al faro y, acto seguido, se dirigió directamente a su casa. Nunca pensó que lograrían llegar tan lejos. Mientras el FBI creía que estaba acercándose, lo único que hacía era abrir las puertas al mayor asesinato en masa de la historia de la humanidad.

CAPÍTULO 49

Las luces de la tarde iluminaban el faro y daban la sensación de que la torre blanca y roja se encontrara en llamas. Al lado, la casa gris del museo, con sus ventanas blancas y aquel mástil, adquiría el aspecto de un barco anclado en medio de un mar de césped verde. Los agentes se habían escondido por todas partes; la única persona a la vista era Scott, que, vestido con un largo abrigo negro, simulaba ser el asesino. Jennifer y Charly vigilaban de cerca, dispuestos a correr hacia él si era necesario.

Scott se había ofrecido voluntario, pero ya estaba arrepentido. No tenía madera de héroe. Aquel sería uno de sus últimos casos, después se retiraría y contaría sus aventuras a los nietos y sobrinos en las largas comidas familiares. No parecía un gran plan, pero era mucho más de lo que podían hacer un buen número de jubilados en Estados Unidos.

Aquel día el museo estaba cerrado, una endeble valla de seguridad cubría el perímetro y no se veía a nadie en el aparcamiento ni en el camino hacia el faro, por eso cuando vieron que llegaba un coche y aparcaba, supieron a ciencia cierta que se trataba de uno de los asesinos. Los técnicos del FBI localizaron el teléfono móvil del sospechoso, lo hackearon y accedieron a los mensajes. Se fijaron en el último e intentaron averiguar su procedencia. Confiaban en que el asesino no se hubiera deshecho aún del mensaje que ellos le habían enviado.

El sospechoso bajó del automóvil y caminó despacio hasta el sendero, saltó la valla y siguió cuesta arriba en dirección al faro. Justo en la cima, a la derecha, se encontraba Scott. Llevaba una pistola oculta, un micrófono y un chaleco antibalas debajo del abrigo.

El hombre ascendió despacio, como si estuviera disfrutando de las vistas. Era la parte más al este de Long Island y podía contemplarse a lo lejos New Shoreham.

Scott palpó en el bolsillo la pistola para asegurarse de que la tenía a mano. Después hizo un gesto con la mano y el hombre se aproximó. Ya había preparado su charla. Incluso la había ensayado con Jennifer unas horas antes.

—Hola. Creía que ya no vendrías —le dijo Scott al desconocido.

—¿Quién piensas que soy? —preguntó el hombre muy serio.

—Nadie me ha mandado ninguna clave. Imagino que eres un amigo del chat. Ya sabes: «A sangre fría».

El tipo, que llevaba una gorra sobre su calva, se rascó la cabeza antes de contestar.

—Deben de tener una buena razón —comentó el tipo.

—¿Qué dices? No te entiendo.

Desde la distancia, Jennifer presintió que algo iba muy mal. A su lado, uno de los informáticos dijo de repente, subiendo el tono, que lo tenía, y Charly se volvió. La agente dejó de observar a su compañero un segundo y atendió al hombre.

—Una casa de Brookhaven, en el condado de Suffolk.

—¿Tiene la dirección? —preguntó Jennifer.

—Sí.

Una fuerte detonación, que sonó como una pequeña explosión, les hizo volver la cabeza. Lo único que les dio tiempo a ver fue la cara de Scott explotando por los aires. Apenas supieron cómo reaccionar. Todo pasó demasiado deprisa. El asesino le había disparado a quemarropa, sin previo aviso y antes de que los agentes del FBI pudieran reaccionar. El hombre los miró con los ojos trastornados, después se apuntó a la sien y apretó el gatillo.

Jennifer corrió hacia su compañero y le incorporó un poco; tenía la mitad del rostro destrozado. Estaba muerto.

La agente comenzó a llorar sobre el cadáver de Scott; su compañero se había sacrificado por todos ellos, pero ya no podría pasar sus últimos días descansando junto a su mujer, disfrutando de una vida tranquila y rodeado de sus amigos y familiares. Jennifer se prometió que sería la última víctima de aquel macabro grupo criminal.

CAPÍTULO 50

Mientras se dirigían a la dirección que les había proporcionado el informático de la agencia, Jennifer se dio cuenta de que era la residencia de los Bellone. Al principio le extrañó, pero después todo cobró sentido. Los agentes del FBI, que acudieron allí en media docena de coches, forzaron la verja y entraron armados en la residencia. No había ningún miembro del servicio. La casa se encontraba tranquila. Jennifer y Charly entraron tras los agentes y buscaron por todas las habitaciones hasta llegar a un despacho, que estaba cerrado con llave. Derribaron la puerta y lo primero que vieron fue al señor Bellone con una pistola en la mano y un agujero de bala en la sien. Sobre la mesa del escritorio había dejado una nota manuscrita.

Los investigadores se pusieron los preceptivos guantes de látex y examinaron todo el despacho. Primero el móvil del hombre, que descansaba a un lado de la mesa. El ordenador estaba apagado y la nota se encontraba en parte cubierta de sangre.

Jennifer la tomó y comenzó a leer:

Imagino que si han entrado en el despacho y están leyendo esta nota, ya estaré muerto. Lamento no haber salido a recibirlos, pero me parecía absurdo prolongar lo inevitable. Ya habrán descubierto la red. Yo he sido su creador y el que la ha hecho funcionar. Si nadie la activa, los crímenes cesarán. Puede que para ustedes no tenga justificación lo que he hecho. No espero que me juzgue la historia, ni siquiera que me entienda. Mi mente, como la de la gente que me ha ayudado, tiene una lógica distinta a la suya. A mi manera, creo que he mejorado el mundo. Esas mujeres eran instrumentos de aquellos que convierten a la

sociedad en meros esclavos obedientes. Al menos muero por algo que considero justo. Lo único que echaré de menos de este mundo será a mi amada esposa. Siempre me fue fiel y dio sentido a la anodina vida que nos obligan a vivir aquellos que nos dictan leyes absurdas y arbitrarias. Ella es mi única heredera, como dicta mi testamento. No me importa que mi nombre sea difamado y que mi fortuna se pierda indemnizando a las supuestas víctimas de mis crímenes, pero respeten su duelo. Ella siempre me ha amado.

Jennifer dejó de nuevo la nota sobre la mesa. Miró a su amigo; tenía ganas de vomitar. Todo aquel caso era sangriento y absurdo, surgido de una mente enferma capaz de mover a otras a los más espantosos crímenes.

—Bueno, esto ya ha terminado —comentó Charly.

—¿Cómo podemos estar seguros?

El hombre observó el rostro angustiado de la agente. Para ser su primer caso importante había perdido mucho por el camino. La salud, a su compañero y la ilusión por salvar vidas.

—No podemos estarlo. Únicamente nos queda confiar —respondió Charly.

—Tengo la sensación de que la muerte de Scott ha sido en vano. El último crimen de este tipo.

—Era una trampa. No podíamos hacer nada por él.

Salieron del despacho mientras el resto de los agentes hacían su trabajo. Jennifer sabía que aún había que escribir el informe, intentar dar un sentido a aquella historia, que no parecía tener ni pies ni cabeza. Era únicamente la obra de un loco, un sujeto despiadado que creía estar construyendo un mundo mejor. Al menos muchas mujeres se salvarían y cesaría aquella matanza indiscriminada.

Salieron de la casa y subieron al coche.

—Será mejor que mañana descanses y no vayas a trabajar —dijo Charly.

—Tengo que hacer el papeleo —comentó Jennifer.

—Eso puede esperar un par de días. No sé ni cómo te mantienes en pie. Era verdad que se encontraba agotada, destrozada y sin fuerzas.

—Te llevaré a casa.

—¿Te quedarás conmigo esta noche? —preguntó ella.

—Es mejor que no. Duerme, dúchate y come algo. Necesitas descansar. Yo regreso a mi cabaña, echo de menos aquella tranquilidad. A veces creo que el resto de la humanidad se ha vuelto loca. Puede que sea un ermitaño, pero lo prefiero a vivir en medio de esta locura.

Ella se apoyó sobre su hombro y se quedó medio dormida mientras él la llevaba a su apartamento. El tráfico era tranquilo, la mayoría de los coches salían de la ciudad, pero ellos regresaban al corazón de Nueva York. Charly pensó que aquella colmena humana en la que millones de hombres y mujeres soñaban, amaban, odiaban e intentaban sobrevivir era como un hormiguero revuelto, en el que cada pequeño individuo corría desesperado sin rumbo, escapando de algo que desconocían y atacando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Dejó a Jennifer en su apartamento y condujo hasta su cabaña sin descansar. Aparcó el coche en la puerta, se cambió de ropa y se metió directamente en la cama. Fue una noche sin sueños, de aquellas en las que el cuerpo decide que lo único que importa es recuperar fuerzas y que los traumas cotidianos los resuelva la vigilia incómoda de la mañana.

CAPÍTULO 51

Durmió durante horas. No descansaba tan bien desde que aquel maldito caso había comenzado. Se levantó con agujetas, algo dolorida, pero al menos más contenta. Tomó un copioso desayuno. Miró las noticias, que hablaban constantemente del asesino encontrado muerto en su residencia de Long Island. La prensa daba todo tipo de detalles sobre el caso, muchos inventados. Era difícil que entendieran la magnitud de los crímenes cometidos por aquel individuo. La mayor parte de la investigación era secreta y lo único que conocían se reducía a una parte de los hechos.

Se asomó por la ventana. Después de algunos días lluviosos, aquella mañana se despertaba luminosa y soleada. Aquel calor inesperado la animó a salir a correr un poco. Tras varias semanas haciéndolo a diario, se había convertido en un hábito que no podía reprimir.

Se vistió, se calzó las deportivas, se guardó las llaves en una pequeña riñonera junto al teléfono y salió a correr. No tardó mucho en llegar al parque. Era media mañana y la vida seguía su marcha, por lo que los bosquecillos de la zona estaban casi completamente desiertos.

Alguien comenzó a correr a su lado, pero ella no le prestó mucha atención. No podía dejar de pensar y darle vueltas a lo sucedido. El descubrimiento de la organización, su supuesta misión salvífica, la muerte de su compañero y el suicidio del supuesto cabecilla del grupo. Aquellos días habían sido frenéticos, y aún no se creía que hubieran terminado.

De repente notó que alguien se ponía junto a su costado izquierdo y lo observó incómoda. Un hombre rubio la sonrió y pasó de largo.

«Estoy algo paranoica», pensó mientras se reía de sus temores. Sintió que llegaban varios mensajes a su teléfono, pero decidió terminar el recorrido. Veinte minutos más tarde estaba sentada en un banco frente al estanque. Los brazos apoyados en el respaldo y los ojos cerrados, mientras disfrutaba del

sol en la cara. Oyó que recibía un nuevo mensaje y se decidió a mirar el teléfono.

En cuanto leyó el primer mensaje, sintió como el corazón se le aceleraba. Era el teléfono de su amigo y su mensaje no podía ser más claro:

Si quieres volver a ver a tu amigo, ven de inmediato.

CAPÍTULO 52

Aquella pesadilla no había terminado; parecía que nunca tendría fin. Regresó al apartamento, tomó su pistola, las llaves del coche y se dirigió directamente a la cabaña. Sin duda el asesino había previsto este último crimen, su obra maestra, y debía de estar burlándose de ellos desde su tumba.

Condujo a toda velocidad. Su mente no dejaba de dar vueltas; tenía ganas de vomitar. Llegó hasta el sendero y aparcó delante de la puerta de la cabaña. Era absurdo intentar sorprender al asesino o pedir ayuda. Tenía que enfrentarse a aquello ella sola. Nadie podía ayudarla a enfrentarse a su destino. Se sentía paralizada por el miedo y la angustia, pero estaba segura de que toda su vida se había estado preparando para aquel momento.

Respiró hondo antes de entrar. De alguna manera, quería prolongar todo lo posible aquel instante. Ya había visto morir a demasiada gente, pero su viejo amigo era un mentor para ella, una de las pocas personas que la comprendía de verdad. La puerta de la cabaña estaba entreabierta. Charly se encontraba sentado en el sillón, maniatado, amordazado y con un teléfono colgado del cuello. Notó como se le aceleraba el corazón, pero intentó calmarse un poco.

—¡Mierda! —exclamó sorprendida al ver aquella escena macabra.

—Hola —dijo una voz desde el teléfono colgado del cuello de Charly.

Se acercó y comprendió que era una videollamada; la otra persona podía verla, pero ella no.

—¿Quién eres y qué es lo que quieres?

—¿Pensabas que esto había acabado? ¿Creíste que me dejaría atrapar tan fácilmente?

Jennifer oía perfectamente la voz, pero no podía distinguirla, ya que le llegaba distorsionada.

—Siento que tu amigo se encuentre un poco incómodo. Lleva algunas

horas así, pero tenía que esperarte. Fue muy fácil dejarlo sin sentido, estaba tan cansando que ni se despertó cuando le pinché. Se encuentra paralizado, aunque sigue consciente. Dentro de un rato estarás en directo, para todo el mundo.

—¿Sabe que está loco?

—Eso piensan muchos. Lo único que deseo es que me entiendas. Que te pongas en mi lugar.

—¿Qué quiere decir?

—A veces la gente piensa que es fácil decidir quién debe vivir y quién no. Dios toma esa decisión cada día, pero no por eso millones de personas dejan de venerarlo, ¿verdad?

—¿No se creará Dios?

—Más que Dios, querida. Te contaré lo que puedes hacer. De ti depende que viva o muera tu amigo. Tiene conectado a su cuerpo una vía; imagino que ya la has visto. La vía se encuentra conectada al sistema de goteo, el móvil que tiene en el cuello puede parar o activar el goteo. En el caso de que intentes manipularlo, se activará directamente. Si intentas arrancarlo, con una sola gota que llegue a sus venas será suficiente. Es un veneno letal, no existe antídoto. Únicamente hay una manera de salvarlo.

Jennifer sintió pinchazos en las sientas, una sensación de mareo y la mente bloqueada. No sabía qué hacer.

—¿Cómo puedo salvarlo?

—Es muy sencillo. En el teléfono tienes dos botones, uno rojo y otro verde. Si aprietas el rojo, tu amigo se salvará, pero activarás un asesinato en otra parte. Alguien matará por ti a un inocente. En el caso de apretar el verde, esa persona se salvará, pero tu amigo morirá. Si no aprietas ninguno o manipulas el mecanismo, esa persona morirá igualmente.

—No soy libre de decidir. Haga lo que haga, un inocente morirá.

—Lo sé. Así es la vida. A veces, para conseguir algo bueno debemos sacrificar lo que más queremos.

Charly, que solo podía mover los ojos, le hizo un gesto para que terminara con su vida. Al fin y al cabo, ya no le quedaban muchos años. No podía vivir con la muerte de otra persona sobre su conciencia.

Para Jennifer la decisión no era sencilla. Sabía que su amigo prefería morir, pero no estaba segura de si ella podría vivir con semejante carga en sus espaldas.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Cinco minutos, querida. El tiempo se agota.

Jennifer intentó pensar en otras soluciones. Si disparaba al teléfono, tal vez el mecanismo no funcionara. También podía intentar cortar la vía de un disparo certero o terminar con la vida de su amigo.

Jennifer comenzó a llorar. Sentía un fuerte dolor en el pecho. Aquella era la decisión más dura de su vida.

—¿Estás lista? —preguntó la voz, amenazante, siniestra.

—Sí —respondió Jennifer, convencida de lo que estaba a punto de hacer.

CAPÍTULO 53

Al otro lado del teléfono no podía negar que estaba disfrutando con la situación. Fuera cual fuera la decisión, ganaría y, lo que era más importante, sin haber movido un solo dedo. Miró por la cámara del móvil el rostro horrorizado de la agente. Creía que salvaría a su amigo; aquel dilema ético siempre terminaba de la misma forma. Sentíamos más empatía hacia aquellos que amábamos y, en un momento como aquel, su vida nos importaba más que la de un desconocido. Era el famoso dilema del tren, ideado por la filósofa Philippa Foot como un experimento mental ético.

Jennifer no era distinta del resto de la humanidad, y elegiría salvar a su amigo.

—¿Por qué tengo que elegir? Quiero que los dos se salven —dijo la agente, mirando a la cámara.

—Ya sé lo que quieres, pero eso no es importante. Lo único realmente importante es a quién decides salvar.

—¡No puedo elegir! —gritó desesperada.

—No elegir ya es hacer una elección, ¿no crees? Estamos acostumbrados a que los políticos, los gobiernos y los poderosos decidan por nosotros. Después nos horroriza lo que hacen, pero alguien tiene que encargarse del trabajo sucio. Nosotros somos débiles, no queremos mancharnos las manos, ¿verdad? Pero hoy tendrás que tomar tus propias decisiones y asumir las consecuencias. No podrás escudarte en nadie.

Jennifer sentía la cabeza a punto de estallarle. Se trataba de una decisión imposible; aquello no le podía estar pasando a ella.

—¿Dónde está? Al menos dé la cara.

—¿Quieres verme? No estoy lejos, pero tendrás que dejar tu arma en un lugar visible. Recuerda que únicamente te queda un minuto. Si no tomas una decisión, el sistema se pondrá en marcha solo.

Jennifer dejó su arma en el suelo y levantó los brazos. Una persona salió de detrás de la pared. La mujer la miró sorprendida.

—Creo que no esperabas verme.

CAPÍTULO 54

Delante de Jennifer estaba la señora Bellone.

—Ya sabes por qué te pido un sacrificio. Yo ya he hecho el mío.

—¿Mató a su propio marido?

—Suicidio o asesinato. La muerte nos iguala a todos. Él se quitó la vida por una buena causa, se sacrificó por una buena causa. A veces nos aferramos a la vida, pero es inútil. La muerte es implacable y nos alcanzará a todos.

—Es cierto, pero eso no nos concede el permiso para terminar con la vida de los demás —dijo Jennifer furiosa.

—¿Tú crees?

—Sí, hay leyes, reglas.

—Cuando disparas a un sospechoso, no te importa mucho matar. Crees que lo que haces es mejor, un mal menor, frente a ese asesino. El estado tiene el monopolio de la violencia, pero a veces el estado es blando, débil y hay que echarle una mano.

—Está loca.

—Posiblemente, a veces la lucidez es una forma de locura.

—¿Lucidez? Por Dios, es usted una fanática, una psicópata.

—Todos los visionarios lo han sido. Las Cruzadas, las cámaras de gas, la colonización de América y África, la esclavitud... Crímenes atroces, consentidos por los poderosos para su propio beneficio. Yo sirvo a algo superior. La muerte puede ser un arte y el crimen, una obra maestra.

—¿Y quién soy yo en todo esto?

—Mi pincel. Tienes menos de treinta segundos para cumplir mi voluntad y poner en marcha mi obra maestra.

Jennifer se acercó al teléfono y alargó la mano. Tenía a su alcance los dos botones, pero aún no sabía cuál apretar.

—¿Cómo puedo estar segura de que cumplirá su palabra? —preguntó a

la asesina.

—De eso nadie puede estar nunca totalmente seguro, ¿no crees, querida? La vida es siempre una apuesta, a veces ganamos y otras muchas perdemos. Hay que apostar todo a rojo o a negro. ¿Vamos a jugar?

Jennifer comenzó a sudar.

—Tienes poco más de diez segundos.

Dios mío, pensó mientras acercaba el dedo al botón. La mano le temblaba y casi tuvo que sujetarla con la otra para no fallar al apretar el botón correcto.

—Imagino lo que pasa por tu cabeza. Sacrificar a un amigo, el deber de un buen agente. Él es un viejo, ¿cuánto tiempo le queda? No siempre todo es lo que parece.

Aquel comentario le hizo dudar. Podía haber una trampa si terminaba con la vida de Charly.

Al final apretó el botón rojo y se apartó de su amigo, como si pensara que en ese mismo instante fuera a explotar en mil pedazos.

CAPÍTULO 55

—Los dilemas morales siempre son difíciles de asumir. Es mucho más fácil hablar que actuar —comentó la mujer antes de que Charly comenzara a retorcerse de dolor.

—¡Dios mío! —exclamó la agente desconsolada. Después se volvió hacia la mujer y la derribó. Le puso las manos en el cuello y comenzó a apretar—. ¡Tiene que haber algún antídoto!

La señora Bellone se asfixiaba mientras Jennifer, furiosa, gritaba sin cesar. Se dio la vuelta para ver a su amigo, que gemía y gritaba casi sin aliento.

Al final le soltó el cuello y dejó que tomara aliento.

—Nunca pensé que lo harías. Matar a tu propio amigo... Pero como tenía la duda, elegí ese botón. Creo que el destino nos ha unido. Hacemos un gran equipo.

—¿Qué dice? No la entiendo.

—Has activado un mensaje automático que ya habrá llegado a más de cinco mil personas en todo Estados Unidos, con instrucciones para matar, objetivos y horas para perpetrar los asesinatos.

—¿Se ha vuelto loca? —preguntó Jennifer horrorizada.

—No, querida. El sistema funciona a la perfección. Puede que alguno de los asesinos no consiga su objetivo, pero como se harán simultáneamente en todo el país, por personas sin antecedentes, en apariencia normales, es imposible que lo pares. Apretando ese botón has condenado a muerte a miles de personas.

—¿Qué habría pasado si hubiera apretado el otro?

La agente aún intentaba asimilar lo que había sucedido.

—Yo hubiera sido la víctima. Mala suerte. A veces se gana y a veces se pierde.

—¿Por qué ha hecho esto? Nada tiene sentido.

—Tenemos que terminar con este sistema que convierte a una mujer en una cosa. Las primeras que deben morir son aquellas que han convertido la feminidad en algo sucio, que no permite que los hombres nos vean como a iguales. Todo ese ejército de asesinos se ha puesto a mi servicio. Odian a ese tipo de mujeres provocativas que destrozan las familias. Eso tiene que acabar. Creen que les están robando su virilidad, que las mujeres dentro de poco serán las que decidan hacia dónde va el mundo. Qué irónico que una mujer como yo fuera la que les dijera qué tenían que hacer.

—Pero... su marido. Ustedes organizaban orgías. ¿Qué lecciones de moral puede dar a nadie?

—No has entendido nada. Aquello no era sexo, lo que hacíamos era colocar a las mujeres de nuevo en su lugar. Sometidas a los hombres, controladas por ellos. El orden natural de las cosas.

Entonces la agente se abalanzó sobre la asesina. Esta intentó esquivarla, pero no pudo. Golpeó a la mujer en la cara y la dejó inconsciente. Después llegó hasta su amigo, que sufría convulsiones; un par de segundos después, Charly moría en sus brazos.

Jennifer estaba fuera de sí, no sabía qué hacer. Llamó a la agencia con la esperanza de que pudieran parar los mensajes, detener la matanza, pero sabía que ya era imposible.

CAPÍTULO 56

Jennifer dejó la cabaña casi de madrugada. Estaba agotada y emocionalmente destrozada. A veces pensaba que aquello no era real. Scott asesinado a sangre fría el día anterior, Charly envenenado por una estúpida decisión, y luego aquella catástrofe que se cernía sobre miles de mujeres en todo el país. Había fracasado y eso supondría la muerte de personas inocentes.

Los informáticos del FBI intentaron sin resultado acceder al sistema de envíos de mensaje. Sería muy difícil localizar a miles de usuarios y, aunque lo consiguieran, ¿a cuántos podrían detener? Sobre todo si no tenían antecedentes y aún no habían cometido ningún crimen.

Caminó hasta el coche y se alejó de aquel tranquilo lugar que se había convertido en el escenario de un horroroso crimen, posiblemente uno de los más terribles de la historia reciente de los Estados Unidos de América.

Una vez hubo llegado a su apartamento, se tumbó en el sillón y se quedó profundamente dormida.

Unas horas más tarde se despertó sobresaltada, había tenido una pesadilla. Fue a la nevera, tomó un poco de zumo y encendió el televisor. Lo primero que vio en la pantalla fue la noticia de que se estaban cometiendo cientos de crímenes contra mujeres en todo el país. Los reporteros hablaban con terror de los casos. Aunque muchas de las muertes se centraban en las grandes ciudades, otras muchas se producían en pequeñas localidades y zonas rurales. Mujeres jóvenes, atractivas, independientes, muchas de ellas pilares de su comunidad, aparecían brutalmente asesinadas. La ola, que había comenzado hacía pocas horas, no hacía sino crecer.

Jennifer apagó el televisor con el corazón acelerado. Escuchó la puerta y tomó su arma. Se acercó a abrir, pero antes observó por la mirilla. Era el vecino de enfrente, con su gato en brazos.

—Hola. ¿Estás viendo lo que pasa por todo el país? Es horroroso — comentó el hombre.

—Sí, es terrible. Voy a llamar a mi familia para asegurarme de que todos se encuentran bien.

—Ni lo intentes, querida. Las líneas están colapsadas. ¿Podrías cuidarme el gato? Tengo que salir y parece inquieto.

—Claro, no hay ningún problema —respondió la agente, cogiendo en brazos al animal.

—Gracias —dijo el hombre, y se volvió. De repente giró sobre sus talones—. A propósito, saludos de la señora Bellone.

El hombre sacó un cuchillo largo de la espalda y le cortó la garganta. La sangre cubrió al gato y antes de que Jennifer pudiera entender lo que estaba sucediendo, se desplomó en el suelo.

El hombre tomó al animal y se dirigió tranquilamente a su apartamento. Tendría que lavar al gato, cierto, pero hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien. Sin embargo, antes de eso, se prepararía algo de merendar y vería su programa favorito. La felicidad siempre se encontraba en las pequeñas cosas.

EPÍLOGO

La cárcel de máxima seguridad al sur de Manhattan parecía desierta a aquella hora de la mañana. Una funcionaria acompañada de dos agentes del FBI se acercó a la celda de máxima seguridad. La prisionera vestía un mono de color rojo y parecía absorta en sus pensamientos.

La funcionaria dejó a los dos agentes y regresó a su puesto de vigilancia. La presa no hizo amago de saludar a los hombres.

—Señora Bellone. Somos los agentes...

—No me molesten con formalismos. ¿Quién les envía?

—El director de la agencia. El presidente en persona le ha pedido que termine con la ola de crímenes que está asolando el país. Llevamos meses con la ley marcial, la Guardia Nacional patrulla las calles. La gente está encerrada en sus casas y el país, paralizado. Queremos negociar con usted. Podemos conmutar la pena de muerte, incluso conseguir una condena corta de quince años, pero las matanzas deben terminar.

—Creo que todavía no son conscientes de lo que está sucediendo —dijo la mujer con una sonrisa.

—No la entiendo.

—La ola ya no se puede detener. Yo simplemente moví la primera pieza, pero el castillo de naipes se está desplomando por sí mismo. Esta ola de violencia tardará meses en detenerse. No se puede hacer nada.

—No es posible. El programa que activó, las órdenes que dio a esos asesinos...

—No pararán. Es imposible dar marcha atrás. Hasta que terminen su obra, continuarán matando sin importarles su propia vida. Pero a ellos se han unido decenas de miles de nuevos asesinos, algunos por venganza, otros contagiados por la violencia o por simple miedo.

Los dos agentes se alejaron de la celda y se dirigieron a la puerta de

seguridad. La reclusa se recostó de nuevo sobre el camastro y comenzó a tararear una canción. Después cerró los ojos e imaginó el caos que reinaba en las calles. Sabía que no tardaría en extenderse por el mundo entero y entonces su misión se habría completado y se encontraría en paz consigo misma y con el mundo.

AGRADECIMIENTOS

A Paola Luzio, por su gran labor en Amazon Publishing. La vida es una aventura y seguro que nos veremos en otros puertos.

A los amantes de las buenas historias.

Este libro, como siempre, es el resultado del esfuerzo y el tesón, pero ambos no serían posibles sin mi esposa Elisabeth. Gracias por estar siempre a mi lado.